

Universidad de la habana
Facultad de Psicología



Ser hombres hoy.

Una mirada a la masculinidad y sus avatares a las puertas de una nueva era.

Tesis de diploma

por: Raynerd J. Cruz Martínez
tutora: Dra. Lourdes Fernández Rius
Mayo de 2006

A mi madre, que sea este un motivo más para su orgullo...

Agradecimientos.

Sean de mujeres los primeros nombres a mencionar, porque sin ellas es difícil pensar la existencia de cualquiera de nosotros en más de una vía:

- A Geethel, Zulaine, Haylenis, Silvina, Claudia, Yaima, Diana; por la increíble capacidad de ser sencillamente oportunas, y porque parte de este trabajo también les pertenece.
- A la profesora Lourdes Fernández, por su confianza, su impulso, y su apoyo valioso.
- A todas las mujeres que, sin saber o sabiéndolo, me aportan día a día, en conversaciones o con hechos, pruebas de que con frecuencia no hay como ellas para conocernos a nosotros los varones. Ellas también hablan a través de este texto.
- Sean también mencionados los cuarenta amigos, conocidos y desconocidos que con sencillez y prestancia ayudaron, perteneciendo a la muestra de esta investigación y aportando así sus granos de arena, a transitar este camino.
- A todos los amigos que ofrecieron y prestaron libros, disquetes, computadoras, ideas, correcciones de uno u otro tipo, consejos, opiniones o apoyo emocional. A todos los que preguntaron, y no por simple fórmula. A todos los que se inquietaron, relajaron o alegraron junto conmigo. A todos los que confiaron.

Índice.

<i>Introducción</i>	7
<i>Acápites teóricos</i>	11
Capítulo primero. Gobierno de padres.	12
Capítulo segundo. El culto al guerrero.	23
Capítulo tercero. La necesidad de cambio y la construcción de alternativas. Las mujeres, el feminismo y los estudios de género.....	37
3.1 La tradición, no siempre inmune.	38
3.2 Móvil, medios y oportunidad.	41
3.3 La Segunda Ola Feminista.....	43
Capítulo cuarto. La distinción sexo-género. Apuntes teóricos.....	53
4.1 Genética.	53
4.2 La categoría género.	56
4.3 Género. Identidad, roles y subjetividad individual.....	65
<i>Parte especial</i>	69
Capítulo quinto. Aspectos metodológicos.....	70
5.1 Fundamentación del problema.	70
5.2 Problema y objetivos.	73
5.3 Definiciones conceptuales-operacionales.....	73
5.4 Variables controladas.	76
5.5 Muestra.	77
5.6 Técnicas y procedimiento.....	78
<i>Análisis de los resultados</i>	81
Capítulo sexto. Análisis de los resultados.	82
6.1 Adultos.	82
6.2 Jóvenes.	92
6.3 Análisis comparativo parcial (adultos-jóvenes).	102
6.4 Obreros.	106
6.5 Profesionales.....	114
6.6 Análisis comparativo parcial (obreros-profesionales).....	123
6.4 Análisis cruzado e integración de la información obtenida.....	127
<i>Conclusiones</i>	132

<i>Recomendaciones.</i>	135
<i>Bibliografía consultada.</i>	137
<i>Anexos.</i>	143

*“How many roads must a man walk down
before they call him a man?,
how many seas must a white dove sail
before she sleeps in the sand?,
how many times must the cannonballs fly
before they are forever banned?
The answer, my friend, is blowing in the wind,
the answer is blowing in the wind...”¹*

Bob Dylan, “Blowing in the wind.”

¹En español: “¿Cuántos caminos debe andar un hombre antes que pueda ser llamado un hombre?, cuántos mares debe navegar una paloma blanca antes de dormir en la arena?, cuántas veces deben volar las balas de los cañones antes de que queden para siempre prohibidas? La respuesta, amigo mío, está silvando en el viento, la respuesta está silvando en el viento...” Traducción del autor.

Introducción.

Casi en los albores del tercer milenio de la era cristiana, en la segunda mitad de su siglo vigésimo, la sociedad occidental se vio ante el vértice convulso de una de sus mayores crisis ideológicas. Un período de cambios bruscos en esferas tan variadas y abarcadoras como la política, las ciencias, el arte, la cultura y la sociedad misma, removió sus cimientos y puso en duda casi todo lo que hasta el momento se presentara como incuestionable. Nada escaparía al cuestionamiento, nada a su impulso arrollador. El sistema patriarcal, con sus milenios auestas, y con él las ya obsoletas concepciones sobre la masculinidad y la feminidad, no sería una excepción.

Tras el liderazgo de los movimientos feministas, la ola de la Revolución Sexual de los años '60 y '70 avanzó, sin reconocer obstáculos, cambiando de modo aplastante las arcaicas ideologías de poder fundamentadas en el sexo, develando a opresores y oprimidos -tanto de otros como de sí mismos, en una dinámica irracional que perduraba, con el fantasma de la familiaridad convertida en ley como escudo, desde los albores de nuestra civilización- no para ser juzgados, sino para ser comprendidos y mejorados.

Los logros y avances de las mujeres desde entonces han mostrado un camino desconocido o apenas ocasionalmente vislumbrado hasta aquél momento, camino que la humanidad necesitaba transitar; parte ineludible de aquél más amplio, de la igualdad y la plenitud del hombre (y de la mujer), ideal ancestral que aún no se alcanza, como en este, en muchos y disímiles frentes.

Una idea demostró muy pronto, inevitablemente, ser la clave: el mundo no existe en blanco y negro. No es fácil, aunque a primera vista lo parezca, diferenciar opresores de oprimidos, víctimas de victimarios. Hombres y mujeres vivimos en un mundo delineado mucho atrás, diseñado para vestirnos desde el nacimiento y poco a poco, con trajes de hierro de los que es muy difícil escapar; somos prisioneros, dentro de nosotros mismos, de nuestras falsas creencias y patrones rígidos, que nos quitan de los labios el sabor de lo que en realidad somos, que nos constriñen y nos llevan por el camino de una verdad que no es la nuestra. Opresores y oprimidos, víctimas y victimarios somos, de otros y de nosotros mismos.

La mujer vio pronto la necesidad y los diversos caminos de su liberación. Resultaba más clara su situación desventajosa. Pero aún hoy la condición del hombre es muy poco revisada. Siempre nos fue enseñado a todos, mujeres y varones, ver al hombre como la

medida de todas las cosas, el ganador de una ancestral batalla de los sexos. Solo considerar la duda respecto a sus privilegios y su plenitud en todas las esferas, es delito ante el cual resulta difícil no rehuir la mirada y la voluntad. De eso, como dicen los ancianos respecto a los secretos familiares escabrosos, no se habla.

Pero ya no eran los tiempos de los venerables longevos; una revolución estaba en marcha y todo tenía, y tiene, que hablarse ahora. Muchos de nosotros no estamos conformes con nuestras propias cruces y no queremos seguirlas cargando por mucho tiempo. Queremos recuperar los derechos que en nombre de nuestro sexo (supuestamente el fuerte) nos son retirados desde muy temprano. Queremos emocionarnos, llorar y reír sin medirnos y cuando lo deseemos, confesar nuestra ineficacia cuando simplemente no podemos y pedir una mano, acariciar a nuestros hijos, fracasar de vez en cuando sin recibir el peso del stress a cambio. Queremos ser fieles a nuestras parejas o no, sin que se piense que lo natural es que no lo seamos y sin tener que obligarnos a no serlo, a veces, y aún sin saberlo, en nombre de una etiqueta. Queremos holgazanear y dejarles a otros las decisiones, o compartirlas con nuestras compañeras, decir de vez en cuando “no sé”, no humillarnos en las conquistas o que se espere eso de nosotros. Queremos ser simplemente hombres, sin necesidad de alardear de ello todo el tiempo. Por ello y mucho más, también queremos conocernos mejor, porque sabemos que no lo logramos, aunque nos convezamos todo el tiempo de que sí.

Ante estas perspectivas, la necesidad de estudiar a los hombres se hace obvia. No se puede cambiar, ni por lo tanto mejorar, lo que no se conoce; no podemos cambiarnos a nosotros mismos y a la sociedad, en aras de una vida más plena para hombres y mujeres, si no nos conocemos a nosotros mismos. Las mujeres nos llevan la delantera en ello. No solo son criadas para estar más en contacto consigo mismas, sino que se lo han propuesto, muy en serio, durante los últimos cuarenta años. Los estudios de feminidad avanzan con pasos sólidos y las mujeres vencen nuevas barreras, en lo público y en lo privado, cada día; sus logros son una exigencia y una inspiración. Sin embargo, los estudios de masculinidad aún son muy escasos y los cambios masculinos, si no dudosos, sin dudas son menos profundos que los femeninos.

El hombre puede, y debe, convertirse en un tema de estudio profundo. La masculinidad, poco estudiada hasta el momento, espera por ser explorada y renovada. Curiosamente, de los autores implicados en los estudios del tema, son pocos los varones; lo que convierte el reto que representa la realización de este trabajo en uno aún mayor. Parece

contradictorio, pero ser hombre y estudiar la masculinidad parece ser una confluencia de hechos que alarman a más de uno (o de una) de los que me escuchan decirlo casualmente, incluso entre mis colegas psicólogos y psicólogas. ¿Es este estudio una suerte de viaje al encuentro del Minotauro, en las oscuridades de ese Dédalo que es la realidad nuestra de cada día? ¿Contribuiré en algo a cortar la cabeza del monstruo? Eso lo dirán otros.

¿Han cambiado las identidades masculinas en los últimos cuarenta años?

¿Nos adscribimos los hombres a nuevos roles de masculinidad, o continuamos aprisionados en los viejos?

¿Influye el nivel educacional y cultural en lo anterior?

¿En qué medida ocurre, o no, todo lo antes dicho?

Este es un acercamiento exploratorio a un tema al que no se le suele prestar suficiente atención, pero que a más de uno le mueve, consciente o inconscientemente, alguna vez: el tema del cambio masculino. No podemos proponer cambios a ciegas, necesitamos saber cuánto se ha avanzado, y en qué sentido, para continuar, con pasos fuertes, nuestra marcha hacia el futuro. Estos pensamientos han motivado mi trabajo durante varios meses. Que sea de utilidad el resultado es mi deseo.

Acápites teóricos.

Capítulo primero. Gobierno de padres.

“Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras este dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; esta será llamada *Varona*², porque del varón fue tomada.”

Génesis 2.21-23

Etimológicamente hablando, la palabra patriarcado puede ser entendida como “gobierno de padres”, y alude a un sistema de relaciones de poder de naturaleza antropocéntrica que, envolviendo las facetas más disímiles del funcionamiento social, prescribe roles y status específicos más o menos rígidos, que le conceden a lo masculino una posición de superioridad, preponderancia y poder, frente a lo femenino, que le es designado como algo naturalmente sometido a su voluntad y discernimiento. De lo anterior se desprende toda una gama de elementos disímiles, todos girando alrededor de uno central: el sometimiento de la mujer al hombre sobre la base de la pretendida superioridad de aquél con respecto a la primera.

Resumido por Lourdes Fernández: los hombres aparecen como dueños y dirigentes del mundo, de sus familias, mujeres, hijos e hijas y a la vez como legítimos expropiadores de las mujeres, las cuales terminan en la dependencia. (Fernández, 2003)

El concepto de patriarcado, que describe un estado de cosas ancestral, aparece muy recientemente, a raíz de los movimientos feministas de los años '60 y '70, como una herramienta conceptual contundente para el análisis crítico de esta situación en aras de un cambio; poniéndose muy en uso a partir de los '70. A partir de los estudios de las sociólogas, psicólogas y antropólogas feministas, toda una ola investigativa emerge desde ese entonces, de la que esta, junto a otras categorías, constituye la base conceptual.

Pero aunque la categoría patriarcado tiene una corta historia en las ciencias sociales, el fenómeno que describe es casi tan antiguo como la humanidad misma.

Desde la antropología, el régimen patriarcal puede ser entendido como un sistema de organización social basado en el complejo patrilineal y virifocal (Kottak, 2003);

² En Hebreo la palabra “mujer” (ishshah) deriva de la raíz “ish” (hombre), y conserva un sonido muy similar.

entendiendo como patrilinealidad la preponderancia de la línea paterna en la herencia, y la virifocalidad como la adjudicación exclusiva del papel rector de la familia y la comunidad a los hombres, lo que implica, entre otras cosas, el paso, con el matrimonio, de la mujer a la familia del hombre, la monogamia, el control masculino sobre los hijos y los recursos, entre otros.

Curiosamente, contra todas las suposiciones, herederas de la naturalización a la que ha sido sometido el cúmulo de prescripciones y creencias institucionalizadas por el orden de cosas del propio régimen a lo largo de sus miles de años de existencia y persistencia; numerosas investigaciones antropológicas, arqueológicas e históricas, apuntan a la suposición hartamente fundamentada de que no sólo fueron (en casos aislados y poco conocidos aún existen) muy frecuentes los casos de organización matriarcal a lo largo de la historia de la humanidad, sino que el sistema matriarcal puede haber sido el originalmente existente en las sociedades primitivas de manera general.

Teniendo como actividades económico-productivas principales la caza y la recolección, las antiguas comunidades depositarían en los hombres, habitualmente de mayor tamaño y fortaleza física, la responsabilidad de la primera actividad, mientras que en las mujeres depositarían la responsabilidad de la segunda. Siendo la caza una actividad tanto riesgosa como incierta en cuanto a resultados, dada la precariedad de los medios y la escasez de presas durante ese período geológico; la fuente principal de manutención de las comunidades no podría ser esta, y por tanto, contra todo lo creído hasta el momento, no sería esta su actividad económico-productiva fundamental, sino que este papel recaería sobre la recolección, llevada a cabo por las mujeres, y los niños bajo la supervisión de estas. Por otra parte, las mujeres llevaban a cabo otras actividades esenciales, como el curtido de pieles o la fabricación de herramientas. La mujer entonces, poseería una posición privilegiada con respecto a los hombres, sin significar esto necesariamente una relación de sometimiento por parte de éstos.

Como dato interesante, las sociedades matriarcales aún existentes, investigadas cuidadosamente por los antropólogos, muestran índices significativamente bajos de violencia interna en comparación con las sociedades patriarcales de nivel similar (Kottak, 2003), así como una tendencia muy baja a involucrarse en guerras o enfrentamientos con otras comunidades; además, muestran sistemas de gobierno sorprendentemente democráticos, y las diferencias de género tienden a mostrarse muy poco marcadas o contrastantes. (Ibíd.)

Al surgir la ganadería y la agricultura como actividades económico-productivas, estas fueron adoptadas principalmente por los hombres, debido a la demanda de fuerza y energía que muchas de las técnicas de estas actividades demandan (arado, derribo y control de ganado mayor...). Al devenir estas actividades en actividades económicas fundamentales, las mujeres se vieron separadas de la producción y los hombres devinieron propietarios de los medios de producción, así como de sus mujeres e hijos. (Engels, 1875)

Otro factor que influiría en el declive de la matrilinealidad, y por tanto del modelo matriarcal, según Martin y Vorhies (1975)³, estaría relacionada con la presión sobre los recursos. La escasez de recursos impulsaría a las pequeñas comunidades inevitablemente a ir a la guerra contra otras; favoreciendo esto la instauración de la patrilinealidad y la virifocalidad, sistemas que mantienen unidos en un mismo poblado a los hombres emparentados, que devienen aliados en el combate.

A partir de aquí lo masculino se erige como supremo sobre lo femenino. Los hombres aparecen como dueños y dirigentes del mundo, de sus familias, mujeres e hijos. El espacio público y los valores que se le asignan, que les son entregados, es lo que se privilegia, lo que se valora como superior. Se va construyendo un orden donde esta construcción cultural (“lo masculino”) es la medida de todo lo humano. (Fernández, 2003)

Andando el tiempo, resulta a veces chocante, pero desgraciadamente, hasta cierto punto lógico, dada la evolución de los sistemas de creencias a partir de las condiciones anteriormente delineadas, que los brillantes griegos, creadores de la filosofía, el teatro clásico, la ética médica, entre otras maravillas heredadas por la sociedad occidental, así como el concepto de Democracia; no consideraban a las mujeres, junto a los esclavos y los niños, como parte del Demos (literalmente “pueblo”). Así las mujeres; tanto en el sistema legislativo griego como en el romano, el más complejo, elaborado y completo sistema legislativo creado por una sociedad basada en la propiedad privada sobre los medios de producción, según Engels (1875); entre otras cosas, no tenían derecho al voto, carecían de patria potestad sobre los hijos, y estaban sometidas toda su vida a la potestad jurídica de los hombres, primero a la del padre, luego la del o los maridos que se sucedieran, en caso de viudez o divorcio y segundas nupcias, en cuyo intervalo pasaban nuevamente al sometimiento legal al padre⁴.

³ Citados por Kottak, Conrad Phillip, 2003.

⁴ El emperador Octaviano, un ejemplo clásico, casaría y divorciaría (o “haría enviudar”) a su hija tantas veces como nuevos pactos o alianzas políticos necesitara realizar durante su reinado, hasta que la sutil y

Pasados los años, en un comienzo perseguida ferozmente por las autoridades del Imperio, interdicta hasta el punto de llevar a la muerte en el circo a sus fieles, la religión de Cristo (rampante venganza póstuma), ascendería dolorosamente la vía del poder y se expandiría de tal forma entre los romanos, que a la larga traería inevitablemente su legalización. En el 311 D.C. Constantino el Grande, emperador de Roma, decreta un edicto de tolerancia religiosa, haciendo legal la práctica del Cristianismo; un año después lanza otro de tolerancia completa, y el Cristianismo pasa a ser la religión oficial del Imperio, de la cual Constantino se autoproclama Pontífice Máximo o Papa⁵ (Ramos, 1989). Religión y Estado se fusionan, es un golpe maestro que restaura la unidad en el medio del desmoronamiento; pero no trae consigo cambios positivos para la condición de las mujeres ni para el cambio del sistema patriarcal en general. El Cristianismo refuerza la condición de patriarca del hombre tanto como la segregación de la mujer (Engels, 1875), no solo a nivel secular, sino dentro del clero mismo, donde las funciones de las mujeres no difieren mucho de las que realizan en la vida secular (cuidado de enfermos, ancianos, niños...)⁶. Un ejemplo elocuente de la postura de los patriarcas de la Iglesia con respecto a las relaciones entre mujeres y hombres, y por lo tanto de la postura de la moral cristiana, lo constituye un pasaje (entre muchos) de la primera carta de San Pablo Apóstol a los Corintios (Santa Biblia, versión Reina-Valera; 1 Co. 11.6-10): “Porque si la mujer no se cubre, que se corte también el cabello; y si le es vergonzoso cortarse el cabello o raparse, que se cubra. Porque el varón no debe cubrirse la cabeza, pues él es gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón. Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado a causa de la mujer, sino la mujer a causa del varón. Por lo cual la mujer debe tener señal de autoridad sobre su cabeza, por causa de los ángeles.”

A la larga el Imperio Romano se dividiría primero en dos: el Imperio Romano de Occidente, con Roma como capital, y el Imperio Romano de Oriente, con capital en Constantinopla, la ciudad creada por el Emperador-Papa, y a la sazón la residencia del Papa; luego el Imperio Romano de Occidente terminaría, tras lento desmoronamiento, por caer finalmente bajo el golpe de gracia de las tropas bárbaras de Odoacro, luego autoproclamado Emperador de Occidente, con la bendición del Papa. El Imperio Romano

singularmente libertina venganza de esta lo llevara a deportarla hasta la muerte de ella; algo muy parecido a lo realizado por Césare Borgia con su hermana Lucrecia, la hermosa e injustamente desprestigiada princesa.

⁵ Curiosamente, literalmente “padre”.

⁶ Las monjas no tienen rituales religiosos propios, no conducen misa, ni bautismo, ni confesión, no pueden aplicar la Extrema Unción; excepto como Madre Superiora, con autoridad solo sobre otras mujeres, ninguna mujer accede a posiciones de autoridad dentro de la Iglesia, a pesar de que historiadores y teólogos están convencidos de que el grueso de los seguidores del propio Jesús eran precisamente mujeres.

de Oriente, o Imperio Bizantino, se degradaría con el tiempo y daría paso al dominio moro, la residencia del Papa regresaría a la Roma de San Pedro, el primero de dichos mandatarios, designado por Cristo, una “piedra”. Había comenzado la Edad Media.

El Renacimiento, como sería llamado el despertar de la civilización occidental tras mil años de oscurantismo y represión religiosa, fue sin dudas un momento luminoso en la historia del hombre. El antiguo amor por la sabiduría y la belleza de los griegos y los romanos resucita, sobre todo en Italia, una de sus herederas directas, por entonces dividida en numerosos ducados, así como en los centros de poder europeos económicamente florecientes (Francia, Holanda, Inglaterra...). Surge un ímpetu científicista demoledor, la creatividad emerge como una bandera tanto en las ciencias como en el arte, que resplandece de ingenio. Hay una secularización de las costumbres, un desafío abierto a la omnipotencia del Clero. El hombre se vuelve, como dijera Protágoras y promulgarían luego Rousseau, Voltaire, Diderot, entre otros, “la medida de todas las cosas”⁷, y este espíritu lo atravesará todo por algún tiempo.

Pero hombre significa, para el europeo renacentista, literalmente “hombre”; humano es igual a masculino, las mujeres no encuentran lugar en este ideal renovador, que trae consigo cambios y contradicciones, pero que no logra “revolucionar” propiamente la civilización occidental en su totalidad, porque en el fondo no está en su base tal intención.

La problemática relacionada con la posición de la mujer en la sociedad existe, no obstante, y no permanecerá oculta por siempre. Las contradicciones inherentes al régimen feudal, evidenciadas durante el Renacimiento, se agudizan, alcanzan su clímax y desatan la lucha de clases en su máxima expresión. En 1789 estalla la Revolución Francesa, los burgueses galos se alzan, con la plebe a sus espaldas⁸, contra la monarquía y el estado de cosas que esta representa. Los reyes y buena parte de la nobleza, incluyendo buena cantidad de clérigos, son guillotinos o asesinados en las calles por una masa enardecida ante el vislumbre de la libertad, con el odio de la opresión y la sangre a cuevas. Se instaura la República y comienzan las grandes transformaciones a través de un proceso abrupto y accidentado. Los problemas de la mujer también encuentran oídos, y tienen voces propias en el parlamento. Por primera vez en miles de años, el tema de los derechos de la mujer es

⁷ Protágoras (490-420 A.C.), en “Sobre la verdad.”, versión electrónica, llamada también “Discursos demoledores.”: “El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son, en tanto que son, y de las que no son, en cuanto que no son.”

⁸ Los obreros del futuro régimen, y por tanto los futuros explotados por la burguesía triunfal. (Marx, ed. Instituto Cubano del Libro, 1979)

considerado en serio; se les concede el derecho al voto, al trabajo, se les reconoce independencia jurídica. La burguesía precisaba cambios que legitimaran sus intereses, y la incorporación de la mujer al trabajo resultaba beneficiosa. Pero tal incorporación agudizó la explotación (Engels, 1875); sin contar los retrocesos y reinterpretaciones, así como las deficiencias originales, de aquellos derechos de la mujer, redactados mayormente por hombres y para una sociedad que no se pretendía dejase de pertenecer al sexo masculino; la situación de la mujer *varió*, pero no *cambió* sustancialmente (al menos para bien).

El derecho al voto, junto a otras conquistas jurídicas, se iría como llegó, y muy rápido, con los vaivenes de la lucha convulsa en la política francesa y europea, entre Repúblicas, restauraciones monárquicas e Imperios. Otras se volverían contra las propias beneficiadas; entre los salarios inferiores, la jornada laboral doble y la falta de acceso de las mujeres a buena parte del mercado laboral, así como a la educación profesional durante buen tiempo, entre otros aspectos, el derecho al trabajo sería una de estas.

Aún esto pudiera parecer cosa del pasado, pero no lo es. Según datos de la Organización Internacional del Trabajo, para 1997, el 80% de la mano de obra barata en los países asiáticos está compuesta por mujeres; en los países desarrollados, aunque trabajan entre cinco y diez horas más que los hombres, perciben un salario menor, y solo un 20% de las mujeres ocupa cargos directivos; por otra parte, el 62% de las mujeres realizan el trabajo doméstico en sus casas, y el 31% lo simultanea con el no doméstico; un 7% de las jubiladas, además, son responsables del trabajo en la casa. Así nos presentábamos a las puertas del siglo XXI. (Santana, Lidia; y González, Ana; 1997)⁹

Dicho por Teresita de Barhieri (1992-93): en la división social del trabajo, la división por sexo distingue los trabajos que generan valor de aquellos que no pasan por el mercado ni por el reconocimiento en las cuentas nacionales. Estos últimos, sin embargo, son socialmente necesarios, imprescindibles para el mantenimiento de los individuos y en particular de determinados conjuntos de ellos. Por otro lado, en el mercado de trabajo son señaladas como femeninas las ocupaciones y tareas tediosas, repetitivas y que se busca abaratar. No creo que sea muy necesario un comentario respecto a esto, Barhieri lo deja muy claro.

⁹ Las consecuencias y efectos de la dinámica del régimen patriarcal no afectan tan solo a las mujeres, aunque esto pueda parecer evidente a muchos, debido a la mayor visibilidad de dichas afectaciones (sobre las mujeres) y a la poca atención que decidimos concederle, por las más disímiles causas, al lado masculino del problema, tan víctima del status quo como victimario por designación del mismo; en esto abundaremos muy en breve.

Diana Maffia (2003) ofrece tres enunciados, exponentes resumidos de las creencias que conforman el punto de vista patriarcal tradicional de la sexualidad humana:

1. Los sexos son solo dos: masculino y femenino.
2. Las relaciones sexuales tienen como fin la procreación.
3. La familia es una unidad natural.

Al postular la existencia de sólo dos sexos exclusivos y bien definidos, la ideología patriarcal no solo describe un hecho aparentemente objetivo (incluso en la biología las cosas son mucho más complejas que “masculino y femenino”, como más de un estudio genético demuestra¹⁰); sino que presenta la dinámica de las relaciones entre los géneros y las representaciones sociales de estos como una dicotomía varón-hembra, reduciendo toda una compleja problemática a aspectos cromosómicos, hormonales y biológicos en general, poniendo rígidamente al sexo biológico como sostén de la asignación cultural del género. La definición de Amorós (1998)¹¹ con respecto al patriarcado como “el sistema género – sexo como sinónimo”, precedida por la utilísima conceptualización de Gayle Rubin¹² al respecto, definiendo patriarcado como sistema sexo-género, no solo coinciden con las ideas de Maffia, sino que las resumen de manera bastante gráfica.

Según la autora, afirmar que los sexos son dos, es afirmar también que todos estos elementos irán encolumnados, que el sujeto tendrá la identidad subjetiva de género de su sexo anatómico y cromosómico, lo expresará y aceptará los roles correspondientes, y hará una elección heterosexual. Lo que escape a esto se considerará perverso, desviado, antinatural, y será combatido con la espada, con la cruz, con la pluma, con el bisturí y con la palabra. (Maffia, 2003)

Cualquier interferencia en el orden de cosas, cualquier cambio o confusión de roles, se considera una desviación con respecto a la naturaleza. Desde las desviaciones con respecto al objeto o la identidad sexual, como la homosexualidad, el travestismo o la transexualidad (sin hablar de la falta de deseo o asexualidad en los hombres, o la expresión libre y genuina, desprejuiciada de deseo, en las mujeres), hasta las mínimas alteraciones de los roles como el trabajo doméstico en los varones o las mujeres en posiciones de autoridad

¹⁰ Ver en capítulo cuarto, de este mismo trabajo, epígrafe 4.1, “Algo de biogenética”.

¹¹ Citado por Fernández (2003).

¹² “El tráfico de mujeres: Notas sobre la “economía política” del sexo”, en Lamas Marta, Compiladora, “El género: la construcción cultural de la diferencia sexual.”, ed. PUEG, México, 1996. (algo más se hablará de esta conceptualización en el capítulo cuarto de este mismo trabajo, epígrafe 4.2, “La categoría género”)

o en tareas que demandan fuerza e iniciativa, es duramente castigada, por métodos directos o indirectos, por los agentes socializadores, perpetuadores del régimen milenario.

Por otra parte, al promulgar la concepción de que las relaciones sexuales tienen como único fin la procreación, se produce una negación del placer, la comunicación, el deseo; características humanas que son renegadas, reduciendo la sexualidad a una mera función biológica. Todo tipo de práctica que no caiga dentro de los presupuestos de esta regla recibe anatemas morales e incluso intentos de criminalización, por medios legales, en casos de sociedades muy conservadoras. (Maffía, 2003)

Curiosamente, el mandato cultural se traduce con matices. Todo depende del polo de la dicotomía en que nos ubiquemos. La doble moral sexual, que se vuelve piedra angular del sistema, dicta a las mujeres leyes de contención, recato, inhibición, mientras están siempre a disposición de los hombres a la hora de “satisfacerlos” (la mujer no acude al sexo, *accede* a él; no se satisface, sino que *satisface* las necesidades de su pareja); mientras dicta para el hombre, como regla inapelable, so pena de resultar un fracasado, cuando no “sospechoso”, la eficiencia a prueba de bala, la disposición e iniciativa sexual a toda hora, en cualquier situación, siempre con el desempeño al máximo.

Desde este punto de vista, ¿qué es una mujer perfecta para un hombre?: parafraseando a Walter Riso (1998), una madre fiel y devota fuera de la cama, una gata ninfómana dentro de ella; ¿qué se espera de un verdadero hombre?: parafraseando esta vez a Lourdes Fernández (2002), un gran falo ambulante, erecto a toda hora, siempre dispuesto, siempre poderoso. Es eso o la segregación, el desprecio, la reprensión.¹³ Sobre todo esto hablaremos más en el futuro.

Al considerar la familia una unidad natural, por otro lado, no solo implicamos en ello a este grupo humano en tanto grupo; sino a todos sus integrantes en tanto integrantes de él, así como en tanto personas dentro de una sociedad, en tanto seres humanos civilizados, en tanto ciudadanos de una nación; nos implica a todos en tanto mujeres y hombres, en la misma esencia de nuestra existencia. Se promulga la creencia de que la sociedad tiene en cada uno de sus integrantes, así como en sus grupos y comunidades,

¹³ Sólo hay que pensar en la vida diaria. ¿Cuál es la peor ofensa que se le puede hacer a una mujer?: ser una p... (la palabra todos la conocemos). ¿Cuál es la peor ofensa que se le puede hacer a un hombre?: ser homosexual (la palabra real es mucho menos imparcial, todos la hemos oído). A ninguna mujer, o al menos muy raramente, es curioso, se le cataloga de homosexual buscando ofenderla; mucho menos, se le ofende a ningún hombre diciéndole mujeriego, ni siquiera existe una palabra grosera para designar este comportamiento.

estratos destinados a cumplir funciones específicas por su propia naturaleza, como mismo lo haría un pulmón o el hígado en el cuerpo humano; y sería absurdo pensar en cambiar estas, pues esto iría en contra de la naturaleza misma. Así los destinos de mujeres y varones están destinados por su propia naturaleza a diversas funciones, que son complementarias. La familia permite que las mujeres desarrollen su destino de cuidado y reproducción, dejando a los varones el peligroso ámbito público del que depende el sostén económico. Ninguna otra estructura podría pretender funcionar como una célula... (Maffia, 2003)

La naturalización del orden de cosas patriarcal es un fenómeno que no puede resultarle ajeno a ningún ciudadano de nuestras sociedades, casi a nivel universal; nos percatemos de ello o decidamos, de manera más o menos consciente, pasarlo por alto. Tampoco podemos pretender escapar a sus efectos. Que es un estado de cosas obsoleto y poco deseable en nuestros días, de nacimiento de una nueva era, turbulenta pero, esperemos, renovadora; que debería ser anulado y dejado en el pasado, deconstruirlo en aras de elaborar nuevas alternativas, más atractivas y justas para todos, y para nuestros hijos en el futuro; es algo que no tiene discusión. Pero reconocer cada bastión de un mal, y sus más diversas caras, es el primer paso para cambiarlo; aún, y más que todo, en lo que se refiere a los que llevamos las banderas de la transformación, que no nos mostramos inmunes a él (porque no lo somos), en tanto somos miembros de la misma cultura y por tanto parte del problema. Un ejemplo de esta naturalización lo dan las mismas palabras utilizadas con frecuencia por los numerosos investigadores del tema (personas supuestamente desprejuiciadas, alejadas objetivamente del problema, con una postura de ruptura con el modelo tradicional), desde la perspectiva de los estudios de masculinidad (verbigracia: Riso, 1998). Al referirnos al derecho y el deber de los hombres de construir nuevos modelos de masculinidad, que den entrada a la expresión de los afectos, a la ternura y la posibilidad de mostrar debilidad sin sentir vergüenza, así como al disfrute de una paternidad más afectiva y comprometida; las palabras nos traicionan, y hablamos de permitir a los hombres expresar su “lado femenino”, así como ejercer una “paternidad maternal, o maternante”. Aún entre los que los combaten, los estereotipos persisten bajo la piel “avant la lettre”¹⁴; y sensibilidad, ternura, fidelidad, preocupación por el otro, demanda y demostración de afecto, fragilidad, inseguridad, reconocimiento de las propias incapacidades, entre otras cualidades o acciones, dejan de ser simplemente humanas para

¹⁴ “Avant la lettre”; frase idiomática francesa, traducida aproximadamente: “letra de avanzada” o “postura de avanzada”.

convertirse en patrimonio exclusivo de “lo femenino” (la mujer que ahora se pretende que tenga que vivir dentro de nosotros para poder permitirnos el lujo de acceder a aquello que la naturaleza no nos concedió como hombres meramente)¹⁵

En cuanto a la paternidad y la maternidad; de una madre que cría sola a su hijo, y se la ve acompañándolo a actividades deportivas o imponiéndole disciplina, haciendo los mandados, etcétera, se dice que es “madre y padre” (¿por qué no simplemente “una buena madre?”); de un padre cariñoso, emotivo y sensible, que besa a su hijo, lo acompaña a la escuela o al médico, se dice que es “una madre” (¿por qué no simplemente “un buen padre?”)

Además del enfoque del régimen patriarcal como un sistema de roles y funciones sociales, sobre lo que volveremos; otros psicólogos y sociólogos se han referido a este sistema desde el punto de vista de la repartición del espacio. (Alcañiz, 1995; Tobío, 1995; Fernández, 2003; entre otros)

La escisión de género se expresa, según Lourdes Fernández, por ejemplo, en una división-exclusión de la propia vida. Se advierte así un espacio público productivo, remunerado, moderno, con progreso científico-técnico, con movilidad, conectado con el comercio, la ganancia, la política y los asuntos internacionales y un espacio “privado”, reproductivo, estático, afectivo-emocional, tradicional, conservador, no remunerado. (Fernández, 2003)

En la repartición social del espacio, las mujeres han sido asignadas por el sistema patriarcal al espacio privado, el espacio no reconocido del trabajo no remunerado, invisible. Relegadas oficial y tradicionalmente a aquella región del universo que comienza al atravesar el umbral de los hogares, limitada por bien sólidas, pero no menos subjetivas paredes, parecen haber salido perdiendo. Sus tareas oficiales e inaplazables: la reproducción, la crianza, el cuidado, la mantención del funcionamiento del hogar, se circunscriben a este y la designan en la retaguardia de la vida.¹⁶ Sus atributos oficiales: sensibilidad, emotividad, fidelidad, ternura, sumisión, paciencia, debilidad. El espacio asignado, por su parte, a los hombres, es el que comienza en el sentido contrario: de la puerta hacia fuera. Desterrados al espacio público, más tangible, reconocido, remunerado; no solo, como solemos pensar, estamos liberados de las socialmente consideradas penosas

¹⁵ Mirémonos bien dentro de nosotros mismos mientras sonreímos ante este pequeño sarcasmo.

¹⁶ El adagio popular “detrás de todo gran hombre hay una gran mujer” (¿por qué no al lado?), expresa esto perfectamente.

y degradantes tareas del hogar, sino que se nos mutila el espacio de la intimidad, la fragilidad, la paternidad emocionalmente comprometida, la soledad placentera. Nuestras funciones: proveer, combatir, sostener. Nuestros dones obligatorios, so pena de desclasificación: fuerza, imperturbabilidad emocional, sabiduría, dominio, efectividad, seguridad, iniciativa, valentía a toda prueba.

Otra vez la dicotomía. La puerta de todo hogar se muestra como un punto simbólico de desencuentro y segregación para *ambos*, no sólo para la mujer; a ella se la segrega del espacio abierto y libre del éxito reconocido, de las nuevas experiencias y la iniciativa creadora; a nosotros, los hombres, se nos segrega del espacio íntimo y cálido de la comunión emocional, de la comunicación afectiva, donde el reconocimiento no por llegarnos de menos direcciones nos conforta menos, y donde el reconocimiento a gran escala no es imprescindible para existir.

Pero desmontar el viejo modelo no es cosa fácil, que se logre de un día para otro. Él tiene sus propios mecanismos y armas para perpetuarse, como ya hemos visto en buena parte. La naturalización a que se le somete y a la que hicimos referencia es una, quizás la principal. Otra es su *universalidad*, ya que todas las sociedades civilizadas modernas, y la mayoría de las reconocidas a lo largo de la historia, han existido con un sistema patriarcal como base, lo que nos priva de modelos alternativos que nos ayuden a apoyar una crítica efectiva. (Fernández, 2003) Una tercera es su *longevidad*, ya que se ha constituido en una organización social, un sistema de prácticas reales y simbólicas que se ha consolidado a lo largo de los siglos, creando y alimentando su propio sistema de creencias, que garantiza su continuidad y perpetuación. (ibídem.)

Difícil desde luego, no significa imposible, y no todo ha sido oscuridad a lo largo del tiempo. Los logros ya alcanzados, en buena parte gracias a los esfuerzos de las propias mujeres, aglutinadas y lideradas por los movimientos feministas, sobre todo el surgido a raíz de las refulgentes revoluciones sociales de los años sesenta y setenta, paladín de la Revolución Sexual; demuestran no solo que el cambio es perfectamente posible, sino que también altamente necesario. Han pasado de treinta a cuarenta años, pero el proceso apenas comienza, y no debe perder el impulso. De todos nosotros, hombres y mujeres de nuestro tiempo, depende.

Capítulo segundo. El culto al guerrero.

“Cuenta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles;
cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y
precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a
quienes hizo presas de perros y pasto de aves –cumplíase la
voluntad de Zeus- desde que se separaron disputando el
Atrida, rey de hombres, y el divino Aquiles.”
Homero, “Ilíada”.

Si tomamos a un niño de once años y le pedimos que mencione los nombres de diez de los hombres más importantes de la historia, quitando a los cantantes de moda, beneficiados por la publicidad del momento, no encontraremos en dicha lista probablemente muchos nombres de célebres científicos, filósofos, artistas o poetas. Alejandro Magno, Julio César, Napoleón Bonaparte, el propio Adolf Hitler, opresores, tiranos, responsables, sin dejar de ser geniales, en su modo en muchos casos bastante oscuro, de miles, y hasta millones de muertes; son mucho más conocidos y reconocidos por esto que Sócrates, Leonardo da Vinci, Giordano Bruno, Isaac Newton, Luis Pasteur, Alexander Fleming, Carlos J. Finlay, Thomas Alba Edison o Albert Einstein por salvarlas en algunos casos, incluso después de su muerte, en otros pos contribuir al avance y prosperidad de la humanidad y del conocimiento de nuestro mundo. El mito de Aquiles es mucho más atractivo que el de Asclepios; ambos eran semidioses, el primero un asesino bajo un halo de heroísmo, el segundo un mártir de tal nobleza que, siendo el mayor médico de la tierra, se atrajo el castigo de los dioses por no conformarse con salvar vidas y comenzar a resucitar a los muertos, dolorosamente llevados por las Parcas. El culto al guerrero atraviesa nuestra cultura como un hilo de acero, bordando en tonos contrastantes el dibujo de una masculinidad violenta, fría e impetuosa como un samurai salido de uno de los films memorables de Akira Kurosawa.

¿Qué designios guarda la cultura patriarcal para los hombres? ¿Qué es lo considerado como realmente masculino según estos? ¿Cuáles son las consecuencias?

En “Dos ensayos sobre el sujeto y el poder”, Michel Foucault¹⁷ denuncia una forma de poder que, muchas veces sin ser percibido, y la mayoría de las veces de manera naturalizada, es ejercido cultural y socialmente, casi siempre con la complicidad directa o indirecta de los individuos, sobre la vida cotidiana inmediata. Esta forma de poder clasifica

¹⁷ Foucault, Michel, “Deux essais sur le sujet et le pouvoir”, en “Généalogie de l’individu moderne”, S/A.

a los individuos en categorías, los designa por su individualidad propia, los fija a su identidad, les impone una ley de verdad que les es necesario reconocer y que los otros deben reconocer en ellos. Una forma de poder que transforma a los *individuos* en *sujetos*. Sujetos al otro por el control y la dependencia, sujetos a sí mismos por la identidad y la autoconciencia. En ambos casos una forma de poder que subyuga y sujeta. Un mecanismo milenario, perfeccionado a través de los tiempos, de perpetuación del orden social y cultural tradicional. El sistema de sujeción social corre junto a la inculturación de los individuos, comenzando desde su inserción en la cultura: desde el nacimiento.

Así, el proceso de devenir personas es también el proceso de, junto a la apropiación y descubrimiento del mundo y de nosotros mismos, pasar por un proceso de sujeción, que implica asimilar los mecanismos de disciplina social, que le llegan al individuo de dos maneras: mediante la naturalización y la concesión de autoridad a las instituciones de poder, sean personas (padres, profesionales), grupos o estratos específicos de la estructura jerárquica de la sociedad, lo que sienta las bases de la sujeción y dependencia del otro; y mediante la interiorización de las normas y reglas que luego de formar parte activa de la personalidad del sujeto actúan como reguladoras activas del comportamiento, lo que sienta las bases de la sujeción a sí. Ambos métodos de control social que implican prácticas de poder que se autoperpetúan a través del tiempo.

Lo interesante de este planteamiento teórico es que, aunque las prácticas de poder parecen unidireccionales (verbigracia: de los hombres sobre las mujeres), la doble condición de dicha sujeción en todo individuo implica una multidireccionalidad de dichas prácticas, que ubicarían al individuo en una posición ambigua de sujetador-sujetado (sujetador = segregador, dominador, etiquetador; sujetado = segregado, dominado, etiquetado); de sí mismo y de otros.

El patriarcado se erige no más que como un sistema de sujeción social. Sujeción de la mujer a los designios del hombre y a la aceptación de las demás mujeres; sujeción del hombre a los designios de los demás hombres, y aunque muchos no quieran aceptarlo, a la aceptación tanto de hombres como, sobre todo, de mujeres; pero más aún: sujeción de hombres y mujeres a los modelos sexistas y androcéntricos de masculinidad y feminidad en los que han debido construir sus identidades, en otras palabras, sujeción a sí mismos y a los marcos de referencia que les han sido transmitidos. Por tanto todos víctimas y victimarios, cada uno en su modo particular, tanto de sí mismos como de otros; y en buena medida cómplices (concientes o no) del régimen, en tanto no se adopte una actitud

crítica al respecto y no se construyan modelos alternativos de masculinidad y feminidad. Analizando los presupuestos culturales de la masculinidad y los mandatos que desde la cultura le son asignados, esta doble sujetación se hace evidente de manera bastante gráfica.

Como ya se ha dicho, el patriarcado puede ser entendido como el sistema de lo masculino como medida de todas las cosas. Poniendo esto al hombre por encima de la mujer, tanto en cuanto jerarquía, como en tanto supuesta superioridad física y espiritual. Pero esto no lo define a cabalidad, pues lo “masculino” que es privilegiado en este régimen no es la mera suma de ciertos atributos biológicos, incluyendo el pene, que constituyen los atributos del sexo anatómico como tal y que se pretende definen la naturaleza masculina de un individuo; sino las asignaciones culturales que se le adjudican a este sexo biológico, la construcción cultural que se realiza a partir de este sexo, lo que llamamos género, y que en el sistema patriarcal, además de su rigidez, contradictoriedad y carácter segregatorio, tiene sus propias especificidades. La masculinidad, lo masculino, es culturalmente construido; y ese modelo de masculinidad construido en y por el patriarcado es el que se considera superior, hegemónico y deseable. Cualquier hombre no es la medida de todas las cosas, solo los que cumplan los mandatos culturales asignados a lo masculino; este es el primer punto de desajuste del modelo a nuestros días, ese en que el sistema mismo no está diseñado en función de los individuos y el momento histórico en que viven, sino los individuos en función del sistema; y nos afecta a los hombres más de lo que se quiere a veces aceptar.

Walter Riso (1998) enuncia en su libro “Intimidades masculinas. Sobre el mito de la fortaleza masculina y la supuesta incapacidad de los hombres para amar.”; dos mitos que sirven de base a la masculinidad tradicional:

1. Todo lo puedes.
2. Vales por lo que tienes.

Estos dos planteamientos resumen bastante bien las creencias que fundamentan el modelo patriarcal de masculinidad, y a la larga buena parte del sistema patriarcal en general. Ya que las creencias patriarcales asociadas a la feminidad, si venimos a analizar, no son sino la contralectura de las primeras. Contralectura que constituye la base misma de la ya mencionada dicotomía entre los géneros que yace en la base misma del propio sistema.

“Todo lo puedes”, promulga la cultura patriarcal con respecto a los varones. Aunque pudiera sonar como una exhortación humanista al autocrecimiento y la seguridad en sí mismos; esta frase pudiera estar muy lejos de ello. Más que exhortación es un mandato: “¡Tienes que poder!”

Uno de los pilares tradicionales de la masculinidad es la fortaleza, tanto física como espiritual; a él se relacionan muchas de las creencias vinculadas a la naturaleza del varón (Fernández, 2002), creencias que funcionan tanto desde la cultura como desde el propio individuo (sujeto) como mandatos inapelables, so pena de exclusión social y castigo. La cultura patriarcal decreta: quien siga esta ley será aceptado y tendrá éxito; quien se aparte de ella sufrirá las consecuencias socialmente prescritas. Cuando se instaura a la fortaleza física como característica imprescindible del varón, se incluye en ello el buen desempeño y excelencia en las labores de esfuerzo físico, así como en la actividad sexual; la rudeza corporal y gestual, la agresividad, la violencia, la resistencia al dolor y la homofobia. La fortaleza espiritual supone valentía, seguridad, dominancia, independencia, autocontrol e imperturbabilidad emocional, racionalidad. Todo esto referido al harto conocido mito del “sexo fuerte”.

Uno de los resultados del mito del sexo fuerte, en lo que se refiere a la fortaleza física, lo podemos observar cualquier día de la semana en los gimnasios de la ciudad (cualquier ciudad del mundo, de hecho): el culto masculino al músculo. Después de cierta edad, cuando los adolescentes comienzan a notar el acercamiento a la hombría adulta, este culto deviene para una gran parte una necesidad. Un hombre “sin músculos” no es bien visto en muchos círculos, y un hombre con ellos recibe aclamaciones tanto silentes como declaradas donde quiera que va, tanto de otros hombres como, y esto es de suma importancia, de mujeres. Los deportes y actividades rudas son otras áreas donde el culto se lleva a cabo; por doquier los varones corren, saltan, luchan entre ellos, para “demostrar” su virilidad; ninguno de nosotros, incluso los más “intelectuales”, escapamos a estos rituales. El músculo masculino es venerado por varones y mujeres, y ambas veneraciones nos afectan de una manera u otra, en una u otra ocasión, a todos nosotros.

La resistencia al dolor, por su parte, es imprescindible al varón. Está científicamente demostrado que el umbral del dolor tiende a ser mucho más alto en la mujer que en el hombre (una sabia modificación de la naturaleza como preparación para las labores de parto, entre otras particularidades de su biología). O sea que, fisiológicamente, se desprende de esto que las mujeres experimentan físicamente menos

dolor que los hombres. En cambio la mujer, socialmente, es libre de demostrarlo; como es del “sexo débil”, esto es natural, incluso se considera tierno, y atrayente para los varones, a los que les debe despertar su “instinto de protección” (otro mito). El varón, por su parte, no se puede permitir sentir dolor (realidad por demás ineluctablemente objetiva), o al menos no puede en modo alguno darlo a entender; “los hombres no se quejan”, para ser un verdadero varón es necesario aguantárselo, reprimirlo. Entre más dolor usted aguante, más hombre es. Muchas culturas llegan a ejecutar ceremonias de iniciación en adolescentes masculinos, en los que estos deben pasar por experiencias dolorosas para demostrar su virilidad y ser admitidos en el mundo de los varones adultos. En la mayoría de las civilizaciones modernas tenemos nuestro propio rito de iniciación del varón en la vida adulta, donde este debe mostrar y adquirir resistencia, fuerza, disciplina: el Servicio Militar Obligatorio; y los espartanos lo hacían hace miles de años.

Otro rito, menos difundido en nuestros días, pero que aún en muchos países se lleva a cabo, es aquel en que los padres, al entrar sus hijos a la mayoría de edad, y como parte de sus disminuidas responsabilidades como padres de hijos varones, los conducen a un prostíbulo, a una “profesional” de experiencia, para que se inicien en la vida sexual y “aprendan”¹⁸. El hombre debe ser efectivo, agresivo, poderoso, dentro de la cama como fuera de ella.

Respecto a esto, dice Lourdes Fernández (2002), en el hombre la sexualidad está muy vinculada a su papel social. Así, en el plano sexual, él debe desplegar también su carrera por la excelencia y estar siempre listo sexualmente, “siempre erecto”, tener buen desempeño y rendimiento, ser polígamo, ser activo en el coito y responsable del orgasmo de su pareja.

Como los elegantes y vigorosos gallos de pelea, el hombre no solo debe ser capaz de todo esto, sino demostrarlo. El hombre necesita de la admiración de otros (mujeres y hombres), de su reconocimiento, para nutrir su propia autoestima como hombre. Para estar convencido de su propia virilidad debe convencer de ella al otro. De ahí que, aunque el modelo le exige seguridad en sí mismo como muestra de virilidad, como veremos más

¹⁸ Este rito no se lleva a cabo, desde luego, con las mujeres. Ellas se supone que lleguen vírgenes e inocentes (¿de qué crimen?) al matrimonio, como parte de su inferioridad e indefensión, así como su sometimiento al varón dentro de la cultura de la monogamia marital. En un hombre, en cambio, llegar virgen al matrimonio sería una vergüenza: la mujer, como mujer, es ignorante por naturaleza, “no saber” es parte de su feminidad; el hombre no puede darse este lujo, como hombre “tiene que saber”, y como nadie nace sabiendo, es deber del padre remediar esta falta de la naturaleza para su hijo, aunque la vía, según la moral tradicional cristiana, constituya pecado (pecado fácilmente perdonable por los clérigos, como parte de la doble moral sexual patriarcal que el propio cristianismo ayudó a cristalizar en occidente).

ampliamente luego, es un profundo sentimiento de inseguridad el que subyace, listo para atacar en el momento menos pensado.

Mucho de lo antes dicho, y de lo que se dirá, constituye la base de lo que ya he llamado “culto al guerrero” (Riso habla de “héroe”¹⁹, pero la palabra héroe no necesariamente define lo que referimos²⁰, no transmite el mensaje violento y agresivo que quiero resaltar). El culto a la violencia y agresividad masculinas son piedras angulares del modelo patriarcal de varón. Desde la violencia doméstica y el asesinato hasta las guerras, todos estos fenómenos son consecuencias de este culto, muestras de virilidad que constituyen pruebas contundentes del arcaico modo de los varones de pensar nuestra naturaleza masculina. El mandato cultural reza: ante la ofensa, las mujeres lloran, los hombres golpean. La cultura patriarcal glorifica, según Riso, y promociona una imagen agresiva y distorsionada del varón: “si no te llega, tómallo por la fuerza”. La enseñanza social no apunta a trascender al guerrero, sino a exaltarlo y mantenerlo en estado primitivo. Independientemente de la edad, la mayoría de los quehaceres cotidianos del varón giran alrededor de enfrentamientos altamente competitivos y/o destructivos. (Riso, 1998)

En el cine, la literatura, las leyendas, los videojuegos, en las clases de historia que recibimos en las escuelas, en los deportes exclusivamente masculinos (a pesar de que el deporte se está abriendo desde hace unos años a la desexualización); el varón agresivo y violento, el guerrero ancestral, está por todas partes. Por otra parte, desde pequeño, antes de acceder a ninguna de estas fuentes de inculturación, el varón comienza a recibir un entrenamiento casi espartano. Desde cierto momento en adelante, si rueda por el suelo enredado en lucha campal con otro niño, recibe mucha más atención que si se queja de un dolor, por grande que sea, (“los hombres no lloran”). Se le enseña a evitar las muestras de emocionalidad, a controlarse, a reprimir todo sentimiento tierno, que pueda mostrar vulnerabilidad, solo a la agresividad puede soltarle riendas, esta sí es “masculina”.

A los varones, según Luis Bonino, no se les enseña a tolerar la frustración ni el dolor, ni tampoco a conectar con sus propios sentimientos, razón por la cual no es fácil que se hagan conscientes del origen de su malestar. Para salir de ese malestar “hacen cosas” y, entre las cosas que “pueden hacer”, está la agresión. (Bonino, 2000)

¹⁹ Riso, 1998.

²⁰ A mi modo de ver Cristo habría sido tan héroe o quizás más que el ya referido Aquiles, dejándose matar donde el otro habría matado.

Respecto a las diferencias de género con respecto a la violencia, según Bonino, a las niñas, orientándolas hacia la empatía, la comprensión y aceptación del otro, hacia la valoración del vínculo afectivo, se les facilita el contacto con sus propios sentimientos. Sin embargo, los niños deben “aguantar” heroicamente o, en todo caso, pueden expresar agresividad, si es que no aguantan más. (ibídem.)

Así, la violencia está permitida, e incluso incentivada, y el varón la prodiga a diestra y siniestra, como muestra proclamatoria de su virilidad y válvula de escape de todas sus otras emociones reprimidas. La ejerce sobre los demás (los que se lo permitan) y, en ocasiones, sobre sí mismo (tres cuartas partes del total de suicidios a nivel global, el 75%, son hombres; por poner un ejemplo de solidez irrefutable²¹).

Cuando hablamos de la fortaleza espiritual masculina enseguida se nos dibuja en la mente un charro de bigotes y espuelas, con revólveres a los costados: la personificación de la valentía, la seguridad y la frialdad emocional. Al varón le está prohibido sentir miedo, aún en situaciones en que habría que estar completamente loco para no sentirlo. Un ejemplo claro: los beduinos, durante su lucha contra la ocupación italiana, a principios del siglo XX, dejaban a las mujeres, ancianos y niños en los campamentos y ciudades para ir a combatir; con frecuencia, ante la derrota inminente, se ataban el tobillo derecho al muslo para no poder huir; los oficiales italianos, al finalizar la batalla y encontrar los cadáveres atados propia mano, los tildaban de fanáticos, pero los admiraban por ello. Queda, entonces, prohibido tener miedo, pero también sentirse inseguro. La masculinidad tradicional promulga la existencia de machos valientes, fuertes, indoloros, efectivos, duros y seguros de sí. Pero es una masculinidad de demostración, una masculinidad de pavo real. La seguridad del varón, y su autoestima, descansan sobre las arenas movedizas de la opinión del otro. Desde el cultivo de la musculatura y las proezas físicas, hasta el desempeño sexual y el ejercicio de la violencia y la valentía; todo está diseñado como un gran y complejo ritual demostrativo, un ritual que persigue el reconocimiento de la propia virilidad por las mujeres y el resto de los varones, reconocimiento que constituye la base de la autoestima y la seguridad del varón en tanto tal. ¿Seguridad proveniente de algo tan inseguro como la opinión ajena? He aquí la fuente de buena parte de las crisis de autoestima, inseguridad, y gran parte del stress y la ansiedad masculinas. Basta a muchos varones ser de baja estatura o delgados, sentir miedo o inseguridad (la cosa más natural de

²¹ Datos tomados de Riso (1998); la cifra, según datos que me han llegado, debe haberse incrementado.

cuando en vez), o tener algún problema de desempeño sexual (sin hablar de la impotencia o la esterilidad), para que se les venga el mundo abajo.

Por otra parte, el varón debe saber de todo y ser eficiente en todo. Fracasar no es una opción. Una mujer puede equivocarse; se le reprenda o no, no deja de ser mujer por ello; un hombre que se equivoca es un “fracasado”, y un *hombre de verdad* no es un “fracasado”. Debe ser dominante, ejercer liderazgo sobre los otros y con respecto a la mujer, específicamente, ejercer el dominio que su supuesta superioridad prescribe. Esto lo sumerge en un mar de antagonismos, luchas, competitividad, con respecto a los otros hombres, y de distanciamientos y ambigüedades con respecto a la mujer, que le es subordinada al mismo tiempo que fuente de afecto, tanto como de confirmación de su valor en tanto hombre; todo lo cual lo mantiene en un estado de tensión y agresividad que los que no quieren dejar a un lado darían cualquier cosa por descansar de él de vez en vez, cuando no los lleva a la enfermedad o al embotamiento afectivo.

El mito tradicional que le dice al varón “todo lo puedes”; en realidad le dice entre líneas: “no tienes derecho a fracasar, tienes que poder, no te pase por la mente la posibilidad de equivocarte o cometer una torpeza”. Exige del hombre erguirse en intachable torre de acero, sin fallas. Le priva del privilegio de pedir ayuda, del derecho de confesarse inútil y fracasar, de la posibilidad de mostrarse sensible y dejar fluir sus emociones sin reprimirlas a toda hora, de aceptarse con defectos y quererse a sí mismo al margen de las consideraciones de los demás. Como es un proveedor, no puede aceptar que lo provean, menos si es una mujer quien lo hace; como es sostén, no puede pedir ni esperar apoyo; como es infalible, no puede errar, y si lo hace, la culpa necesariamente tiene que ser de otro, porque él no se equivoca.

El segundo mito que enuncia Riso: “vales por lo que tienes”; tiene mucho que ver mucho con la posición de dueño de los medios de producción que los varones heredamos ancestralmente en el sistema patriarcal. En las antiguas Grecia y Roma, un varón que no tuviese posesiones propias, sobre todo bienes inmuebles y tierras, si no era un menor de edad o un extranjero, era un esclavo o estaba en camino de serlo; en ambos casos, no era considerado como un miembro del “demos”²², y por tanto, junto a las mujeres, no participaba de la democracia greco-romana. Algunos siglos después, los primeros filósofos que aportaron a las teorías del liberalismo económico y el contrato social (las bases de las revoluciones burguesas inglesa y, sobretudo, francesa; y del naciente régimen capitalista)

²² Pueblo, en griego.

promulgaron un prototipo de sistema social donde el ciudadano cedía parte de su libertad individual en función de similar concesión de parte de los otros, de modo que cada uno de los integrantes de la sociedad civil así creada, cada ciudadano, resultaba al mismo tiempo dueño de sí y sus posesiones y participaba, en un ambiente democrático, de las de los demás sobre la base del intercambio libre controlado por las leyes impersonales del mercado y el reconocimiento del derecho de los hombres a la propiedad. (Acanda, 2002)

La “porción de libertad” que cada hombre sometía a la Sociedad, estaba basada en la renuncia parcial simbólica a sus derechos a la propiedad, por tanto para entrar dentro de los niveles de aceptabilidad exigidos para participar de la democracia liberal, había que ser “ciudadano”, a saber: varón propietario. Porque, según sus concepciones, según le fuera respondido a un soldado de Cromwell, que exigía su derecho al voto en el parlamento: “... ningún hombre tiene derecho sobre la propiedad de otro. Si todos los hombres votaran por igual, pronto muchos se apoderarían de la propiedad de otros hombres.” (Crick, Bernard, 1994; citado por Acanda, 2002)

Varón propietario, eso o segregado social, explotado, sin derechos (no hombre). “Vales por lo que tienes”; entre más, más vales.

Patricia Ares (1996) resume muy bien nuestras ideas hasta aquí cuando plantea que Dicha normativa (la normativa genérica) promueve que “ser hombre” es *saber, poder, tener*; cuanto más, más hombre.

En las sociedades modernas, este mito es una vía para mantener la supremacía masculina a través del dinero en lugar de las feromonas. (Riso, 1998) El varón actual, trajeado y con maletín ejecutivo, transportado de las praderas a la jungla urbana, tiene menos oportunidades de mostrar a toda hora sus cualidades físicas de macho alfa; necesita de un atributo extra que pueda lucir ante las hembras y los demás machos. El fetichismo inherente al sistema económico capitalista, consolidado en el imaginario después de casi dos siglos de existencia, le ha proporcionado uno “perfecto”: el dinero²³. Conviniendo con Riso: si un hombre quiere llamar la atención de las mujeres, y hacerse admirar por otros hombres, se muestra ante ellos manejando un gran auto, con una sorprendentemente hermosa mujer a su lado, o les muestra a su inteligente y hermoso hijo (si es varón el logro

²³ Una vez instaurado el proceso, la posesión no se circunscribe al dinero o a otros símbolos de bienestar material (autos, bienes inmuebles, ropa de calidad, reloj; una mujer con ellas demuestra status, desde luego, pero no es ni más ni menos mujer por ello, un hombre, en cambio, ve acrecentada su masculinidad por este medio), como ya planteamos, con la llegada del patriarcado el hombre no solo se convierte en dueño de los medios de producción, sino también de su mujer e hijos.

es mayor). Dinero (o símbolos de él), mujer e hijos son, a estos efectos, extensiones visibles de su masculinidad (psicoanalíticamente hablando: de su falo).

En cualquier bufete legal del mundo, así como en cualquier consulta psicológica, se puede comprobar: la mayor parte de los divorcios, a nivel mundial, son planteados por las esposas. Por su parte, las veces que el marido lo propone, ya tiene otra mujer esperándolo, frecuentemente exigiéndole que se divorcie, so pena de abandono por parte de ella. Una vez separados, es más frecuente ver al hombre buscando frenéticamente el reemplazo que a la mujer. Si una mujer permanece mucho tiempo sin pareja, se dice de ella que “se hace la dura” o “está esperando el hombre adecuado” (según la versión); si se trata de un hombre, se dice que “algo” tiene que las mujeres no lo quieren, o la versión más frecuente: “debe ser homosexual”. ¿Es que, después de todo, el duro guerrero no puede existir sin una débil e inútil mujer a su lado?

Por una parte, un hombre sin mujer no “tiene” uno de los atributos más importantes de su masculinidad: una mujer colgando de su brazo. También carece de uno de los terrenos más importantes para la reafirmación de su virilidad: el sexo. Por otra, pierde la fuente de seguridad afectiva artificial que se ha creado, en buena parte para suplir su pobreza emocional interior; pero también la fuente del afecto que todos necesitamos, pero de la que él se hace dependiente sin reconocerlo conscientemente. “Un hombre no debe estar solo”, se oye con frecuencia; pero en realidad un hombre, a diferencia de la mujer, no *sabe* estar solo, porque nunca aprendió. Nunca estuvo en contacto consigo mismo, como bien plantea Bonino (2000), porque siempre funcionó en base a los demás, a su aceptación y reconocimiento de su virilidad; y porque siempre le enseñaron a alejarse de esa parte de sí mismo y de las relaciones humanas que llamamos emociones. Porque perdemos, en el proceso de consolidar nuestra virilidad, el placer de tener a quién querer, y lo reemplazamos exclusivamente con “tener alguien que nos quiera”, a lo que nos aferramos.

Riso²⁴ refiere tres miedos masculinos:

1. Al fracaso.
2. A estar afectivamente solo.
3. A tener miedo.

²⁴ Op. cit.

Más claro imposible.

Por otra parte, y mostrando una vez más su contradictoriedad, el sistema patriarcal le exige a los varones el cumplimiento de otro mandato para ser completamente masculinos: la disciplina.

Para Luis Bonino (2000) la masculinidad social está basada en cuatro mandatos: ser autosuficientes, ejercer la belicosidad heroica (para conseguir “ser”, está permitida la violencia, el enfrentamiento, la agresión), ejercer la superioridad sobre las mujeres y por último, respetar la jerarquía. Desde luego, en una sociedad donde cada varón campea por su respeto no hay cabida para el orden; por lo que se hace imprescindible una regla que preserve este sin disminuir la virilidad de sus “machos”: la jerarquía de mando. Los ejércitos, los cuerpos represivos o del orden como la policía, las logias y hermandades, los monasterios, son ejemplos claves del respeto masculino por las jerarquías y su tendencia a organizarse en base a ellas, como contrapartida de las tendencias femeninas a formas más democráticas de organización²⁵. Pero esto en nuestros días no puede menos que producir malestar a los varones. Obviando aún los conflictos que pueden aparecer entre la disciplina y el culto al guerrero al que ya nos referimos, ya sea en casos de abuso de poder, muy frecuentes, por ejemplo en la vida militar, o en casos de órdenes invasivas o que agredan la individualidad o la virilidad misma; ¿qué sucede cuando, como es ya muy frecuente en nuestros días, el subordinado varón tiene como superior a una mujer? Bonino reconoce que es imposible que este último mandato no entre en contradicción con los anteriores.

Pero no hay mandatos sin prohibiciones, y son éstas las que más nos afectan a los varones, de una u otra manera, a pesar de los dudosos pero más públicamente aceptados privilegios que dichos mandatos (y los dirigidos a las mujeres) nos confieren. Patricia Ares (1996) enuncia algunos, de muchos ya he escrito en este capítulo, de una manera u otra:

1. No te doblegues al dolor. (entre más dolor soporto, más hombre soy²⁶)
2. No pidas ayuda. (yo *puedo* solo, si no nadie tiene que saberlo)
3. No tocar. (“tocarse o dejarse tocar se hace solo aceptable cuando existe una finalidad precisa, sobre todo en el ámbito de la relación heterosexual que

²⁵ Incluso en la vida de clausura, donde las mujeres se “desfeminizan” en gran medida desde el punto de vista patriarcal, renunciando a la maternidad y a la unión con un hombre (aunque lo hacen con Dios y Jesús, según la interpretación religiosa) y la conformación de una familia; excepto por la Madre Superiora, las mujeres en un convento no reconocen autoridad de otras mujeres sobre ellas y tienden a la igualdad de jerarquías.

²⁶ Los textos entre paréntesis, en esta lista, constituyen comentarios del autor de este trabajo.

tenga como colofón el coito.”²⁷ Tocarse entre hombres no es apropiado, como máximo se da un apretón de manos y unas palmadas en la espalda, a veces un abrazo, sin demasiada intensidad)

4. No te abstengas del alcohol. (beber es una prueba de resistencia viril, funciona igual que las pruebas de resistencia al dolor. Entre más bebida aguanto, más hombre me muestro)
5. No tengas miedo. (el miedo simplemente no es aceptable en un hombre)
6. No debes llorar. (“los hombres no lloran”, el llanto es una muestra de debilidad, vulnerabilidad, afeminamiento)

El 75% (tres cuartas partes) tanto de los casos de suicidio como de abuso de sustancias, son casos de hombres. En los países desarrollados, la esperanza de vida de los hombres es ocho años menor que la de las mujeres. (Riso, 1998) El infarto, la hipertensión arterial, las enfermedades cerebrovasculares, tienen una incidencia especial en el sexo masculino, tanto que con frecuencia algunas son catalogadas socialmente como enfermedades masculinas. Sin embargo, las consultas de psicólogos y médicos sólo reciben hombres, con frecuencia, cuando su problema es realmente grave o muy molesto; y aún así, el porcentaje de mujeres que acuden a los servicios de salud o ayuda psicológica siempre es mucho mayor que el de los hombres. Estos son solo algunos datos, pero muestran muy obviamente que los hombres no salimos muy bien parados, hoy menos que nunca, en la repartición patriarcal de roles, espacios y mandatos culturales, como se cree o se quiere creer.

Nos queda vedado el derecho a la intimidad, a la emotividad, a la comunicación afectiva, a la vulnerabilidad, a pedir ayuda, demandar y demostrar afecto, a equivocarnos, a ser inefectivos y fracasar, a desconocer, a renunciar al dominio sobre el otro y a la agresividad, a sentir miedo o inseguridad, a disfrutar la soledad o la intimidad sanamente. Para colmo, con los cambios convulsivos de los últimos años, las demandas que nos llegan de los otros son cada vez más contradictorias. En palabras de Walter Riso (1998), mientras un grupo considerable de mujeres pide a gritos mayor compasión, afecto y ternura de sus parejas masculinas, otras huyen aterradas ante un hombre “demasiado suave”. Los padres hombres suelen exigir a sus hijos varones una dureza inquebrantable, y las maestras de

²⁷ Ares (1996).

escuela un refinamiento tipo lord inglés. El mercadeo de la supervivencia cotidiana propone una competencia tenaz y una lucha fratricida, mientras que la familia espera el regreso a casa de un padre y un marido sonriente y pacífico.

¿A quién complacer? ¿Se puede ser tierno y agresivo, compasivo y dominante, autocontenido y cariñoso, pacífico y violento, duro y afable, sensible y frío, flexible y firme, todo al mismo tiempo? Por supuesto: en el CIE 10 existe una definición para ello: Trastorno de personalidades múltiples (F44.81), y se ubica dentro de “Otros trastornos disociativos (de conversión)” (F44), y a su vez dentro de “Trastornos neuróticos, secundarios a situaciones estresantes y somatomorfos” (F40-49). Un trastorno mental, no por gusto una neurosis. La calidad de neurotizante de nuestro proceso de inserción en la cultura, y de nuestra cultura misma ante todo, ya ha sido largamente planteada por Freud y otros teóricos del psicoanálisis.

Por último, y no menos importante: la paternidad. Mientras se venera la maternidad como algo sagrado, sublime, hermoso; la paternidad se restringe -la mayoría de las veces por los hombres mismos, otras veces por las mismas mujeres que se quejan de la falta de apoyo de sus maridos en la crianza de los hijos- al factor punitivo de la autoridad, a la manutención material y el respaldo social (“representación”), incluso en el caso de los hijos varones. “Madre hay una sola, padre es cualquiera”, dice el refranero popular; interpretado al pie de la letra: los padres son prescindibles, no hay gran problema en ello. Se habla de “instinto maternal”, pero a nadie se le ha ocurrido aludir a un “instinto paternal”. Desde pequeña comienza el entrenamiento de la mujer para la maternidad: se le dan muñecas, biberones para alimentarlas y ropitas para vestir las; a los varones se les manda a la calle, a jugar a los pistoleros, “como los machitos”.

Riso lo pone bien en claro: La teoría del instinto maternal ha creado un efecto de halo antipaternal, como si el varón sufriera una especie de incapacidad congénita para la crianza infantil. (Riso, 1998)

Mientras la maternidad es un ámbito de realización personal para la mujer, afrontado con placer y donde la felicidad es determinante por encima de todas las molestias, que por demás son mucho mayores para la madre; los hombres tendemos a pensar y afrontar la paternidad con una gran carga de temor, como una carga de responsabilidad enorme, desde el punto de vista del proveedor, que nubla el punto de vista del placer. Pero muchos varones de hoy queremos disfrutar la paternidad, aunque no se nos

halla enseñado, de una manera más comprometida emocionalmente (como muchos deben haberlo deseado antes que nosotros, sin decirlo); necesitamos aprender, es cierto, pero nada más fácil si se desea. Sin embargo, los prejuicios, las creencias promovidas por el sistema patriarcal, se resisten a morir. En ocasiones perpetuadas por las mismas mujeres que esgrimen con frecuencia las críticas al poco comprometimiento masculino en la paternidad. Resultados hallados en investigaciones muestran que cuando nos tomamos la paternidad en serio, madres y abuelas levantan las murallas infranqueables de la resistencia femenina a compartir su hasta ahora tradicional papel de criadoras, recibiendo al padre como un *metido*. (Riso, 1998) Se le deja cargar al bebé pero, lo hemos visto más de una vez, por poco tiempo (se diría que las manos paternas, tenazas de acero implacables, lo fuesen a despedazar si permanece en ellas más tiempo del que es prudente o aconsejable que lo haga). Se le deja que “ayude” con él, pero a nadie se le ocurre dejar a su cargo por completo o en parte importante una labor que involucre al párvulo físicamente, como el baño (es verdad que nunca se exige, como deberíamos hacer a partir de hoy). Las madres toman a su cargo el apoyo emocional, las demostraciones de afecto, la mayor parte de la comunicación (como reza el mandato cultural); para colmo, cuando se hace necesario imponer autoridad y reprender, esa es la tarea del padre, aunque no se encuentre en casa (“deja que se lo diga a tu papá”, le dicen). No en vano tradicionalmente la madre es el símbolo del amor, y el padre lo es de la autoridad y la fuerza.

Si ponemos todo lo escrito en este capítulo en la balanza, al final, y nos miramos bien dentro, el dilema es bastante grande, y no queda bastante claro para todos; pero la deconstrucción de los modelos tradicionales de masculinidad y la construcción de nuevos modelos, más apropiados y ajustados a nuestras necesidades y al mundo en que vivimos hoy, parece una alternativa hartamente atractiva.

Capítulo tercero. La necesidad de cambio y la construcción de alternativas. Las mujeres, el feminismo y los estudios de género.

“On ne naît pas femme: on le devient. Aucun destin biologique, psychique, économique ne définit la figure que revêt au sein de la société la femelle humaine; c'est le ensemble de la civilisation qui élabore ce produit intermédiaire entre le mâle et le castrat qu'on qualifie de féminin. Seule la médiation d'autrui peut constituer un individu comme un autre.”²⁸

Simone de Beauvoir.

Aún en nuestros días -a pesar de que unos(as) cuantos privilegiados(as), en varios momentos a lo largo de la historia (pagando a veces un precio hartamente elevado), fueron capaces de vislumbrarla- la realidad que hemos estado revisando a través del cuerpo de este trabajo no está clara a los ojos de muchos. La existencia del sistema patriarcal, la situación de los individuos, tanto mujeres como hombres, en él, la naturaleza de la dinámica que le es medular y las relaciones de poder que esta implica entre hombres y mujeres; son asuntos que no siempre fueron puestos ante los ojos de la crítica, y aún no se ponen lo suficiente. Por demás, la existencia de un cuerpo teórico, una rama de las ciencias sociales, destinada al estudio de este tema, con categorías válidas concretas que permitiesen deconstruir y estudiar este tipo de fenómenos, eran posibilidades que no se habrían pensado hasta la sexta década del siglo pasado.

Tuvo que llegar un momento histórico propicio. Un momento de cambio social generalizado, convulso por excelencia, para que esto cambiase también. Lo que vendría ha recibido un nombre merecido: La Revolución Sexual de los años '60 y '70; y una parte fundamental de la teoría de que disponemos en la actualidad respecto al tema que nos ocupa, incluyendo las categorías básicas aparentemente evidentes que hemos estado utilizando y utilizaremos, no existirían sin el advenimiento histórico de este proceso, en ese contexto histórico específico, con características que ninguno anterior reunió.

²⁸ En español: “Una no nace mujer: sino que lo deviene. Ningún destino biológico, psíquico, económico, define qué forma reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es la construcción de la civilización la que elabora este producto intermediario entre el varón y el castrado que calificamos como fémica. Solo la mediación de otros puede constituir a un individuo como un otro.” Simone de Beauvoir, “Le deuxième sexe”, Éditions Gallimard, Paris, 1949. Traducción del autor.

3.1 La tradición, no siempre inmune.

Como se ha escrito anteriormente en este mismo trabajo, el sistema patriarcal de concepciones y creencias no guarda para la mujer una posición atractiva. La tradición prescribe para ella un papel secundario, caracterizado por la pasividad, la sumisión y la dedicación a otros.

En la temprana repartición de roles, jerarquías y espacios que condujo a la instauración del sistema patriarcal; a la mujer le fueron reservados la maternidad, la crianza, el hogar y la sumisión al poder masculino. La maternidad, y todas las creencias asociadas a su desempeño, son la piedra angular de la feminidad tradicional. A partir de ella se teje toda una gama estrecha de mandatos, concepciones respecto a lo femenino, lo maternal, etc.; relaciones de poder y comunicación, representaciones, roles, status, normas; creados y perpetuados desde lo social y lo cultural, enriquecidos y cristalizados a través de los tiempos.

La asignación a roles opacos, no remunerados ni reconocidos, con frecuencia sobrecargados, la sumisión al dominio de otros, la ausencia de libertad de decisiones y expresión autónoma, el poco o nulo acceso a las estructuras de poder y administración social, doméstica e interpersonal, y a la instrucción profesional; han sido durante mucho tiempo lastres naturalizados y perpetuados desde lo social que han pesado grandemente sobre los hombros de las mujeres. En palabras más precisas, ninguna mujer puede cumplir con los atributos de la Mujer. La sobrecarga del deber ser y su signo opresivo le generan conflictos y dificultades con su identidad femenina. De hecho se producen contradicciones por no haber correspondencia entre la identidad asignada con la identidad vivida o vivenciada. (Katchadourian y Lunde, 1981; Aisenson, 1989, citado por Lagarde, 1990)

Cuando, históricamente, alguna se ha atrevido a quejarse aisladamente, ha sido vista por los otros como una inadaptada, una desviada, una “mala mujer”, con frecuencia una enferma o una transgresora imperdonable.

Sin embargo, las rebeliones con respecto al sistema patriarcal, por parte de las mujeres, no son cosa nueva. A pesar de los numerosos obstáculos e impedimentos que se han puesto tradicionalmente a que las mujeres se expresaran y se autorrepresentaran públicamente, siempre ha habido casos que individualmente, en una relación no necesariamente erótica con otra mujer, o colectivamente, han expresado su feminidad.

Mujeres que, en palabras de Purificación Mayobre, actuaron como de-generadas, es decir, fuera de su género, al margen de las definiciones prescritas por el patriarcado para su sexo o que se rebelaron contra ellas.²⁹

Un ejemplo de ello ocurre en el siglo XII, un momento de gran fervor e inquietud religiosa en la civilización occidental. Una gran parte de los individuos, en ese momento, buscaron sus respuestas existenciales en los monasterios y conventos, pero otra las buscó por vías que aunque religiosas, no se adherían al canon establecido (el de la Iglesia Católica Romana). Estos grupos heterodoxistas fueron los llamados en ese momento *heréticos*, y fueron perseguidos fuertemente por la autoridad eclesiástica (la Santa Inquisición), y por tanto por la hoguera, que la representada. Entre estos grupos heterodoxistas proliferaron las místicas, que desafiaron las limitaciones que impone la Iglesia Católica a las mujeres, asumiendo funciones sacerdotales y teológicas, tomando la palabra en público para aconsejar, adoctrinar, opinar sobre asuntos sagrados; pero lo hicieron utilizando una treta: hablando desde la autoridad que les daba el contacto inmediato con la divinidad, narrando su experiencia en primera persona -muchas veces acompañada de signos y estigmas físicos. Entre el colectivo místico femenino destaca particularmente el beguinaje, muy extendido a partir del siglo XII por Flandes, el norte de Francia, Bélgica, Alemania, España.³⁰

Las beguinas –beatas- trataron de crear un orden de mujeres, paralelo al orden patriarcal, en el que el saber no estaba mediatizado ni controlado por los hombres y en el que la autoridad descansaba en mujeres. En este sentido, ellas llegaron a rivalizar con el poder eclesiástico y con el carácter patriarcal de la religión, al considerar la experiencia religiosa como una relación inmediata con Dios, en el que la interpretación, la mediación y el vicariaje masculinos eclesiásticos no eran necesarios.

Otro ejemplo lo fueron las brujas³¹ (meijas, wican, etc.). Que apoyadas en una serie de prácticas de curanderismo, adivinación y hechicería, lograban cierta remuneración y reconocimiento; al tiempo que cierta independencia de las normas sociales y la dominación masculina (que no se consideraba les fuesen aplicables; encontrando por esta vía una alternativa al matrimonio. Estos conocimientos eran adquiridos aparte de los medios patriarcales u oficiales (la profesión médica, filosófica o teológica), siendo transmitidos a

²⁹ Mayobre, Purificación, “Decir el mundo en femenino.”, en <http://webs.uvigo.es/pmayobre/indicedearticulos.htm>, sitio de la Universidad de Vigo.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ *Ibidem*.

través de los siglos de mujeres mayores a las más jóvenes, por vía oral. Estas prácticas, también transgresoras e inadmisibles para el régimen patriarcal instituido, llegaron a un grado tal de estigmatización, que su mera mención es aún hoy un emblema de maldad, degradación, perversidad; las acusaciones de tratos con el demonio, así como de conductas sexuales inadecuadas, incluyendo la homosexualidad como una de las más sencillas, las llevaron al status de enemigas de las “almas honestas”, que es una manera de sentenciar a la muerte por asesinato socialmente instituido. La hoguera también esperaba a estas mujeres.

Como ya hemos referido en un capítulo anterior, la revolución francesa también tuvo un espacio en las mujeres de la época, que alzaron sus voces en lucha franca y justificada por sus derechos, ejemplo de ello fueron mujeres como Olimpia de Gouges, Mary Wolltoncraft, Madame de Staël, Sophie de Germain, lucha que encontró oídos en cuanto a algunos aspectos como el de la incorporación de las mujeres al mercado laboral, por demás imprescindible para el naciente régimen económico capitalista. Los logros de estas mujeres no obstante, encontraron ingentes obstáculos³², y muchos de ellos no perduraron. Un ejemplo del pensar patriarcal rígido, incluso entre las filas del cambio revolucionario, lo encontramos en Sylvain Maréchal, redactor de un “Almanaque de la Gente Honesta” en 1788 (que anticipa el Calendario Revolucionario), del “Diccionario de los Ateos antiguos y modernos” en 1800 y del “Manifiesto de los Iguales de Babeuf” en 1796 (en el que defendía la igualdad real frente a la engañosa igualdad formal); el cual publica en 1801 un opúsculo³³ titulado “Proyecto de una ley que prohíba aprender a leer a las mujeres”, con el que propone impedir el acceso de las mujeres a la lectura, dígase a la educación, a la cultura, a la vida pública, a la igualdad de oportunidades con los varones³⁴. Los médicos-filósofos de los siglos XVIII y XIX se encargarían de apoyar “científicamente” esta posición, basándose en la autoridad de su profesión afirmarían que las mujeres tienen asignado el papel de reproductoras de la especie, por lo que el ejercicio, fomento y desarrollo de la razón sería perjudicial para la supervivencia de la humanidad por debilitar dicha capacidad.

Pero no siempre las mujeres se han rebelado estérilmente contra el estado de cosas patriarcal. La mayor capacidad de organización y nivel cultural, al ir comenzando a acceder a las universidades, la cultura y el conocimiento en general, a partir de los logros

³² La muerte en la guillotina fue en varios casos uno de ellos.

³³ Especie de ensayo.

³⁴ Mayobre, Purificación, op. cit.

de las mujeres del siglo XVIII y XIX, les han permitido avances más notables desde entonces.

3.2 Móvil, medios y oportunidad.

El análisis criminológico y judicial tradicional emplea tres categorías para desentrañar los misterios criminales puestos ante sus ojos. Para poder fundamentar una acusación formal de un delito, se debe demostrar que el o los acusados tuvieron un móvil (motivación, algo que perseguir con la acción analizada), medios (las herramientas, tanto físicas como intelectuales, o el acceso a ellas), y oportunidad (un momento propicio para acometer el acto). El “crimen” feminista había carecido por mucho tiempo de medios y oportunidad, que no de móviles, para arremeter, y respaldar su arremetimiento, contra los valores tradicionales respecto a la sexualidad y el género. Las categorías necesarias, las investigaciones imprescindibles, siquiera la disposición crítica ante esta situación, no existían; tampoco existían profesionales o pensadores preparados y dispuestos a este tipo de estudios. Quienes tenían la preparación no tenían el interés o la disposición, quienes tenían estos últimos, no tenían la primera, y quienes tenían ambas no encontraban oídos para ser escuchados racionalmente, aunque sí para premiarles con el hacha o la hoguera por sus ideas; no tenían “oportunidad”. Con las luchas feministas del siglo XIX y el comienzo del acceso de las mujeres a la educación, así como al trabajo, aunque de manera muy parcial; comenzaron a aparecer los medios. Las mujeres comenzaban a encontrar argumentos, aunque aún los oídos demorarían en abrirse y sus argumentos en ser sólidos, menos todavía científicos. Entre los años '30 y '50 las investigaciones antropológicas comenzaron a abonar el suelo para la creación de medios efectivos; pero la oportunidad no llegó hasta el advenimiento de la década de 1960. Fue en los sesenta que confluyeron móvil, medio y oportunidad; y el “crimen”, largo tiempo esperado, estaba listo para ser cometido.

Probablemente desde el Renacimiento la civilización occidental no experimentaba cambios tan radicales, precipitados y envolventes como lo hizo en los años sesenta del siglo XX. Los '60 fueron años de intensas contradicciones, originales propuestas, ardientes luchas en terrenos tan disímiles como el arte, la ciencia, la política, y la sociedad.

Fueron los años del surgimiento de uno de los géneros musicales más rico, universal y prolífico en existencia; heredero de lo mejor de la música norteamericana, “blanca” y, sobretodo, “negra”, así como lo mejor de muchas otras tradiciones musicales como la música clásica, la hindú, la japonesa, la irlandesa, la latina: la música Rock. Fueron los años del sui géneris y masivo Arte Pop de Andy Warhol; una concepción artística tan novedosa como fresca. Fueron los tiempos del Cinema Nuovo y de la Nouvelle Vague. Del nacimiento del arte alternativo como medio de expresión crítica e inteligente.

Los tiempos del nacimiento de la cultura de masas y del empoderamiento de los medios masivos de comunicación, especialmente la televisión. De los vuelos espaciales y la amenaza OVNI. De intentar reponerse al terror de la Era Atómica y tratar de vivir con la tecnología nuclear. De comenzar, a ciegas aún, a buscarle verdaderas utilidades prácticas a la aún joven tecnología digital.

Fueron los años de ascenso y perpetuación de los grandes hombres-mito de nuestra era (John Lennon, Fidel Castro, Che Guevara, Malcom X...). El surgimiento de la controvertida ideología de la Nueva Era (“New Age”). Para una gran parte de los historiadores, el fin de la Era Moderna y el comienzo de la Postmodernidad.

Pero más que todo lo anterior, e incluso como trasfondo y motor impulsor para todo ello, la “década de oro” refulgió como punto de viraje social y político, como escenario de fragorosas luchas de emancipación popular y de clases.

América Latina ardía, con la Revolución cubana como faro. El sur de los Estados Unidos bullía con las protestas de los afroamericanos, guiados por Martin Luther King Jr. (no tardarían en convulsionar con las luchas de La Nación del Islam, liderada por Malcom X, y más tarde, en los setenta, con las Panteras Negras). Por los campos de la misma nación, y luego por los de todo el mundo occidental, los hippies dormían a la intemperie, se dejaban el cabello largo, vestían ropas “extrañas” y fumaban marihuana en son de protesta y hastío (no tardarían en acampar frente al Capitolio de Washington, la Casa Blanca y el edificio del Pentágono, para protestar contra la guerra de Viet Nam). La comunidad psiquiátrica se debatía, estupefacta ante los cuestionamientos surgidos a raíz de la toma de conciencia por la opinión pública, de los estremecedores secretos ocultos en las oscuridades tenebrosas de las instituciones mentales (para “locos”, cuyos derechos, nunca

revisados, yacían hasta entonces enlodados en los portales de las instalaciones, como las alfombrillas, pero sin el cartel de “bienvenido”³⁵.

En medio de tal hervidero social, pujantes y vigorosos, surgieron los movimientos feministas de la Segunda Ola, protagonistas de la no menos controvertida y turbulenta Revolución Sexual, y la cuna de los estudios de género, y con ellos los de masculinidad.

3.3 La Segunda Ola Feminista.

Los primeros movimientos feministas, como grupos de lucha social, junto a los primeros movimientos obreros, datan del siglo XIX. No obstante, sus logros son limitados, aunque una actitud de rebelión contra lo establecido en una situación político-social, como la contemporánea a aquellos primeros intentos, ya es un avance considerable, sin contar con que estos movimientos sentaron las bases de los que les seguirían. Con ellos se logró, aspecto importante, sentar bases para un acceso de las mujeres a la educación media y superior, lo que comenzaría a darse, básicamente, hacia el fin de aquel siglo.

A poco de comenzar el siglo XX, entre las décadas de 1910, '20 y '30; resurgirían con mucho más ímpetu los movimientos feministas, que serían etiquetados como la Primera Ola Feminista del Siglo XX. Con las luchas por el voto para las mujeres en varios países europeos como Inglaterra y Francia, así como en los Estados Unidos de América, entre otras contiendas femeninas, las mujeres se harían notar políticamente. Su movimiento tendría un marcado carácter liberal según el cual, lograda la representación política, las mujeres podrían usar los escenarios de este tipo como estrados desde los que influir en el cambio de su situación en sus propias sociedades. No obstante, el trasfondo ideológico de la condición de la mujer, el papel de la cultura en el estado de cosas que se pretendía combatir, la necesidad de un cambio más profundo que el meramente político-formal, la inclusión de las intimidades femeninas y masculinas en la agenda de cambio, y con ello la

³⁵ En “Deux essais sur le sujet et le pouvoir”, (en “Généalogie de l’individue moderne”, S/A). Michel Foucault expone cinco formas que según él toman las luchas o la oposición al poder a partir de los años sesenta: a) oposición al poder ejercido por los padres sobre los hijos, b) oposición al poder ejercido por la psiquiatría sobre los enfermos mentales, c) oposición al poder ejercido por la medicina sobre la población, d) oposición al poder ejercido por la administración sobre la libertad individual, e) oposición al poder ejercido por los hombres sobre las mujeres. Esta última es de importancia vital para el fenómeno que analizamos en este capítulo. Para Foucault, la intención de tales luchas no es en este momento atacar a tal o cual institución de poder, grupo o minoría, como a una forma de poder, lo que implica un tipo de relación de poder, que se da a través del proceso de “sujetación” de los individuos, ya explicado someramente en el capítulo anterior.

esfera doméstica, no eran perseguidas por estos tempranos movimientos del siglo XX. El logro del voto, más tarde, no cambió la situación de la mujer, el tiempo demostraría que la meta de la Primera Ola no era suficientemente ambiciosa. Tuvo que llegar la turbulenta década de 1960 para que los movimientos feministas de la Segunda Ola comenzaran a proponerse estremecer los cimientos del régimen patriarcal.

Los movimientos feministas del siglo XX³⁶, sobre todo los surgidos a partir de la Segunda Ola, pueden clasificarse de manera general (no generalizadora) en un grupo de categorías fundamentales. Cada uno hizo sus aportes específicos a la causa feminista y al estudio de los temas de género con vista al cambio³⁷.

El *Feminismo Liberal*. Asegura que las mujeres están devaluadas en algunas sociedades en términos de recompensa social a causa de su poca participación política y en instituciones económicas. Esta teoría no propone un cambio radical en la estructura social, sino un cambio en la estructuración de sus instituciones, permitiendo a las mujeres de este modo acceder a dichas posiciones políticas y económicas. Según ella, la distribución desigual que relega a las mujeres fuera o a los puestos más bajos dentro de las instituciones políticas y económicas, estaría causada por una combinación de discriminación sexual y falta de acceso de las mujeres a una educación cualitativamente igual a la de los hombres. La solución para las mujeres, desde esta perspectiva, requeriría que tales obstáculos se eliminasen y se asegurara la igualdad de oportunidades para ambos sexos. De este modo, mujeres y hombres se alzarían o caerían en la dinámica social en dependencia de sus talentos personales. A esta clasificación pertenecían la mayoría de los movimientos de la Primera Ola, y muchos posteriores. Estos movimientos feministas no logran un análisis suficientemente profundo del problema al que se abocan, no tienen en cuenta a la cultura y las relaciones sociales de poder en su análisis, y hacen un análisis muy superficial de las estructuras y procesos políticos, y sobre todo económicos, que sustentan el sistema patriarcal. De ahí que su propuesta de solución adolezca de efectividad, aunque sus logros

³⁶ Debo enfatizar la palabra “movimientos”. La multiplicidad de “feminismos” en los diferentes ámbitos, contextos nacionales, estratos sociales, no apuntan a la existencia de un “movimiento feminista” único, sólido; sino a muchas variantes de movimientos y organizaciones con la ideología y el propósito feministas como referente común esencial.

³⁷ Las clasificaciones o categorías de feminismos que expongo aquí son tomadas originalmente de Salamon, E. D. y Robinson, B. W., editores, “Gender roles. Doing What Comes Naturally?”, ed. Nelson Canada, Ontario, 1991. Así como de Beltrán, Elena; Maquieira, Virginia, editoras; Álvarez, Silvina; Sánchez, Cristina; “Feminismos. Debates teóricos contemporáneos”, ed. Alianza Editorial, Madrid, 2001.

representasen un avance apreciable, desdichadamente coartados por su naturaleza poco incisiva al abordar el problema.

El *Feminismo marxista* exige un cambio radical de la estructura de la sociedad capitalista antes de que la equidad de género pueda lograrse, al igual que otros tipos de equidad. Su posición sostiene que la estructura y el sistema económicos de la sociedad determinan todos los otros tipos de instituciones sociales, así como la posición del individuo en la vida social. La estructura y el régimen económicos capitalistas serían las fuentes de explotación de las mujeres, como lo son de otras capas sociales. El sistema de producción capitalista, al basarse en el principio de la propiedad privada y la persecución del provecho personal, asegura la desigualdad social, con la distribución desigual de la propiedad de los medios de producción como sustento. El cambio social y económico radical, y con ello de las relaciones de producción y propiedad capitalistas, serían las vías para la eliminación de la opresión de la mujer desde este punto de vista. Aquí, no obstante, la situación de la mujer no es sometida a un análisis específico, sino que se confunde con el de la desigualdad social global en el régimen capitalista, y se pierden aspectos subjetivos, culturales e históricos en el proceso.

El *Feminismo radical*. Surgido en los sesenta, no reconoce al sistema de producción capitalista como determinante de la explotación de la mujer y la desigualdad genérica. En cambio, expone que las mujeres viven y han vivido en condiciones de desigualdad en múltiples sistemas de producción, incluyendo socialistas y capitalistas; la fuente de desigualdad fundamental vendría de la opresión sexual del hombre sobre la mujer. Ese tipo de opresión estaría vinculado a un sistema ideológico más antiguo, que promueve la creencia en la superioridad del hombre sobre la mujer, justificando la antedicha opresión. Este sistema es el **patriarcado**. Según el feminismo radical, el sistema ideológico patriarcal subyace no solo al mundo político-económico de la vida pública, sino también, de manera más opresiva, al mundo privado. De este modo, la ideología patriarcal debe ser eliminada antes de que pueda ocurrir cualquier cambio significativo en la situación de la mujer. El feminismo radical promulga entonces que la mayoría de las desigualdades genéricas y las creencias en la superioridad del hombre sobre la mujer, son el producto de un **proceso de socialización**, dado e impartido hasta el momento desde el patriarcado y para el patriarcado. Es en la ideología de género, mediante el proceso de socialización, que debe incidirse en aras del cambio.

Algunas exponentes del feminismo radical llegan a proponer que las mujeres deben liberarse de las restricciones biológicas de sus cuerpos, que constituyen el fundamento de la opresión patriarcal. Las tecnologías, por ejemplo, podrían proveer de ciertas posibilidades: la fecundación extrauterina, el embarazo masculino, formas alternativas de crianzas que no involucren todo el tiempo a la mujer en los cuidados del niño.

El feminismo radical, directa o indirectamente, llega a proponer la desexualización de la mujer en aras del cambio de su situación. Esto es un error en intención y propuesta, no compartido por todas las exponentes de este tipo de movimiento feminista, que en parte pierde de vista el hecho de que lo que se desea en sí es cambiar el régimen para hacerlo más *equitativo* para hombres y mujeres, no cambiar a estas últimas para combatir una desigualdad mediante una igualación artificial. Lo que se desea es que *mujeres y hombres*, sin dejar de ser tales, disfruten de feminidades y masculinidades más libres y plenas, sin que esto implique que ninguno de los dos se vea obligado a forzar excesivamente su naturaleza para lograrlo.

Los logros del feminismo radical, no obstante, entre los que se incluyen la mayor y más importante parte del sistema teórico de los estudios de género, no pueden ser opacados por estos errores.

El Feminismo socialista. El feminismo socialista combina los análisis marxista y radical. Trata de enriquecer el feminismo marxista con los aportes invaluable del feminismo radical. Mientras el feminismo marxista intenta eliminar la opresión de clase de la mujer, el feminismo radical lo hace con la opresión sexual; siendo ambas raíces de la opresión de la mujer. El feminismo socialista promulga la necesidad de eliminar ambas, la opresión sexual y la de clase³⁸. Desde este punto de vista, en la actualidad, es la combinación del sistema de producción capitalista (y la ideología vinculada a él, que aún en muchos países socialistas se mantiene vigente en el imaginario popular, a pesar de los cambios sociales y políticos que se han efectuado en ellos) con la ideología del sistema patriarcal, la causante de la opresión de la mujer en varios modos.

Feminismo cultural. Del feminismo radical, en los sesenta, evolucionó un modelo nuevo que algunos autores llegaron a promover como la teoría feminista por excelencia en los '80. Atribuyen la causa de la opresión de las mujeres a la represión de los valores y experiencias del mundo femenino. Para este enfoque, la solución estaría en la nutrición y

³⁸ Esto es. El sistema patriarcal y el capitalista.

rehabilitación de estos valores y percepciones de modo que sobrepasen el sistema patriarcal de valores. De este modo, su deseo no es cambiar las diferencias entre hombres y mujeres, sino crear nuevas vías de diferenciación y una nueva “conciencia femenina”. (Echols, 1984; citado por Salamon, E. D. y Robinson, B. W., 1991)

Se aproximan a una perspectiva biologista. Llegan a proponer que las mujeres más apegadas a su naturaleza interior son capaces de funcionar mejor, resolviendo, por ejemplo, la crisis nuclear y el problema de las catástrofes ecológicas. Estas ideas parten de que las percepciones e inclinaciones de las mujeres son cualitativa y cuantitativamente diferentes de las de los hombres; y deben ser nutridas en lugar de erradicadas. Para algunas, el establecimiento del lesbianismo sería parte de la solución; para otras, la meta sería simplemente proporcionar apoyo a todo lo que en el sistema patriarcal es devaluado. Esta es, como podemos ver, una perspectiva algo extraviada y simplista, sin el poder argumental del feminismo radical, que se supone fuera su raíz; y sin la complejidad de perspectiva del feminismo socialista.

La categoría de *feminismo radical* es la que más se corresponde a la mayoría de los movimientos feministas de la Segunda Ola que se desarrollaron a partir de la década del '60 y se hicieron especialmente poderosos durante los '70. La rebelión de las feministas de estas décadas, aún pujante aunque más diversificada en nuestros tiempos, resultó más conciente de su rol en la transformación social y de las vías efectivas para ella. Numerosas psicólogas, sociólogas, filósofas y antropólogas hicieron aportes de especial importancia a la causa feminista, y estos se vieron reflejados en lo que se dio en llamar en un comienzo “estudios de la mujer”, que se constituiría en la “teoría feminista”, luego en la “teoría de género”. La necesidad fundamental a suplir en este momento estaba clara: era necesario conocer lo que había de ser cambiado.

Nombrar es dominar, es atrapar y transformar; esta verdad filosófica está en el corazón de las filosofías de vida de las más disímiles sociedades humanas. El acto de nombrar fue la vía, según la Biblia, por la que Dios le dio a Adán el poder sobre todo cuanto había sobre la superficie de la tierra; los brujos y chamanes de las más disímiles culturas usan el nombre de los espíritus y demonios desde miles de años atrás, con el objetivo de tomar poder sobre ellos y utilizarlos para sus fines, algunos representan estos nombres en papeles, pedazos de madera, piedra, metal, o en el suelo, como nuestros paleros y santeros; en los cuentos infantiles, como el de Rupalstinkin, al nombrar un mal, este desaparece. Sir Francis Bacon lo pone en una perspectiva muy clara cuando declara:

“...conocer es poder...” Conocer la causa de los problemas de mujeres y hombres en tanto tales, para poder combatirla, demostraría ser de vital importancia, y esto estaba claro para las feministas de la época.

La década del '70 se va a caracterizar entonces por ser la de la instalación de los Estudios de la Mujer en el universo académico formal; ello va a traer consigo como consecuencia, para las disciplinas de las Ciencias Sociales y las Humanidades el surgimiento de nuevos campos de reflexión. Es así que en la Antropología, la Historia, la Literatura -entre las disciplinas más tocadas- se inaugura un proceso de cuestionamiento a los grandes relatos teóricos sustentados por ellas. (Montecino, Sonia, 1997)

En un principio la rebelión feminista construyó, entre otros, el mito de cambiar el mundo para erradicar la opresión de las mujeres; porque en él se encontraba lo patriarcal y lo opresivo, y se concebía que el mundo era algo distinto y separado de las mujeres. (Lagarde, 1990) Ya que las mujeres, en tanto poseedoras de una identidad construida socialmente, no *son* de manera natural y genéticamente de una manera o de otra, sino que esta forma de ser, tomada tradicionalmente como inamovible, es *artificialmente construida*, como la frase inapreciable de Simone de Beauvoir (“Una no nace mujer, sino que lo *deviene*”) lo establece; la opresión patriarcal era impuesta y separable de la condición de la mujer, que aparecía como una nueva naturaleza femenina, sólo que positiva, histórica y no natural.

En palabras de Lagarde (1991) sostiene: A partir del feminismo contemporáneo ha sido posible plantear la siguiente hipótesis: la mujer es la síntesis histórica de sus determinaciones sociales y culturales, y las mujeres lo son de sus condiciones específicas y concretas. Si la mujer no es un hecho de la naturaleza, los cambios que le ocurren la modifican. Y pueden hacerlo hasta tal punto que la categoría mujer desaparezca. Esta posibilidad significa un drama cultural para quienes se niegan a abandonar el viejo mundo, en cambio da sentido a la vida de mujeres insertas desde ahora en la utopía (realmente existente) de redefinir su condición y su identidad.

Lo que desaparece, y se desea hacer desaparecer, es la categoría mujer tomada desde lo tradicional patriarcal, con todas sus implicaciones e inconvenientes. Esto representa un duelo inevitable pero necesario. Los temores tanto individuales como sociales con respecto a los cambios en las mujeres y la feminidad, así como los cambios inevitables en los hombres y la masculinidad -al chocar con la creencia tradicional en la

esencia natural de los géneros- hacen ver estos como pérdidas o muertes de los géneros e identidades personales en tanto hombres y mujeres.

¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Hacia adónde voy? Son preguntas esenciales que toda persona necesita responderse. En cuanto al género, una persona necesita reconocerse a sí misma en tanto mujer u hombre, establecer diferencias con las personas del género opuesto y semejanzas con las de su propio género, todo esto desde una perspectiva histórica, que se da en el recuento que esta persona puede hacer de su historia vital³⁹. El cambio súbito, con la escasez de referentes disponibles para ello, hace el proceso especialmente difícil, solo facilitable por las aportaciones que la ciencia pueda hacerle a este proceso.

A partir de las luchas entabladas por los movimientos feministas desde los años '60 y hasta la actualidad, las mujeres han logrado avances significativos, más o menos pronunciados en dependencia de los contextos específicos. La inserción laboral y estudiantil de las mujeres en las más diversas esferas, la instauración de leyes de protección a la maternidad⁴⁰, la inclusión en los códigos civiles de legislaciones bien estructuradas respecto al divorcio o, en los códigos penales, de leyes detalladas respecto al acoso sexual y la violación; junto a cambios significativos en las creencias populares y las costumbres establecidas en el imaginario social; son exponentes claros de una transformación ingente, aún no suficiente pero significativa, liderada por las mujeres por los últimos treinta a cuarenta años. Nuestro país es una muestra clara de ello.

Tales cambios, abruptos, repentinos, en cierto modo radicales; se han dado no sin encontrar obstáculos, a veces incluso entre quienes los promueven. En palabras de Patricia Arés (1996):

“La típica familia patriarcal se vio estremecida por la presencia de una mujer solvente económicamente, con una apertura social y cosmovisión diferente, gestando cambios que, por supuesto, han tenido costos individuales y sociales con expresiones concretas en los altos índices de divorcio, uniones consensuales, madres solteras, que

³⁹ Carolina de la Torre (2001).

⁴⁰ En algunos países como Dinamarca se ha progresado hasta el punto de rebasar la conocida institución de la licencia de maternidad, instituyendo licencias de paternidad, para promover y facilitar la participación y colaboración más activa de los hombres en el embarazo y crianza de los hijos. En algunas naciones se ha llegado a la igualdad de oportunidades en la obtención de la patria potestad de los hijos entre hombres y mujeres.

expresan la conquista de un mayor derecho a la autodeterminación de la mujer; al mismo tiempo que han gravitado sobre la duración de la pareja y la estabilidad de la familia.”

Las mujeres que cambian se han encontrado ante la posibilidad de no poderse reconocer más como “mujeres” desde la perspectiva tradicional, y no ser reconocidas de tal modo por los otros. La familia, antes pensada como una célula natural, inamovible, comenzó a verse ante el reto de cambiar y afrontar su cambio, casi inevitable. Pero más importante: el cambio de las mujeres no sólo incidió de manera directa o indirecta sobre los hombres, sino que les exigió a su vez un cambio; al principio propuesto como adaptación (nuevas mujeres necesitaban nuevos hombres), luego propuesto como cambio en sí. Puesto en palabras de Barbara Stevens⁴¹:

“Si la liberación de la mujer va a tener algún impacto real, debe hacerlo liberando ambos sexos para que puedan experimentar ambos lados de sí mismos.”

Esta fue la idea que impulsó finalmente a incluir los estudios de masculinidad, como una parte importante, en los estudios de género, a partir de las críticas que en varios momentos recibieron las investigadoras de esta rama de las ciencias sociales de igualar “género” a “mujer”, exilando los temas masculinos al aparente “no género”, lo cual se puede notar en el propio nombre que recibieron en un comienzo y aún hoy reciben tales investigaciones en muchos casos: “estudios de la mujer”. No obstante, los estudios de masculinidad son aún escasos y poco frecuentes, para colmo, muy pocos hombres nos abocamos a ellos, el tema del género es visto por muchos de nosotros también, como un tema de mujeres.

No obstante el reclamo de cambio que los hombres, por diferentes vías, desde las mujeres y desde nuestro medio en general, experimentan; su actitud frente a ello, como frente al cambio de estas, es variada y controvertida.

El cambio de las mujeres ha generado y genera hoy modificaciones tan globales en las relaciones que ningún varón puede permanecer neutral, al modificarse tan radicalmente el lugar asignado a las mujeres en la cultura, esto no puede sino traer consigo, inevitablemente, un cuestionamiento del propio lugar del varón en el mundo, ante las mujeres, ante los otros varones y ante sí mismo. (Bonino, 1999)

⁴¹ Stevens, Barbara, “The sexually oppressed male”, en Salamon, E. D. y Robinson, B. W., editores, “Gender roles. Doing What Comes Naturally?”, ed. Nelson Canada, Ontario, 1991)

Aunque en muchos casos algunos autores definen esta situación como una crisis de identidad (ya hicimos referencia a ello), otros tienden a opinar diferente (Arés, 1996; Bonino, 1999), basándose en el argumento de que las preguntas ya antes mencionadas (¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿a dónde voy?) no están siendo hechas por la mayoría de los hombres. Ante esto se expone que la crisis es de legitimidad del modelo tradicional de masculinidad.

Ante el cambio de las mujeres, se pueden encontrar básicamente tres tipos de posiciones⁴²:

- a) Los contrarios al cambio de las mujeres: más frecuentemente entre los mayores de 55 años (aunque también entre los menores de 21), hombres con estudios medios, en relaciones con mujeres que solo realizan tareas domésticas, trabajadores no calificados o que viven en ciudades o pueblos pequeños. (en conclusión: hombres sobre la adultez tardía y comienzos de la ancianidad, nacidos y formados antes de la revolución sexual; hombres de bajo nivel de formación intelectual o extracción social baja; básicamente) Estos hombres adoptan un discurso machista, androcéntrico, o paternalista; reconocen que las mujeres en la actualidad son más autosuficientes, pero valoran esto solo si ellas no les exigen más igualdad. Si lo hacen, reaccionan de forma violenta o victimista, ya que ellas atacan los roles establecidos. Suelen entender las luchas de las mujeres no como un esfuerzo por alcanzar la igualdad, sino como intentos de dominar a los varones.
- b) Los favorables al cambio de las mujeres: en general jóvenes, de estudios superiores, solteros, sin hijos, relacionados con mujeres que trabajan en el ámbito público, que viven en ciudades grandes. (básicamente hombres jóvenes, nacidos con o en medio de la revolución sexual; de nivel educacional elevado; habitantes de grandes ciudades, con mayor acceso a perspectivas de cambio social) algunos no se cuestionan su propio rol, entre ellos algunos son utilitarios, beneficiándose de los cambios de las mujeres, como la posibilidades de mayor ingreso al hogar, sin ofrecer nada a cambio; otros son igualitarios en una sola dirección, aceptando o promoviendo que

⁴² Bonino Méndez, Luis, “Los varones frente al cambio de las mujeres”, en “Lectora. Revista de dones i textualitat, 4”, ed. Universidad Autónoma de Barcelona, 1998. Estos datos se basan en investigaciones realizadas en España y Europa, en nuestro país no han sido realizadas investigaciones por el estilo, comenzarlas es parte del motivo de la presente investigación.

las mujeres cambien y adopten roles antes masculinos, pero negándose a hacer lo inverso. Otros cuestionan su propio rol, algunos de manera activa, intentando cambiar; otros mediante una postura pasiva, delegando la iniciativa a las mujeres, invirtiendo los roles tradicionales por esta vía, y no produciendo un cambio real.

Al respecto, Patricia Arés (1996) refiere: “El hombre que se declara no machista sabe lo que no quiere hacer en relación a la mujer y a sí mismo, pero aún no tiene claro *lo que puede hacer* para ser diferente.”

- c) Los ambivalentes ante el cambio de las mujeres: predominan los que se encuentran entre los 45 años de edad, algunos en pareja con mujeres que trabajan en el ámbito público, con hijos. Son los más quejosos, se sienten desorientados, incomprensidos, desconcertados por los cambios de las mujeres, a quienes no sienten que puedan (ni desean) controlar. Vivencian los cambios femeninos como una pérdida de rol, reaccionando más en ocasiones con aislamiento o resistencia pasiva que con violencia. Muchos se comportan como resignados, que piensan que las mujeres van a seguir cambiando por mucho que les pese a los varones, e intentan adaptarse a esto como pueden. Temerosos de quedarse atrás, aceptan la idea de cambiar, sin llegar a adoptar la iniciativa en ello, porque lo vivencian como una pérdida de privilegios o comodidades, y de alguna forma como un golpe a su masculinidad⁴³.

Es indudable, no obstante, que la necesidad y la posibilidad del cambio se muestran cada vez más claras a los hombres, por unas u otras razones, y algunos ya lo llevan a cabo venciendo duros obstáculos. Su avance, empero, no es igual al de las mujeres; y este es un tema para investigar. También es indudable que una teoría científica estructurada y validada desde la praxis, es un pedestal importante desde el que emprender este cambio.

⁴³ Patricia Ares (opus cit.), expone algunos de estos intentos de cambio y sus costes psicológicos. De ellos el cambiar a partir del reclamo de la mujer es el más frecuente según la autora; esto ubica al hombre en una cierta disponibilidad emocional y funcional de la mujer. Lo cual produce incomodidad o desazón a causa del sometimiento al otro que esto implica, y la pérdida de fuerza y control que ello representa para el hombre. El hombre se siente atrapado en una situación que le descoloca su identidad.

Capítulo cuarto. La distinción sexo-género. Apuntes teóricos.

“...somos lo que hemos sido capaces de hacer con lo que los demás han hecho de nosotros...”

Jean Paul Sartre

4.1 Genética.

Las concepciones tradicionales respecto al género se ven muy bien representadas en el postulado “Anatomía (por tanto biología) es destino”, de Sigmund Freud, el cual se mantiene vigente aún, e incluso podría en muchos casos verse consolidado, aún sin tomar en cuenta los múltiples obstáculos que aún encuentran las ciencias de la subjetividad en un mundo científico construido y perpetuado sobre las bases filosóficas de un positivismo recalcitrante que aún no sabemos abandonar. Los hallazgos de las ciencias médicas y biológicas, por demás, disfrutaron de un pico exitoso que contribuye poco a cambiar esta situación. El biologisismo típico de nuestra sociedad occidental y de las sociedades patriarcales en general, se ha acentuado.

No obstante, los propios hallazgos y presupuestos de la genética, la medicina, la biología, la bioquímica y otras ciencias, interpretados de manera más abierta, muestran que incluso a nivel biofisiológico, las cosas no son tan delineadas y rígidas como solemos pensar.

Algo de bio-genética⁴⁴.

En el momento de la concepción, cuando la esperma del hombre se encuentra con el óvulo femenino para formar un cigoto; el proceso de diferenciación sexual comienza. La esperma porta cromosomas X o Y indistintamente, mientras que el óvulo aporta cromosomas X únicamente. Normalmente el cigoto tiene en un comienzo 43 cromosomas, 23 de la esperma y 23 del óvulo. Por tanto, en las semanas iniciales después de la concepción, los embriones femenino y masculino son anatómicamente idénticos.

⁴⁴ La mayor parte de los datos de este pequeño epígrafe, a pesar de que se apoyan también en una variedad mayor o menor de artículos web, han sido extraídos fundamentalmente de Salamon, E. D. y Robinson, B. W., 1991.

Durante la quinta y sexta semanas del embarazo, se forman gónadas primitivas potencialmente neutras; en dependencia de los eventos que le suceden a esto, estas devendrán testículos u ovarios. Los testículos masculinos y los ovarios femeninos, son órganos sexuales homólogos, ambos se desarrollan a partir del mismo tejido embrionario, llamado médicamente “gónadas primigenias”. Para que los testículos se formen, y ocurra la diferenciación sexual masculina, debe aparecer una sustancia química controlada por el cromosoma Y, llamada “antígeno H-Y” (Watchtel, 1979; citado por Salamon, E. D. y Robinson, B. W., 1991). Si el antígeno no se presenta, las gónadas se desarrollan como ovarios. Entonces ocurre la diferenciación sexual a tres niveles: en las estructuras sexuales internas, en los genitales externos y en el cerebro; todo esto controlado por mecanismos hormonales.

Hacia la octava semana los testículos secretan dos sustancias: las “sustancias inhibidoras del ducto Mulleriano”, las que causan la desaparición virtual del ducto Mulleriano en lugar de formarse este como órganos sexuales internos femeninos; y los andrógenos (testosterona y dehidrotestosterona), hormonas causantes de la masculinización.

En el caso de la mujer, en lugar de la introducción de inhibidores o de agentes de feminización, al no aparecer los agentes masculinizadores (andrógenos) e inhibidores de la feminización (sustancia inhibidora del ducto Mulleriano), de manera natural, se forman los ovarios hacia la semana doce, un poco más tarde el ducto Mulleriano se desarrolla, dando lugar a un útero, trompas, y el tercio interno de la vagina.

De modo que hacia las catorce semanas, aparecen muestras claras de diferencia sexual entre los fetos.

De este modo, hacia la semana siete, las diferencias genitales entre varón y hembra son muy pocas. La poca cantidad de andrógenos en el feto femenino lleva al desarrollo de la vulva, el clítoris, y otras porciones de la vagina entre la séptima y la octava semanas; mientras que en el varón la presencia de una cantidad de andrógenos importante lleva a la transformación de lo que en la hembra son los labios interiores y la estructura que deviene el clítoris, en el cuerpo del pene y el glande respectivamente. Por su parte, tanto ovarios como testículos se forman en el interior del vientre en un comienzo, luego se desplazan a la pelvis en la hembra y hacia el escroto del varón, que se forma de las formaciones labioescrotales, que en las hembras devendrían en los labios exteriores de la vulva.

Muchas investigaciones sugieren que existen diferencias importantes entre los cerebros femeninos y masculinos en cuanto a lateralización o especialización de los hemisferios cerebrales (Bryden, 1979; Carter y Greenough, 1979; citados por Salamon, E. D. y Robinson, B. W., 1991) y el número y localización de células nerviosas específicas (Goldman, 1978; Carter y Greenough, 1979; citados por Salamon, E. D. y Robinson, B. W., 1991). Por su parte, la presencia o ausencia de andrógenos, según otros investigadores “predisponen” o programa al cerebro de un modo masculino o femenino⁴⁵ (Plapinger y Mc. Ewan, 1978; Mc. Ewan, 1981; Mc. Lusky y Naftolin, 1981; Money y Ehrhardt, 1972; citados por Salamon, E. D. y Robinson, B. W., 1991); determinando el patrón de funcionamiento del hipotálamo y la glándula pituitaria.

De todo lo anterior es inevitable percibir la flexibilidad que ostentan los propios procesos biológicos, algo que los propios biólogos, en ocasiones, se resisten a ver. Un par de puntos son de interés:

- a) durante las primeras siete semanas, y no definitivamente hasta las catorce; el sexo del individuo en gestación no está definido aún,
- b) la diferenciación sexual depende de un evento sencillo, casi fortuito, y fácilmente alterable, como lo muestran los casos de hermafroditismo y pseudohermafroditismo, como lo es la segregación de ciertas sustancias (hormonas y neurotransmisores).
- c) la diferenciación a nivel del sistema nervioso central no incluye roles sociales, carácter, identidad, a lo sumo prescribe, lo cual es aún discutido en muchos casos, aspectos como la lateralización cerebral, el tiempo de reacción, la concentración de ciertas células nerviosas, etcétera.

Es inevitable plantearse la cuestión: incluso desde la biología, no todo es tan dicotómico, exclusivo, fijo, como se pretende. Aún aportaré unos datos más.

A nivel de los cromosomas, por ejemplo, no solamente existen las variables del sexo femenino determinado por los cromosomas XX, o el masculino determinado por los XY, sino que también, al copiarse los genes, se produce una serie de variedades como⁴⁶:

- XXX (llamado comúnmente metamujer),

⁴⁵ Teniendo como características necesariamente “masculinas”, un metabolismo elevado, un tiempo de reacción corto, entre otras particularidades neurológicas, y como “femeninas” todo lo contrario.

⁴⁶ Datos tomados de Flores Bedregal, Teresa, 2003.

- XYY (superhombre),
- XXY (síndrome Klinefelter, considerado hombre),
- X- (Síndrome Turner, considerado mujer),
- mientras que los fetos que sólo tienen el cromosoma Y- son inviábiles y mueren en el útero,
- y finalmente XX-XY (mosaico que puede tener las características de ambos sexos) se los suele considerar hermafroditas.

Estas variantes son más comunes de lo que usualmente imaginamos, por ejemplo, el síndrome de Klinefelter se presenta en uno de cada mil infantes, el hermafroditismo, según estimaciones, aparece en un individuo de cada dos mil. (Colapinto, 2000; citado por Flores Bedregal, Teresa, 2003)

Ante este último punto, una diferenciación entre lo que podemos considerar como genéticamente adquirido y lo formado socio-culturalmente se hace imprescindible. Sobre todo a la luz de que estas personas, como las investigaciones demuestran, también desarrollan identidades masculinas o femeninas, más allá de sus variabilidades o ambigüedades cromosómicas.

4.2 La categoría género.

El origen del concepto género es muy reciente, se reconoce su origen en Jhon Money, psicólogo neozelandés que en 1951 usa el concepto “gender” por primera vez para referirse a un componente cultural, aprendido, de la identidad sexual (Vasallo, Norma, S/A).

Money realizó un estudio interesante que pone sobre el tapete el tema de la controversia entre la idea de la preponderancia del aspecto biológico y la de la socialización en la formación del género (Money y Ehrhardt, 1972; citado por Salamon, E. D. y Robinson, B. W., 1991). Se trata de un caso de dos gemelos varones idénticos que, a los siete meses de nacidos, fueron a ser circuncidados. A causa de un error de la operación, uno de los bebés perdió el pene durante el procedimiento. Después de consultar a varios expertos, los padres decidieron cambiarle el sexo quirúrgicamente y criarlo como una niña.

Hacia los diecisiete meses de nacido el niño el nombre, el estilo de ropa y de cabello, fueron cambiados; a los veintiún meses, el niño fue sometido a la primera de una serie larga de operaciones de transformación de los órganos sexuales. Ambos padres se esforzaron al máximo en criarlo como una niña desde el comienzo. A ambos hermanos, desde el principio, bajo la supervisión del clínico⁴⁷, se les desarrollaron patrones y elecciones de juego diferenciados por género.

Aunque aparecieron dificultades frecuentes (la niña orinaba de pie, como el hermano, se quitaba los blúmers en público...), el bebé terminó adquiriendo una identidad de género femenina, expresando preferencia por vestidos y muñecas. La mamá observaba que se mostraba tan femenina que hacía lo que hiciese falta para tener una apariencia feminizada, en palabras de la madre: "...ella se quedaría todo el día bajo el secador con tal de tener su cabello compuesto." Todo esto apunta a la naturaleza social de la formación de este aspecto de la identidad, y en este sentido esta investigación ha sido muy citada. No obstante, otros datos han surgido que ponen estas interpretaciones en tela de juicio: al llegar la adolescencia, la niña empieza a desarrollar actitudes y comportamientos "masculinizados" (tosquedad, impulsividad), y las amigas y compañeras de estudio comienzan a llamarla con apodos como "mujer de las cavernas" (cavewoman) y a rechazarla.

Aún con la afloración de estos últimos datos, que muchos detractores de la perspectiva social de la conformación del género han aprovechado para respaldar su oposición a la interpretación original de los resultados de Money, se hacen indiscutibles el logro de este proceso y sus implicaciones. Teniendo en cuenta que a pesar de estos aparentes percances, la niña estudiada continuó libremente acogándose a su identidad de género femenina, así como a una elección heterosexual acorde a su nueva identidad, con independencia de su sexo cromosómico; es indudable el peso mayor y la preponderancia del aprendizaje y la socialización sobre la biología en este caso.

Por su parte Stoller, psicoanalista (1953, citado por Flores Bedregal, Teresa, 2003), como resultado de sus estudios sobre la identidad sexual y la homosexualidad, utiliza el concepto género para referirse a "los caracteres sexuales mentales". Él, junto a otros psicoanalistas y psiquiatras, necesita un nuevo concepto que diferencie el sexo físico del sexo psicológico, porque encuentra que la identidad sexual de sus pacientes homosexuales o transexuales no tiene correspondencia con sus genitales y características físicas sexuales

⁴⁷ A la sazón, John Money.

externas. Entonces define: "Género es un término que tiene connotaciones psicológicas y culturales más que biológicas; si los términos adecuados para el sexo son varón y hembra, los correspondientes al género son masculino y femenino y estos últimos pueden ser bastante independientes del sexo biológico".

El concepto género fue acuñado desde la Psicología por estos dos investigadores, Stoller y Money, abocados a la indagación de las disfunciones sexuales. La pregunta que ellos se formularon se vinculó al hecho de que habiendo las mismas disfunciones (por ejemplo, hermafroditismo) en los sujetos, cada uno definía su identidad de manera diferente. De ese modo, ellos descubren que la asunción de las identidades femeninas y masculinas, en los casos estudiados, dependía más de las formas en que los individuos habían sido socializados y de la identidad asignada por los padres que de los datos biológicos u hormonales. (Vasallo, Norma, S/A)

Ellos proponen una distinción conceptual, y sostienen que hay una diferencia entre el sexo y el género. El primero apunta a los rasgos fisiológicos y biológicos de ser hombre o mujer, el segundo a la construcción socio-cultural de las diferencias sexuales (lo femenino y lo masculino). Así, el sexo se hereda y el género se adquiere a través de la socialización.

Este concepto de género será atrapado también por las otras ciencias sociales, las que comenzarán a re-elaborarlo y enriquecerlo. Así, en la Antropología, Gayle Rubin⁴⁸ dirá que las relaciones entre sexo y género, conforman un sistema que varía de sociedad en sociedad, estableciendo así que el lugar de la opresión de las mujeres y de las minorías sexuales está en lo que ella denomina el sistema sexo-género. Cada sociedad poseería un sistema sexo-género particular, es decir, un conjunto de ideologías por las cuales una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la cultura, a través de su interpretación y reconstrucción subjetivas. Así, cada grupo humano tiene un conjunto de normas que moldean las concepciones alrededor del sexo y la procreación (en nuestro caso, el sistema patriarcal). (Montecino, Sonia, 1997)

Muy tempranamente ya, la obra de la destacada antropóloga norteamericana, Margaret Mead, específicamente sus investigaciones en tres sociedades de Nueva Guinea en los años 30 del pasado siglo⁴⁹, había hecho una contribución especial al reconocimiento

⁴⁸ Rubin, Gayle, "El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo", en: Lamas Marta, compiladora, "El género: la construcción cultural de la diferencia sexual.", ed. PUEG, México, 1996.

⁴⁹ Mead, "Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas", 1935, citada por Vasallo, Norma, S/A.

de la responsabilidad de elementos de la cultura específica de cada sociedad en el desarrollo de las diferencias entre mujeres y hombres y su desempeño diferencial de funciones. En sus estudios ella constató que no todas las sociedades estaban organizadas de forma Patriarcal y en este sentido la distribución de los roles entre mujeres y hombres era diferente a la de las sociedades occidentales, con lo cual hace un primer cuestionamiento al carácter “natural” de las diferencias entre mujeres y hombres, incluyendo las físicas. Su trabajo, junto al de Money, Stoller y Rubin, serían pedestales sólidos para el futuro trabajo de los científicos feministas.

En 1937, Murdock⁵⁰ hizo una comparación de la división sexual del trabajo en varias sociedades, encontrando que no todas las especializaciones por sexo pueden ser explicadas por las diferencias físicas entre estos. Este hallazgo se hace significativo sobre todo en lo que se refiere a la manufactura de objetos, para la que no es la fuerza la que determina, por ejemplo, si un varón o una mujer elabora una canasta, sino el que esa canasta vaya a ser utilizada en tareas consideradas femeninas o masculinas. Murdock dice claramente que el hecho de que los sexos reciban asignaciones diferenciadas durante la niñez y a lo largo de la vida es lo que explica las diferencias que pueden observarse en el “temperamento” sexual de mujeres y hombres y no al contrario. Esto constituye un apoyo importante para las conclusiones de Mead, y un referente importante para los trabajos que siguieron.

La distinción sexo-género fue utilizada por las pensadoras e investigadoras feministas para estudiar la variabilidad cultural e histórica del género como argumento, contra el esencialismo y la naturalización en la definición de la identidad de género y el presupuesto determinismo biológico de los roles de hombres y mujeres.⁵¹

El empleo feminista de la distinción sexo-género tuvo dos vertientes fundamentales⁵²: el paradigma de la identidad de género y el sistema sexo-género.

La difusión del paradigma de la identidad de género en los '70 y los '80 trajo consigo un incremento en la investigación sobre las diferencias entre sexo y género en los ámbitos de la sociología y la psicología. Mediante ello el feminismo retó al determinismo biológico de la ciencia sexista. No obstante, para Soley-Beltrán, las feministas que

⁵⁰ Citado por Lamas, Marta, 1996.

⁵¹ Soley-Beltrán, Patricia, “¿Citaciones perversas? De la distinción Sexo-género y sus apropiaciones”, en “Sexualidades migrantes. Género y transgénero”, compilación, ed. Seminaria, Buenos Aires, 2003.

⁵² *Ibidem*.

trabajaban dentro de este paradigma no se cuestionaron la distinción naturaleza-cultura en la que este se basaba.

La corriente del sistema sexo-género, basada en las formulaciones teóricas de Gaile Rubin (1975⁵³), también adoptó una versión de la distinción naturaleza-cultura. En contraste con la anterior, fundamentalmente un producto norteamericano, esta estuvo muy influenciada por el psicoanálisis francés y el estructuralismo. La definición de Rubin del sistema sexo-género, corazón de esta corriente, versa así: *un conjunto de medidas por las cuales una sociedad transforma la sexualidad biológica en un producto de la actividad humana y satisface dichos deseos ya transformados.*

La naturaleza cultural y socialmente construida del género, después de estas y otras aportaciones, quedó cada vez más sólidamente demostrada a nivel teórico.

La conformación del género.

Entendemos entonces como género la construcción socio-cultural e histórica que cada sociedad realiza sobre uno y otro sexo. Una categoría social impuesta a un cuerpo sexuado: creencias, sentimientos y conductas que toda sociedad se ha dado frente a la diferencia sexual entre los individuos. En términos generales, sexo se refiere al hecho biológico y está determinado por la biología, incluyendo también el intercambio sexual propiamente dicho, y género a las atribuciones de sentido que cada cultura le asigna a esta diferencia. (Carril Berro, Elina, 2003)

Otra forma de conceptualizar al género de forma general sería: *conjunto de creencias compartidas por un grupo social sobre las características psicosociales, es decir, rasgos, roles, motivaciones y conductas, que se consideran propias de mujeres y hombres.* (Bosch, E. y cols. 1999, citado por Vasallo, Norma, S/A)

Un aspecto primordial en las citas anteriores es la importancia que se deposita en el aspecto sociocultural, imprescindible para comprender esta categoría.

En palabras de Teresita De Barbieri (1992-93), todo lo que existe para las sociedades, todo lo que tiene realidad social, es elaborado colectivamente; por tanto si existen los cuerpos sexuados, es porque se les nombra, se les valora, se les pone de

⁵³ En: Lamas Marta, Compiladora, "El género: la construcción cultural de la diferencia sexual.", ed. PUEG, México, 1996.

determinadas maneras, la interacción social en ese cambio está normada en la ley escrita y por las costumbres.

Desde que nacemos accedemos a una socialización de género; tenemos un sexo determinado, pero ello no pasa de una característica anatómico-cromosomática. A través de nuestra inserción en la cultura es que se va conformando nuestro género, en palabras de Luis Bonino (2000):

“Es la cultura en que nace el bebé la que asigna a esta cualidad biológica unos determinados comportamientos y los promueve. (...) Cuando hablamos de género, nos estamos refiriendo a una construcción socio-cultural según la cual cada sociedad atribuye determinados comportamientos, actitudes y aptitudes a las personas de acuerdo al sexo biológico con que nacen.”

La socialización de género puede ser definida como el proceso a través del cual los individuos adquieren su identidad de género, tanto como los modos de actuar, sentir y pensar adecuados según las expectativas de género de su sociedad. (Robinson, B. W. y Salamon, E. D., “Gender socialization: a review of the literature”⁵⁴)

La socialización más temprana, según Robinson y Salamon (opus cit.), se da en la familia de origen aún antes del nacimiento del bebé. Los padres experimentan una especie de socialización anticipatoria desde antes del parto, cuando especulan alrededor del sexo del bebé.

Es curioso cómo los padres con frecuencia anticipan el sexo del niño por la cantidad de actividad del feto dentro de la madre o la postura que adopta; así, según la sabiduría popular, los varones se ubican alto, mientras las hembras lo hacen más abajo.

Al nacer el infante, una vez determinado su sexo, es envuelto en ropa rosada o azul, en dependencia de este, no solo para abrigarlo, sino para hacer el primer anuncio público de su condición de hembra o varón. El próximo paso es ponerle un nombre, y este es de nuevo un mensaje claro, propaganda para toda la vida del género del nuevo ser humano que es nombrado. Actualmente la cosa ha variado, pero, aunque cada idioma tiene sus códigos, los nombres tienen, más allá de las particularidades regionales, al menos en la cultura occidental, un marcado contenido genérico. Así, los nombres de mujer hacen alusión a la belleza (un ejemplo claro lo son los nombres de flores como Rosa, Azucena,

⁵⁴ En Salamon, E. D. y Robinson, B. W., editores, “Gender roles. Doing What Comes Naturally?”, ed. Nelson Canada, Ontario, 1991.

Susana, Miosotis, Violeta...), a la pureza o la fragilidad (Ejemplo: Blanca, Pura...) y tienden a tener sonidos que se consideran suaves; en cambio los nombres de varón tienen sonidos fuertes, o son nombres de héroes guerreros, o que implican plenitud, fuerza, o valores morales (Ulises, Arturo, Félix –que en latín significa feliz-, Fidel –que en latín es fiel-, Jesús –que además de ser de por sí el nombre masculino más importante de la cultura judeo/cristiana, significa en hebreo “el salvador”-...)

Durante el primer año de vida, las interacciones significativas entre padres e hijo ocurren principalmente a nivel no verbal. Nuevamente llama la atención cómo investigaciones indican que los padres (y los otros adultos en general) interpretan de manera diferenciada las mismas acciones y actitudes de los bebés en dependencia de su sexo. Rubin (1974, citada por Robinson, B. W. y Salamon, E. D.⁵⁵) reporta resultados de entrevistas hechas a padres en un período de 24 horas después del nacimiento de sus hijos. Sus descripciones de los niños seguían líneas sexualmente estereotipadas: las hijas eran descritas como delicadas, frágiles, lindas; mientras los varones eran descritos como fuertes, alertas y bien coordinados. Estos hallazgos son especialmente curiosos dado el hecho de que los niños no eran especialmente diferentes en cuanto a peso, tamaño, apariencia, o puntuación en el APGAR (que refleja niveles de tono muscular, reflejos, funciones respiratorias y cardíacas).

Estudios de Lewis (1972, citados por Robinson, B. W. y Salamon, E. D.⁵⁶) indican que durante los primeros 6 meses de vida el bebé varón recibe más contacto físico de los padres, y menos contacto no físico (como ser mirado, que se le hable) que la hembra. Otros estudios (revisados por Sidorowicz y Lunney, 1980; citados por Robinson, B. W. y Salamon, E. D.⁵⁷) muestran que los padres tratan a las bebés hembras como más frágiles físicamente que los varones. A los varones, entonces, se les permite mayor libertad e independencia para explorar su ambiente físico.

Los padres de hecho, se nota con frecuencia, se muestran más preocupados por los comportamientos desajustados genéricamente de los hijos varones, que los de las hembras. (Richardson, 1981, citado por Robinson, B. W. y Salamon, E. D.⁵⁸) Ellos de hecho llegan a recibir de los padres y otros adultos más respuestas prohibitivas del tipo: “los hombrecitos no hacen eso...”; que prescriptivas (del tipo: “los varones deben hacer esto...”). El mayor

⁵⁵ *Ibidem.*

⁵⁶ *Ibidem.*

⁵⁷ *Ibidem.*

⁵⁸ *Ibidem.*

énfasis en las prohibiciones, según los autores, produce un “ambiente de aprendizaje negativo”, el cual es un contribuyente importante a la ansiedad genérica en los hombres. Decirle qué no debe hacer, dejando sin respuesta lo que debe hacer, crea en el varón ansiedad con respecto a los comportamientos futuros.

Además de estructurar las actividades del infante, mediante respuestas punitivas o de recompensa, prodigar diferentes niveles de atención física y verbal, y dar nombre a sus hijos; los padres estructuran su medio en el hogar y su habitación, escogen sus juguetes, además de dejar bien clara su intención diferenciadora mediante la elección de la ropa, en un futuro también podrán tener influencia, junto a otros agentes socializadores, en la elección de la profesión y sus aspiraciones futuras. (González Castellanos, 1995)

Pero otros medios, como la escuela o los medios de masas como la televisión, no se quedan a un lado, y actúan como reforzadores de tal socialización. En los libros de literatura para niños y los medios como la televisión, en los cuentos de hadas, en los libros para niños preescolares y escolares, las investigaciones y la observación demuestran: a) los personajes femeninos están subrepresentados, b) jóvenes o viejos, los personajes masculinos representan roles activos, los femeninos roles pasivos, c) los personajes masculinos aparecen en una mayor variedad de roles, d) los contenidos básicos de todos ellos corresponden a los estereotipos tradicionales de género. Algo muy similar sucede con el medio televisivo, de mayor impacto en los niños actualmente. (Robinson y Salamon, opus cit.)

Otro medio de socialización de género fundamental es el lenguaje. Desde que el niño adquiere el lenguaje, este deviene el medio de socialización por excelencia, incidiendo en todos los aspectos de su vida. Para Susan Basow (1992), el sexismo toma tres formas fundamentales en la lengua:

1. Ignorar: una de las formas fundamentales en que se puede observar esta forma que toma el sexismo en la lengua es el uso del género masculino para referirse a individuos en general. Ejemplo, decir “los hombres” para hablar de la humanidad. Otra es la adjudicación de un género masculino a los nombres de las profesiones. Ejemplo, médico, filósofo, carpintero, albañil, sastre, arquitecto. Este uso del género gramatical convierte la masculinidad en norma y la feminidad en excepción.

2. Etiquetado: decir, por ejemplo “mujer soldado” o “mujer policía”, da a entender que se está hablando de una excepción, algo fuera de lo normal. Otro ejemplo de esta forma es cuando se hace referencia a las mujeres en una forma que da a entender una relación de propiedad (ejemplo: “llevó a *su mujer* a la fiesta...”)
3. Desaprobar: trivializar, depreciar, sexualizar, caricaturizar a la mujer en ciertas situaciones es otra forma de sexismo en el lenguaje. Ejemplo, usar “chica” o “chiquita” para hablar de una mujer joven, lo que da la idea de menor tamaño o sobresaliencia; “dama” o “damisela”, tienen un sentido sexual, a diferencia de “caballero”, que tiene un sentido de código de cortesía; lanzar chistes como “¿qué se le va a hacer? ¡Mujeres...!” o “¿Mujeres al timón?... ¡un peligro!”

Los diversos estudios sobre la construcción del género apuntan que éste (igualando género a “identidad de género” al referirnos al individuo en formación, desde el punto de vista subjetivo, en lugar de a la percepción social que pueda tenerse de él y su condición sexual construida) se desarrolla en tres etapas⁵⁹:

1. Asignación de género, que se adquiere desde el momento del nacimiento, cuando sobre la base del sexo anatómico del bebé depositamos sobre él inmediatamente todo un sistema de expectativas de lo que deberá, como niño o niña, ser y hacer.
2. Conformación de la identidad de género, se da en el núcleo de la familia de pertenencia, cuando tanto el padre como la madre y las personas cercanas refuerzan los patrones establecidos culturalmente para los géneros como núcleo de identidad.
3. La tercera etapa se da con la socialización de los niños y las niñas. Se adquiere al ampliar su núcleo familiar y entrar en contacto con otros grupos como pueden ser el grupo escolar; donde no sólo se refuerzan las identidades, sino que se aprenden los roles de género, siendo esto piedra angular en la formación de aquellas.

⁵⁹ García Aguilar, Ma. del Carmen, 1998.

4.3 Género. Identidad, roles y subjetividad individual.

No podemos hablar de género sin hablar de identidad personal. Como ya referimos, incluso antes de ver la luz, gracias o por culpa (en dependencia de cómo lo queramos ver) de los milagros de la tecnología médica; ya somos hombres o mujeres, y esta es una realidad de la que ya nunca podremos escapar. Antes que justos o despreciables, honrados o falsos, inteligentes o torpes, racionales o emocionales; somos hombres o mujeres. Y con frecuencia las cualidades anteriormente dichas y muchas otras, nos lo inculcarán muy bien, deberán de depender de nuestra condición genérica en lugar de nuestras características y logros individuales como seres humanos. Podremos adoptar las más disímiles actitudes respecto a esto; nos podrá gustar más o menos; pero a la larga no podremos escapar, con nuestras particularidades, a ese proceso largo de construcción que es la conformación de la identidad subjetiva, y con ello la identidad de género.

La primera referencia al término *identidad* en la psicología es reconocida en Eric Erikson (1950, citado por de la Torre, 2001) cuando plantea en su libro “Infancia y sociedad”: “A esta altura baste decir que este sentimiento de identidad permite experimentar al sí mismo como algo que tiene continuidad y mismidad, y actuar en consecuencia.”

Desde su experiencia clínica, al enfrentarse a numerosos casos en que las personas sufren crisis que él llamará “crisis de identidad”, causadas por dificultades de las personas para responderse básicamente tres preguntas esenciales, según Erikson, para cualquier ser humano: a) ¿quién soy?, b) ¿de dónde vengo?, c) ¿a dónde voy?; así como definirse como pertenecientes a determinados grupos o categorías sociales. Para Erikson no sólo es este un problema de que exista o no una evidencia subjetiva u objetiva de nuestra pertenencia a determinados grupos o nuestra diferenciación con respecto a otros; sino que el énfasis debe ser puesto en el sentimiento de pertenencia a dichos grupos o categorías, así como en el valor de la identidad como elemento regulador del comportamiento, en la medida que actitudes, motivaciones, sentimientos, valores, prejuicios, se expresan en congruencia con ella.

Así, Erikson define en 1953 (citado por de la Torre, 2001): El término identidad expresa una relación mutua que connota a la vez una persistente conciencia de mismidad y una persistente capacidad de compartir caracteres esenciales con otros.

Hay varios puntos esenciales a la hora de entender a la identidad, que puede ser conceptualizada como individual o social:

- a) Igualdad consigo mismo.
- b) Similitud con otros.
- c) Diferencia con otros.
- d) Sentimiento de pertenencia a grupos y categorías sociales.
- e) Sentimientos de diferenciación con respecto a otros grupos y categorías diferentes a los propios.

Carolina de la Torre (1995, citada por sí misma en 2001) la define así:

La identidad es la conciencia de mismidad, lo mismo se trate de una persona que de un grupo. Si se habla de la identidad personal, aunque filosóficamente se hable de la igualdad consigo mismo, el énfasis está en la diferencia con los demás, si se trata de una identidad colectiva, aunque es igualmente necesaria la diferencia con “otros” significativos, el énfasis está en la similitud entre los que comparten el mismo espacio sociopsicológico de pertenencia.

Reformulando su propia definición (de la Torre, 2001): Cuando se habla de la identidad de un sujeto individual o colectivo hacemos referencia a procesos que nos permiten asumir que este sujeto, en determinado momento y contexto, es y tiene conciencia de ser él mismo, y que esa conciencia de sí se expresa (con mayor o menor elaboración o awareness) en su capacidad para diferenciarse de otros, identificarse con determinadas categorías, desarrollar sentimientos de pertenencia, mirarse reflexivamente y establecer narrativamente su continuidad a través de transformaciones y cambios.

En lo que respecta al género, a través del proceso de socialización, al que ya hicimos referencia anteriormente, los diversos grupos a los que va perteneciendo el individuo, desde la familia de pertenencia hasta los colectivos estudiantiles y laborales y los grupos de amigos; le transmiten normas, roles, status asignados a su sexo, a través de los cuales él o ella desde muy temprano irá conociendo qué es lo que se espera socialmente

que haga, piense, sienta o identifique como propio o adecuado (o no); y qué será rechazado en él o ella, y debe rechazar en los otros, por inadecuado.

Los comportamientos esperados, asignados según el sexo desde la cultura, en una sociedad y momento histórico concreto, es a lo que llamamos *roles o papeles de género*. (Fernández, 2002) A través de ellos se prescribe cómo se debe comportar un hombre o una mujer en dependencia de su sexo de pertenencia, con respecto a las personas de su propio sexo y del sexo contrario, con respecto a la vida en general. Pudiéndolos definir también como: *un conjunto de reglas y disposiciones que la sociedad y la cultura dictaminan sobre las actitudes y acciones de mujeres y hombres, haciéndose claro no solo qué esperamos de un niño o de una niña, sino también qué son y qué deben hacer* (García, 1998)

Los roles, normativas, creencias, juicios, status socialmente asignados a los géneros se reúnen, según Bem (Bem, Sandra, 1983; citada por Salamon, E. D. y Robinson, B. W., 1991), de manera general, en un esquema detallado que desde el comienzo de su vida construye cada sujeto: el esquema de género. Este podríamos definirlo como un marco de trabajo construido a base de conocimientos estructurados que un individuo tiene respecto a los géneros, y que guía la percepción, las actitudes y el comportamiento del mismo respecto a ello, matizándolos de manera dicotómica.

En el ejercicio de estos roles (y con la conformación de los esquemas de género) estas expectativas sociales tipificadas se van integrando a la configuración de la autoimagen, contribuyendo a la conformación de una identidad genérica en la medida que el sujeto trata de adecuar su comportamiento a lo exigido cultural y socialmente, y considerado como aceptable para su sexo. (Fernández, 2002)

A nivel social el complejo de roles, normativas, creencias, estereotipos, juicios, status, etc., que son asignados al género y al que cada individuo aporta tanto directamente como con su transmisión a los otros más jóvenes, se constituye en el imaginario en una estructura bien organizada de conocimientos, sentimientos, actitudes y comportamientos que son asumidos y asignados activamente por cada individuo: *la representación social del género*.

En palabras de Norma Vasallo⁶⁰; en la relación con las personas, la comunidad de contenidos asignados/asumidos al género que ellas portan se intercambia en las diversas

⁶⁰ Vasallo Barrueta, Norma, “El Género: un análisis de la “naturalización” de las desigualdades”, versión electrónica, Facultad de Psicología, Universidad de La Habana, S/A.

maneras de comunicarse, construyendo un saber cotidiano que se constituye en *representación social del género*, construido y compartido socialmente como toda Representación Social. Del Género como Representación Social compartida, que nos va llegando a través de las diversas exigencias sociales, vamos tomando elementos, algunos de los cuales asumimos de manera más intensa, convirtiéndose estos en parte esencial de nosotros (as) como características propias o como objetivos a alcanzar. Esto nos identifica con otras personas en cómo somos y cómo queremos ser, expresándose en nuestros proyectos personales de vida y por supuesto en nuestra identidad individual.

Al respecto de ello Lourdes Fernández (2002) refiere que las representaciones sociales acerca de los sexos, de lo que significa ser hombre o mujer, de los papeles previstos para ambos, de lo que es el amor, la pareja, propios de una cultura y contexto sociohistórico específicos, se incorporan a la subjetividad en creciente elaboración individual y mediatización personal, de acuerdo con los recursos que el propio sujeto va alcanzando en su desarrollo, que se hacen complejos y se articulan cada vez más. Así, por el eje de lo que significa ser hombre o mujer, pasa la identidad personal y genérica, incluso la autoestima.

Es en la práctica diaria de estos roles o papeles de género, en la asunción de los status y normas genéricas, en la incorporación del antedicho esquema de género y a partir de la representación social de tal -que nos son transmitidos a través de todas las interacciones significativas, a lo largo del proceso de socialización-; que estos contenidos son subjetivados, incorporados activamente a la subjetividad individual, elaborados personalmente de acuerdo a los recursos internos de cada individuo en el medio en que este se desarrolla; conformando la identidad personal, y como expresión importante de ella, aquello que llamamos *identidad de género*, vale decir: nuestra naturaleza misma en tanto hombres y mujeres, en tanto seres humanos, en tanto personas.

Parte especial.

Capítulo quinto. Aspectos metodológicos.

5.1 Fundamentación del problema.

En la década del '60; en una atmósfera de cambios arrolladores, de luchas políticas y de equidad social, y reformas estéticas y artísticas como trasfondo; surgen los movimientos feministas de la Segunda Ola, que marcarían las pautas de lo que ha sido conocido como la “Revolución Sexual de los años '60 y '70 del siglo veinte”. Con la revolución sexual y a lo largo de los treinta a cuarenta años que le siguieron, de manera impetuosa, numerosos cambios significativamente radicales y estridentes llegaron para sacudir los cimientos de la sociedad occidental desde el punto de vista de la sexualidad y su representación imaginaria en la cultura. La moral sexual occidental en un comienzo y luego la universal, en el primer caso la heredera directa de la moral judeo-cristiana y el sistema jurídico-legal romano, resultó, como representante del milenario sistema de género patriarcal en nuestras tierras, el blanco indirecto de este ataque demoledor. El blanco directo lo fueron las relaciones de poder entre los sexos, las normativas de género, y el ancestral sistema de roles y status patriarcales, perpetuados a través de los siglos por medio de prácticas milenarias, transmitidas de generación a generación a través del proceso de inserción de los individuos en la cultura.

Los cambios en las mujeres fueron los rectores, al tiempo que los más significativos. La situación de las mujeres en las sociedades occidentales hasta el momento, ya referida anteriormente, fue puesta bajo el ojo de la crítica. Los movimientos feministas, apoyados en los estudios de género, surgidos como consecuencia natural del desarrollo de los anteriores, impulsaron cambios radicales que transformaron el lugar ocupado hasta entonces por las mujeres en la sociedad no solo mediante transformaciones materiales o sociales, sino a través de cambios más profundos, en las identidades femeninas, y las concepciones sociales acerca de la feminidad.

Esta situación, que se ha ido desarrollando y complejizando a través del tiempo, junto a los estudios de masculinidad, surgidos como parte de los estudios de género, plantean cada día de manera más clara la necesidad de un cambio en las identidades masculinas y las concepciones sociales de masculinidad, que contribuya a un avance a la

par del cambio femenino y a su vez a mayores logros para mujeres y hombres, en los albores de una nueva era y un nuevo milenio. Pero los varones, en esta esfera, no parecemos a simple vista haber sido la pareja apropiada de las visionarias femeninas. El avance masculino, aunque no completamente cuestionable, se muestra empíricamente dudoso a lo largo de los últimos años.

No obstante, esta última observación no encuentra bases sólidas y es meramente vivencial en la mayoría de los casos. Una investigación que estudie científicamente este tema y dé respuesta a la pregunta de si ha habido un cambio masculino, qué medida ha tenido, si ha sido meramente formal y de alguna profundidad, si las identidades masculinas se han visto involucradas en ese supuesto cambio o no; no ha sido llevada a cabo, en lo que hemos llegado a saber, hasta el momento en nuestro país, ni hay investigaciones de relevancia al respecto en otras coordenadas.

La importancia de tomar conciencia de las direcciones y alcances que lleva el cambio masculino en nuestros días no puede ser sobrepiciada. Estamos ante la misión de construir un mundo mejor para nuestros hijos e hijas, mundo que construimos desde las materias primas que somos nosotros en tanto padres y abuelos de las próximas generaciones. No podemos llevar el timón de esta barca que es la transformación de nuestras masculinidades y feminidades de manera segura sin saber en qué punto estamos y cuánto camino hemos recorrido hasta ahora; sería como remar a la loca en el centro del océano, nuestro impulso podría llevarnos a cualquier parte. Es innecesario, por demás, insistir en que no hay cambio real si solo se refleja en una de las mitades de nuestras sociedades: las mujeres no avanzarán mucho sin nuestro avance, del mismo modo que nosotros no avanzaríamos mucho sin su apoyo; somos todos, hombres y mujeres, los que tenemos en nuestras manos la construcción de nuestras sociedades, y de paso, la construcción del futuro, que es construido de hecho para las mujeres y hombres aún por nacer. A las mujeres se las estudia y se las ha estudiado minuciosamente; en cambio, los hombres, por una u otra razón, hemos quedado algo rezagados en las requisas. Es hora de ponernos al día, en esto como en todo lo demás.

Vivimos en un mundo donde la violencia, la competitividad, el stress, la ambición, cobran víctimas día a día, de forma visible o invisible. Guerras surgen en los parajes más disímiles, con los pretextos más torcidos; las ciudades más avanzadas (civilizadas pretenden llamarlas muchos) son escenario de los modos de vida más estresantes y violentos -en algunas, como en Nueva York o Los Ángeles, por dar un ejemplo, ocurre un

asesinato o una violación a cada minuto-; la violencia doméstica y el estupro, contra mujeres y niños, llega a niveles tales, que los tribunales de países como España no dan a basto para dictar las órdenes de protección de los diferentes niveles, o para llevar a cabo los procesos penales resultantes. Los fenómenos de las guerrillas, las pandillas urbanas, las organizaciones criminales o terroristas, la prepotencia hegemónica de algunas naciones; muestran los costos últimos del modo de hacer “masculino” de nuestras sociedades, donde parece lógica la conclusión de que para haber ganadores, tiene que haber perdedores, para tener, hay que saber quitar, para llegar, hace falta saber dejar al resto atrás y salvar o demoler obstáculos, sean objetos, o más frecuentemente, otras personas. Donde el éxito y el bienestar están indisolublemente vinculados a la indolencia, la competitividad, la fuerza; tanto que hasta las mujeres, al intentar luchar por su libre albedrío como género, tienden en muchos casos a copiar estos guiones, supuestamente exitosos.

La necesidad del cambio masculino no es una demanda adaptativa que el medio nos plantea a los hombres, ni si quiera es una necesidad puramente individual. Por el mismo hecho de que aún en nuestros días, nuestras sociedades a nivel global persisten en un tipo de organización patriarcal, donde lo masculino es el modelo del todo; cambiar a lo masculino y sacarlo de ese centro artificioso e inútil, es también la vía para transformar a nuestras sociedades, a nuestro mundo; volviéndolo más justo para todos. Nuestros hijos se merecen esta deferencia nuestra, y nosotros tenemos el derecho a ser los constructores de una realidad diferente, en la que alcanzar esa vida plena, tan semejante a la del paraíso prometido por más de una religión, moderna o ancestral, aquí, en esta tierra.

Las reflexiones anteriores, y otras, han impulsado mi búsqueda, que pretende ser un minúsculo grano de arena aportado a esta causa. Me he hecho algunas preguntas informales:

- a) ¿Ha habido un “cambio masculino” real y significativo en las últimas décadas, en cuanto a concepciones acerca de la masculinidad, así como respecto a las identidades masculinas, lo que involucra de manera especial a los roles de género?
- b) ¿Qué papel pudiera tener, como impulsor del cambio, el nivel intelectual y educacional de los hombres avocados a ello?
- c) ¿Qué magnitud ha tenido este cambio, de haberse dado?
- d) ¿Qué otros factores han incidido en él?

En estas direcciones, más o menos, se mueve esta investigación.

5.2 Problema y objetivos.

Problema: ¿Cómo se expresa la subjetivación de género en hombres con edades y niveles educacionales diferentes?

Objetivo general: Explorar la subjetivación de género en hombres con edades y niveles educacionales diferentes.

Objetivos específicos:

- Caracterizar la asunción y asignación de los roles de género en los sujetos estudiados.
- Caracterizar la identidad de género en los sujetos estudiados.
- Realizar un análisis comparativo atendiendo a la edad de los sujetos.
- Realizar un análisis comparativo atendiendo al nivel educacional los sujetos.
- Realizar un análisis integrador de los resultados tomando en cuenta las interrelaciones entre edad y nivel educacional.

5.3 Definiciones conceptuales-operacionales.

Subjetivación de género: llamamos subjetivación de género al proceso de construcción y apropiación, a nivel de la subjetividad individual, de los componentes del género asignados a los individuos desde la cultura; que son interiorizados a través de la adquisición, en estrecha relación con la construcción de la identidad personal, de una serie de roles (*roles de género*), así como de un proceso de identificación con ciertos roles y diferenciación de otros, que tiene como resultado y como base, de forma dialéctica, a la *identidad de género*, que se forma en el proceso.

Roles de género: conjunto de comportamientos previstos y normados culturalmente, asignados a uno u otro sexo, en una sociedad y momento históricos determinados, y apropiados por el individuo en estrecha relación con la construcción de su identidad personal a lo largo del proceso de socialización.

Identidad de género: conjunto de procesos psicológicos que le permiten a un individuo reconocerse como hombre o mujer; que es construido a través de un proceso de identificación con un grupo (del mismo sexo) y de diferenciación con respecto al del sexo contrario; en estrecha sintonía con el sexo biológico y a partir de la elaboración interna de estereotipos, creencias, mitos y normativas sociales, adquiridos a través de la interacción con los otros y la cultura a través del proceso de socialización, en una sociedad y momento histórico concretos.

Subjetivación de los roles de género: forma en que los roles de género asignados a los individuos en una sociedad y momento histórico determinados son interiorizados e incorporados activamente por el individuo en la construcción de su identidad personal, participando luego en la regulación del comportamiento, así como en la asunción y asignación de dichos roles a otros y la elaboración de juicios en base a ello.

- Asunción y asignación tradicional de los roles de género: se refiere al modo de asumir y asignar a otros los roles de género desde una perspectiva dictada por la visión de los modelos patriarcales tradicionales de masculinidad y/o feminidad. En el caso que nos ocupa en esta investigación (relacionada con la masculinidad), tomamos como indicadores para determinar la existencia de una asunción y asignación tradicional de los roles de género masculinos, la adhesión de manera general a los paradigmas de masculinidad vinculados a:
 - La fuerza física.
 - El liderazgo o la dominancia.
 - La valentía.
 - La seguridad.
 - El autocontrol y la imperturbabilidad emocional.
 - La iniciativa en la actividad general.
 - La efectividad.

- El rol de proveedor económico.
 - El rol de proveedor de seguridad y protección.
 - El éxito.
 - La conformación de jerarquías, así como el sometimiento y/o la imposición con respecto a las mismas.
 - La unilateralidad, a favor del hombre, de las decisiones en la pareja.
 - La iniciativa sexual.
 - El alto desenvolvimiento sexual.
 - La poligamia.
 - La sobredimensionalización de las necesidades sexuales masculinas.
 - La necesidad de la demostración de la virilidad.
- Asunción y asignación no tradicional de los roles de género: se refiere a modos de asumir o asignar a otros los roles de género, desde una perspectiva diferente de la dictada por los modelos patriarcales de masculinidad y/o feminidad. En nuestro caso, analizaremos mayormente el tema de la masculinidad, y tomaremos como indicadores para determinar la existencia de una asunción y asignación tradicional de los roles de género masculinos, la adhesión de manera general a los paradigmas de masculinidad vinculados a:
 - El derecho a la debilidad y la desmitificación de la fuerza.
 - La aceptación del miedo.
 - La despenalización de la inseguridad.
 - El acceso, la aceptación y el disfrute de las emociones.
 - El derecho a la pasividad.
 - La aceptación de las torpezas.
 - La despolarización de los roles económicos.
 - El derecho a pedir ayuda y apoyo.
 - El derecho al fracaso.

- La adhesión a principios democráticos de las relaciones.
 - Saber y poder compartir las decisiones en la pareja y la familia.
 - Compartir las iniciativas en el sexo.
 - El acento, en el sexo, puesto sobre el placer, en lugar de sobre el desenvolvimiento sexual.
 - La desmitificación de la supuesta poligamia esencial masculina.
 - La esencia de la virilidad como asumida, sin necesidad de hacer demostraciones de ella en busca de su reconocimiento.
- Asunción y asignación transicional de los roles de género: en este caso se asumen y asignan por los mismos individuos los roles de género, desde perspectivas tanto tradicionales como no tradicionales, adoptando de manera general una posición intermedia relativamente flexible, en ocasiones contradictoria.

5.4 Variables controladas.

- Sexo: masculino.
- Edad:
 - Adultos de 50 a 55 años de edad, criados por tanto con anterioridad a la revolución sexual de los sesenta y setenta.
 - Jóvenes de 25 a 30 años de edad, criados con posterioridad a la revolución sexual de los sesenta y setenta.

La significación del espacio temporal e histórico cubierto por las décadas de los '60 y los '70 es de singular importancia para esta investigación y por tanto para la elección de la muestra, dado el hecho de que este marca un punto de giro radical en el pensamiento occidental inicialmente, y luego en el pensamiento mundial en materia de género. A partir de este punto ocurren una serie de cambios ya relacionados anteriormente en el cuerpo de este trabajo, que traen consigo la demanda de un cambio en los hombres, así como la conciencia de la necesidad de una serie de cambios en los modelos de masculinidad tradicionales (como ya ha sido dicho), lo que determina la entrada de dichos modelos

patriarcales tradicionales en una crisis que apoya dicha demanda. Para determinar la magnitud del cambio real producido se hace necesario tomar como punto de partida para la determinación de los grupos etarios estudiados, un momento anterior a dicho período histórico y un momento posterior a él, preferiblemente empleando generaciones diferentes⁶¹.

- Nivel educacional:
 - Universitarios y profesionales de uno y otro grupo etario.
 - Obreros de uno y otro grupo etario.
- Procedencia social: dada la probable variabilidad cultural y de características sociales de las diferentes regiones del país, sin hablar de otras regiones fuera del territorio nacional, se hace necesario controlar la procedencia de los sujetos estudiados. Emplearemos en nuestro estudio sujetos oriundos de la Ciudad de la Habana, o que hayan pasado la mayor parte de su infancia, así como su adolescencia y juventud (en el caso de los sujetos de 50 a 55 años, parte de la adultes), habitando en esta provincia de manera oficial y estable. En ambos casos sujetos de nacionalidad cubana desde su nacimiento.

5.5 Muestra.

La muestra estará compuesta por cuarenta sujetos varones, residentes y oriundos de Ciudad de la Habana, de los cuales un cincuenta porciento pertenece al grupo etario de *adultos* (50 a 55 años) y el otro cincuenta porciento pertenece al grupo etario de *jóvenes* (25 a 30 años). En estrecha relación con lo anterior, el cincuenta porciento estará compuesto por universitarios, tanto estudiantes actuales como profesionales graduados; el otro cincuenta porciento estará compuesto por obreros. Ambos criterios de selección se verán entrecruzados en aras de un análisis integrador entre ambas variables (edad y nivel educacional); resultando la muestra como lo representa la siguiente tabla.

⁶¹ Desde Margared Mead (1970) , citada por de la Torre (2001), la estabilidad de una generación puede describirse a partir de la similitud que existe entre el pasado de los abuelos y el futuro de los nietos. Esta es una idea de importancia vital para los objetivos de esta investigación.

Muestra.			
Clasificaciones por grupos.	Universitarios.	Obreros.	Total por grupo etario
Jóvenes. (25 a 30 años)	10 sujetos.	10 sujetos.	20 sujetos.
Adultos. (50 a 55 años)	10 sujetos.	10 sujetos.	20 sujetos.
Total por nivel educacional.	20 sujetos.	20 sujetos.	Total en general: 40 sujetos.

5.6 Técnicas y procedimiento.

Con el fin de cumplir con los objetivos de esta investigación, un compendio de tres instrumentos ha sido diseñado, a partir de la combinación de disímiles técnicas y procedimientos anteriores. Estos reúnen:

- Cuestionario de mitos y estereotipos.
- Completamiento de frases.
- Asociación de ideas.

A continuación se explica cada una de las técnicas.

1) *Cuestionario de Mitos y Estereotipos.*

Elaboramos este instrumento a partir del creado por Sonia Medina en su Trabajo de Diploma (Medina, 2003). El instrumento original ha sido reelaborado para ser adaptado mejor a los objetivos de la presente investigación.

Se trata de una técnica cerrada, constando de 42 ítems que relacionan mitos y estereotipos relacionados al género masculino fundamentalmente y a las relaciones de género, vistas desde la perspectiva masculina, a ser respondidos de manera excluyente en la forma de verdaderos o falsos.

Su calificación es cuantitativa, de forma que se le da al sujeto 1 punto por cada uno de los ítems que responda como verdadero y 0 por cada uno de los que responda como falso.

Se utilizó el sistema estadístico SPSS / PC, a través de la norma N-Tiles, por medio de la cual se clasificó a cada sujeto, acorde a la puntuación obtenida en el cuestionario, de acuerdo a tres categorías:

- a) Juicios no estereotipados (Asunción y asignación no tradicional de los roles de género) → 1
- b) Juicios intermedios (Asunción y asignación transicional de los roles de género) → 2
- c) Juicios estereotipados (Asunción y asignación tradicional de los roles de género) → 3

También se extrajo de estos resultados la prevalencia de algunos estereotipos por encima de otros, en forma de porcentos de respuestas positivas (respuestas en las que el sujeto marca verdadero); pasando luego a un análisis cualitativo apoyado en estos resultados.

2) *Completamiento de frases.*

Es una técnica semiestructurada creada originalmente por Rotter y de amplia aplicación en la Psicología. En este caso ha sido ajustada a los objetivos de la presente investigación con frases inductoras que buscan conocer cómo los sujetos asumen y asignan los roles de género masculinos, vinculado esto a variadas esferas o áreas de la vida de los sujetos estudiados. Para ello se ha partido de un instrumento similar elaborado por Maudel Cabrera en su Trabajo de Diploma (Cabrera, 2003), el cual ha sido reelaborado para adaptarlo mejor a la investigación presente.

3) *Asociación de ideas.*

Creamos este instrumento a partir de uno similar elaborado por Maudel Cabrera en su Trabajo de Diploma (Cabrera, 2003), elaborado aquél a su vez a partir de elementos tomados de uno conformado por Carlos Pildaín en el suyo (Pildaín, 2002). El instrumento original fue amoldado sustancialmente a los propósitos de la presente investigación, siéndole agregadas las tareas 4, 5, 6 y 7 para una mayor profundidad de exploración, dada la mayor proyección posible de parte de los sujetos, especialmente a partir de la tarea de dibujo.

Es una técnica mixta, con tareas de tipo semiproyectiva y tareas proyectivas puras. En ella se le da a los sujetos palabras, frases e ideas inductoras, a partir de las cuales los

sujetos deben responder con otras palabras, frases, ideas redactadas en forma de párrafo, y un dibujo en el caso de la tarea número 7. El nivel de apertura, elaboración y abstracción exigida va aumentando progresivamente desde la primera pregunta hasta la sexta.

A través de la técnica nos proponemos investigar de manera indirecta el modo en que estos sujetos asignan y asumen los roles de género masculinos y femeninos, así como el modo en que asumen y asignan la identidad vinculada a su género en particular.

Procedimiento.

Realizamos el análisis de la información recogida comenzando por los sujetos pertenecientes al grupo de jóvenes (25 a 30 años), pasando luego al de adultos (50 a 55 años), atendiendo a las categorías que nos propusimos estudiar. Como parte de éste, en el caso del primer instrumento (Técnicas de mitos y estereotipos), se procedió inicialmente a introducir los resultados en el programa informático SPSS / PC, obteniendo de él los porcentos de sujetos cuyos resultados clasifican como juicios estereotipados, intermedios o no estereotipados; además se obtuvieron los porcentos de respuestas por ítems, dato que serviría para detectar los estereotipos más prevalecientes en los subgrupos; pasando luego a un análisis cualitativo. En los casos de los otros dos instrumentos (completamiento de frases y asociación de palabras), se procedió a un análisis cualitativo pormenorizado e individualizado, integrando los resultados según las categorías estudiadas. El mismo proceso se llevó a cabo analizando esta vez los grupos atendiendo al nivel educacional. Luego se procedió al análisis cruzado de la información anterior, apoyado en sendos análisis de cada uno de los cuatro subgrupos resultantes del entrecruzamiento de estas dos variables, a saber: a) adultos obreros, b) adultos profesionales, c) jóvenes obreros, d) jóvenes profesionales.

Como se notará, se emplea mayormente una metodología cualitativa; aunque en el caso del primer instrumento se procede a un análisis de carácter cuantitativo como parte del procesamiento de sus resultados, por la capacidad ilustrativa de este procedimiento, lo cual no impidió el aprovechamiento más profundo y dinámico que aporta el análisis cualitativo, también empleado aquí.

Análisis de los resultados.

Capítulo sexto. Análisis de los resultados.

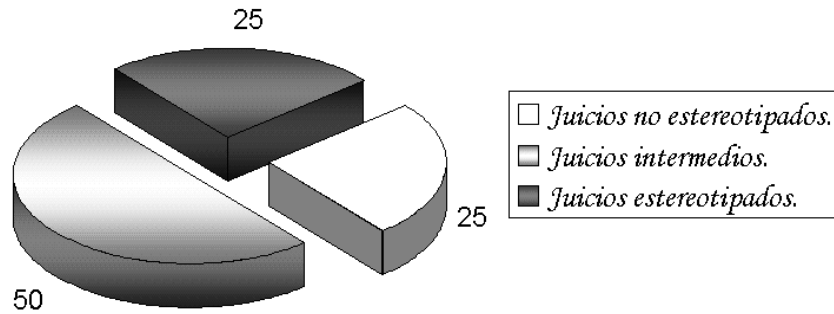
6.1 Adultos.

6.1.1 Subjetivación de los roles de género.

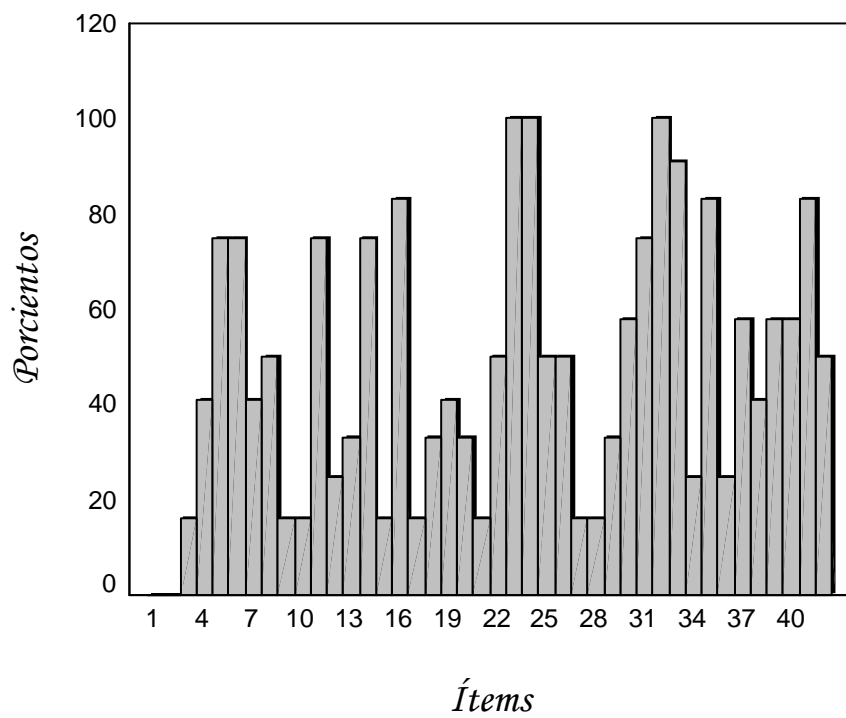
A modo general, de manera predominante, se observa una tendencia en los sujetos de esta submuestra a una asunción y asignación tradicional de los roles de género. Seguido lo anterior de un alto índice de sujetos que presentan indicadores de una asunción y asignación transicional de los roles de género. Las producciones de los sujetos en general se mostraron estereotipadas en gran parte de los casos, emergiendo gran número de prejuicios tanto asociados a los roles de género masculinos, de especial interés para esta investigación, como asociados a los roles de género femeninos, en términos de asignación de roles de género.

Cuando analizamos los resultados obtenidos mediante el instrumento del **Cuestionario de Mitos y Estereotipos** para esta submuestra, por ejemplo, encontramos primeramente que el **50 %** de los sujetos de esta submuestra muestra un nivel intermedio de estereotipia, adscribiéndose tanto como rechazando diferentes mitos y estereotipos de género presentados a ellos por la vía del instrumento en cuestión. Acercándose esto a una posición de asunción y asignación transicional de los roles de género. Por su parte, un **25 %** muestra juicios no estereotipados, mientras otro **25 %** muestra juicios estereotipados; acercándose estas posiciones a una asunción y asignación no tradicional de los roles de género la primera, a una asunción y asignación tradicional de los roles de género la segunda.

Porcientos según las clasificaciones del Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Adultos.



Porcientos por ítem en el Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Adultos.



Entre los **estereotipos más frecuentes** hallados en ese instrumento, para esta submuestra, se hallaban los relacionados al **liderazgo y la dominancia masculina** (ítems

32 *“Un hombre debe ser activo y tomar las decisiones”*, con un 100 % de respuestas verdaderas o positivas (V); 23 *“Los hombres no deben ser dominados por las mujeres”*, con un 100 %; y 35 *“Un hombre debe saber dirigir a las personas que dependen de él, y ser disciplinado con aquellos que tienen autoridad sobre él”*⁶², 83 %). Otros estereotipos muy frecuentes son los referidos a la **efectividad y el éxito** como características masculinas (ítems 33 *“Un hombre exitoso en lo que se propone es más respetado y considerado como hombre”*, con un 91 %; y el 5 *“Un hombre busca siempre hacer bien las cosas”*, con un 75 %). También se observa la presencia de estereotipos referidos al **rol masculino de proveedor de seguridad y protección**, (ítems 24 *“Un verdadero hombre protege, defiende y le da seguridad a la mujer de que nada le pasara a su lado”*, con un 100 % y 7 *“El hombre es el sostén y el apoyo de la mujer”*, con un 50 %). Por otra parte, aparecen estereotipos relacionados a la **iniciativa** en general (ítems 32 *“Un hombre debe ser activo y tomar las decisiones”*, con un 100 %, y 31 *“Cuando hay que hacer algo, un hombre de verdad busca cómo hacerlo y toma la iniciativa”*, con un 75 %).

Entre los **estereotipos más rechazados** por los sujetos en el **Cuestionario de Mitos y Estereotipos**; se encuentran algunos referidos a la **dominancia**, referida a la **pareja** (ítem 1 *“Las decisiones en la pareja deben ser tomadas por el hombre”*, con un 0 % de respuestas positivas); a la **sensibilidad como rasgo negativo en un hombre** (ítems 2 *“El hombre que es tierno pierde virilidad y no es respetado”*, con un 0 %, 21 *“Los hombres de verdad no deben mostrarse sensibles ni sentimentales”*, con un 16 %); la **poligamia** y la **sobredimensionalización de las necesidades sexuales masculinas** (ítems 3 *“Las necesidades sexuales en los hombres son más fuertes que en las mujeres”*, con un 16 %, 27 *“Un hombre con muchas conquistas es un hombre muy admirado y viril”*, con un 16 %); la **fuerza** como rasgo masculino (ítems 15 *“La naturaleza hizo a los hombres fuertes físicamente, el hombre que no es fuerte no es suficientemente masculino”*, con un 16 %, 28 *“Un hombre que no resiste la bebida es un flojo”*, con un 16 %).

En lo que respecta a los resultados emergidos para esta submuestra en el **Completamiento de frases**, por su lado, se puede percibir fácilmente una predominancia de frases que apuntan a una asunción y asignación tradicional de los roles de género, seguidas por un número importante de casos en que tanto por frases de contenido propiamente transicional, como por la confluencia de frases tradicionales con otras no

⁶² Que también se refiere a la cualidad, tradicionalmente considerada masculina, de la conformación de jerarquías.

tradicionales, se muestra una tendencia a una asunción y asignación transicional de los roles de género. Entre los **argumentos de tipo tradicional** encontrados, emergen frases que relacionan la idea de masculinidad a atributos como **fuerza, respeto, dominancia, seguridad, autocontrol, firmeza, superioridad, caballerosidad, efectividad, responsabilidad** (*ejemplo: “Los hombres tenemos que ser tenaces, fuertes, de acuerdo al momento que se viva”, “En casa los hombres deben ser activos y tomar decisiones”, “Los hombres buscan hacer bien las cosas”, “Los hombres somos el sexo superior”, “Un hombre verdaderamente masculino no transa”*). En fuerte relación con esto, emergen con frecuencia frases relacionadas a ideas como las de la **inseguridad o la sensibilidad como fallas** de importancia en el hombre, las que se hace necesario ocultar o reprimir (*“Un hombre sensible debe controlar sus sentimientos y evitar demostrarlos”, “Un hombre sensible es mal visto”, “Un hombre inseguro es un fracasado en la vida”*). Otras frases hacen referencia a estereotipos relacionados al **sexo como medio de demostración de virilidad**, (*“Yo, como hombre masculino, logro satisfacer siempre a la mujer en el sexo”, “El sexo, para mí, como hombre, es tratar de cumplir con mi hombría”*). Se hace referencia también al rol tradicionalmente masculino de **proveedor de protección y seguridad, ayuda** (*“En el trabajo, la mujer debe ser ayudada por el hombre”, “Un hombre verdaderamente masculino es el que cuida a su familia en todo lo ancho de la palabra”*). Otras frases apuntan a la conocida **igualación tradicional de la masculinidad a heterosexualidad** y la **homofobia** como valor masculino tradicional (*“Los verdaderos hombres no gustan de otros hombres”, “Un hombre verdaderamente masculino busca el amor de una mujer”*). Entre los **argumentos de tipo no tradicional** emergen frases que muestran **actitudes de ruptura** directa con los estereotipos (*“Los verdaderos hombres no se miden por su fortaleza o agresividad, sino por su gentileza y humanidad”*). Otro tipo de argumento de tipo no tradicional más frecuente, se refiere a la esfera económica, en la que se aboga por una **asunción compartida de los gastos entre la pareja** (*“Los gastos en la casa son compartidos”, “Los gastos en la casa son de todos”*); también, y en estrecha relación con esto, emergen argumentos relacionados a un **reconocimiento del papel de la mujer en el área laboral** (*“En el trabajo la mujer puede ser tan eficiente como el hombre”, “En el trabajo la mujer es organizada y disciplinada”*). En un número importante de frases se muestra una **implicación emocional, espiritual, de los hombres en las relaciones de pareja**, así como en la **sexualidad** (*“El sexo para mí como hombre, es el mayor y mejor complemento del amor”, “El sexo para mí, como hombre, es el sublime complemento del amor”*). También emergen argumentos

relacionados a **implicación emocional en la relación con los hijos y la familia en general** (“*Yo con mis hijos, los amo*”, “*Yo, como hombre, soy cariñoso con mi familia*”). Emergen por su parte, frases de contenidos de por sí **transicional**. Entre ellas podemos ver muchas que hacen referencia una implicación no muy profunda de los sujetos con las **labores del hogar**, sin asumirlas por sí mismos, como lo muestran las frases (“*En la casa los hombres deben cooperar*”, “*En la casa los hombres ayudan*”). Así como otras que implican la **aceptación de la existencia de la sensibilidad como rasgo masculino**, sin llegar a considerarlo necesariamente como rasgo positivo, ejemplo: (“*Un hombre sensible debe ser tratado como tal sin hacer distinciones*”, “*Un hombre sensible es hombre*”).

En el caso de las profesiones propuestas por los sujetos para un niño o una niña, en la **Asociación de Ideas**, se hacen notar las enormes transformaciones en el campo de la educación que ha experimentado nuestro país a lo largo de los años; siendo el caso que en cuanto a este menester los resultados sean tan variados y difíciles de clasificar como se pudiese pensar, y precisamente en esta pregunta donde se muestre un índice realmente alto de indicadores de una asunción y asignación no tradicional de los roles de género. Así, sobre todo en terrenos como las humanidades y las profesiones vinculadas a la salud, así como en el caso de las artes, se puede percibir un gran cambio con respecto a los resultados anteriores, emergiendo propuestas idénticas o muy similares para ambos sexos (**músico, cantante, escritor, cineasta, médico**); resultando esto en una asunción y asignación no tradicional de los roles de género en estos sujetos. En otros casos las propuestas trascienden a carreras que aunque técnicas, implican un trabajo más metódico, reposado, de detalle (**informática, arquitectura**). Algunos sujetos llegan a proponer carreras tradicionalmente pensadas como masculinas para ambos (**ingeniería**). No obstante, en otros sujetos la tendencia es mayormente asociada a una asunción y asignación tradicional de los roles de género, asignando a cada sexo profesiones tradicionalmente caracterizadas como masculinas o como femeninas, es el caso de, para los varones, **deportes, piloto, pelotero, militar**, para las hembras, **maestra, bailarina, enfermera**.

En el caso de la pregunta seis de la **Asociación de Ideas**, se aprecian resultados muy disímiles. Emergen entonces gran cantidad de respuestas, todas con un matiz altamente tradicionalista y que denotan así mismo una asunción y asignación tradicional de los roles de género. Una gran parte de los sujetos refieren como un logro la **libertad individual asignada como atributo masculino**, algunos de ellos reconociendo la naturaleza social de tal atribución, la mayor parte dando por sentada la esencia natural o

inmanente de tal libertad, ejemplo: *“Ser independiente desde edad temprana”, “Salir hasta muy tarde” “Estudiar, viajar, no tener que explicar a nadie...”*. Otro logro referido por gran parte de los sujetos vinculan la masculinidad y los logros de la misma al terreno de la **sexualidad y la pareja**, en algunos casos desde la perspectiva de **asociar masculinidad a heterosexualidad masculina**, ejemplo: *“Tener mujer”, “Querer a la mujer”, “Procrear”*. También emergen logros vinculados al estereotipo de la **dominancia, la fuerza y el alto desempeño masculinos**, ejemplo: *“Presidir mi familia”, “Tener el privilegio de que se cuente conmigo”, “Trabajar fuerte”*. En lo relacionado a la proposición b), los resultados varían más. Se encuentra en una gran parte de los sujetos **evasiones** a este ítem, expresadas tanto directamente (*“Ninguna”, “No deseo hacer nada que no pueda hacer”*), como indirectamente (*“A las mujeres también les pasa”*), así como dejando el ítem sin contestar y resistiéndose a hacerlo. En otros casos se hace referencia a atributos tradicionalmente femeninos como la **sensibilidad o la posibilidad de la maternidad** tanto en cuanto tal como relacionado al **vínculo especial entre madre e hijo**, tal como es visto desde la tradición (*“Hay algunas cosas que solo la sensibilidad femenina puede hacer”, “Experimentar el amor que los hijos le profesan a las madres”, “Ser madre”*). Por otro lado, desde una posición no tradicional, en una gran cantidad de sujetos emergen referencias al deseo de tener la **libertad social de expresar más abiertamente emociones y sentimientos**, así como **aceptar la debilidad o la ineficacia**, en caso de existir, sin coacción, ejemplo: *“Mostrar debilidad en ciertas situaciones”, “Expresar lo que siento”*. En cuanto a la proposición c), se encuentran referencias a la **dificultad de los trabajos masculinos**, así como a la **violencia** supuestamente necesaria para desenvolverse en el mundo masculino (no se somete a crítica el rol de género); ejemplo de todo esto: *“Hacer siempre los trabajos más pesados”, “Participar en una guerra”, “Liarme a trompadas cada vez que un cualquiera me falta al respeto”*. Por otro lado, posiciones inclinadas a una perspectiva no tradicional hacen referencia al excesivo **autocontrol emocional**, el **liderazgo y dominancia en la familia** y la necesidad de **aparentar fuerza**, (*“No llorar ante los demás aunque deba”, “Que se me considere el jefe de familia y responder por ello”, “Ser quien llame la atención de mis hijos”, “Tratar de ser siempre el primero ante los sacrificios”, “No mostrar cansancio aunque esté cansado”*). En el caso del ítem d), el nivel de **evasión** se elevó casi a una totalidad, dejando a un lado un número menor de sujetos, que se refirieron a las **labores del hogar**, en clara expresión de su postura tradicional.

6.1.2 Identidad de género.

De forma general y de manera predominante, se observa en los sujetos de esta submuestra una tendencia a presentar identidades de género construidas sobre bases tradicionales. Las producciones a modo general se ven frecuentemente matizadas por un nivel elevado de estereotipia y se observa la aparición frecuente de prejuicios, en estrecho vínculo con un nivel alto de rigidez.

Al analizar los resultados producidos por los sujetos de esta submuestra para la **Asociación de Palabras**, sorprende en primera instancia el alto nivel de tradicionalismo emergido, en comparación con lo emergido de los resultados de los instrumentos anteriores. Al ser este instrumento una técnica mucho más abierta que las anteriores, además de sus características como técnica proyectiva, ya se esperaba una radicalización de las producciones de los sujetos por la menor intervención de la elaboración consciente en el proceso. Así, asociadas a la idea de masculinidad, emergieron de los sujetos palabras asociadas a la **igualación de masculinidad a sexo biológico masculino, a heterosexualidad masculina e indirectamente a fuerza y firmeza**, todo esto matizado por los estereotipos sexuales tradicionales de la cultura latina; de esta manera, emergen palabras como *macho, varón, hombre, virilidad, masculino*. Por otra parte, se hicieron múltiples asociaciones de masculinidad con rasgos como el **valor (temerario, valiente...)**, la **seguridad** (con esta misma palabra) y de nuevo a la **eficiencia sexual masculina (ejemplo: buen amante...)**.

En confluencia con lo anteriormente dicho, numerosas asociaciones acuden a representaciones de **fuerza, agresividad, dureza, solidez**, y una gran parte de los sujetos, la mayoría, produce como resultados para la asociación con la idea de masculinidad, nombres de **animales agresivos**, considerados **peligrosos**, siendo los más frecuentes *león, tigre, escorpión, tiburón, lobo*, o **briosos, resistentes (caballo, buey)**; así como, en el caso de los nombres de plantas, otros pertenecientes a **árboles frondosos, firmes, sólidos**, ejemplo de ello: *ceiba, jiquí, mango, árbol, ciguaraya, roble, algarrobo, pino*.

En cambio, es de notar la forma en que la mayoría de las palabras asociadas por la mayor parte de los sujetos a la idea de feminidad, son palabras que asocian **feminidad al sexo biológico**, así como al **rol genérico tradicional femenino**, emergiendo palabras como *hembra, mujer, femenina*, entre otras. O que asocian de manera recurrente la

feminidad a aspectos de la **apariencia física** (*linda, belleza, hermosa*), así como asociando todo lo anterior al **rol sexual erótico** puramente dicho (*sensualidad, sexy...*). Emergen también asociaciones vinculando feminidad a rasgos como **afectividad, emocionalidad y comunicación**, así como, por esta vía, a **fragilidad**, (*agradable, dulzura, afectuosa, ternura, delicadeza, comunicativa*); así como a la **maternidad** (*madre, maternidad*). No faltan tampoco numerosas asociaciones vinculando feminidad a **sumisión femenina** (*dócil, obediente*), así como a la **posición secundaria de la mujer en la pareja** con respecto al hombre (*complemento*). Así como nombres de **animales pacíficos, frágiles, mansos**, ejemplo de ello: *mariposa, pez, ave, paloma*. se asocian a feminidad nombres de animales que se destacan, más allá de estas características, por su **apariencia exótica, estilizada o sensual**, ejemplo: *cebra, jirafa, gata*; y nombres de **plantas frágiles, que se destacan más por la belleza de forma o color**, principalmente flores, ejemplo: *rosa, jazmín, mariposa, clavel, príncipe negro*, entre otras muchas. Todo lo cual, apoyando lo mostrado en el párrafo anterior, habla de la identidad asignada al sexo femenino, marcadamente tradicional, y la dicotomía sexual que se expresa en el contraste entre la identidad masculina asumida, y la percepción de la identidad femenina, que es asignada; fenómeno característico de las concepciones patriarcales tradicionales del género.

Otro modo en que en este instrumento se ve reflejada esta tendencia a asumir y asignar identidades de género de base tradicional, es mediante las asociaciones que se hacen entre las ideas de masculinidad y la feminidad y nombres de objetos. Así, se asocian a la idea de masculinidad nombres de objetos habitualmente vinculados al uso masculino, ejemplo: *máquina de afeitar, peine*, como objetos de uso de tocador; herramientas como *martillo, cincel, serrucho, pico*; objetos vinculados a la violencia como *fusil*; de vestir, como *cinto, pantalón, sombrero*. En el caso de la feminidad, objetos usados típicamente en labores tradicionalmente asociadas a las mujeres como *aguja, dedal, hilo, cazuela, escoba*, prendas tradicionalmente femeninas como *collar*, en otros casos objetos asociados popularmente a los genitales femeninos, ejemplo: *sacapuntas, tuerca*.

Del mismo modo, al darle como consigna a los sujetos decir tres tipos de regalos que le harían a un niño o a una niña, vemos cómo, siendo la mayoría de los regalos juguetes, estos son fácilmente clasificables en la mayor parte de los casos en “masculinos” o “femeninos”, ejemplo de ello es cómo en el caso de los niños varones se proponen juguetes que implican **actividad física intensa en exteriores o tienen implicaciones violentas** (*pelota, guante de pelota, bate, cañón de juguete*), así como **imitaciones de**

tareas adultas consideradas masculinas (*herramientas de juguete*); en el caso de las hembras, se propone regalar juguetes que implican **actividad mayormente en interiores, menos física y libre**, ejemplo de ello son: *juego de cocina, muñeca* (que implica una imitación del rol adulto femenino de la maternidad), *suiza*, así como regalos que tradicionalmente se hacen a las mujeres adultas (*flores, vestido, dulces*).

Muchos sujetos, por otro lado, proponen regalos menos clasificables por sexo en muchos casos, o los proponen para ambos sexos, ejemplo: *libros, dulces nuevamente, bicicleta*

En la quinta pregunta de la **Asociación de Ideas**, donde se le pide a los sujetos completar frases inconclusas que ponen ante sus ojos de manera breve algunos aspectos álgidos relacionados a la identidad de género, los resultados se muestran divididos y bastante pobres. Una parte importante de los sujetos adopta una postura tradicional, brindando respuestas que **relacionan la masculinidad estrechamente a la idea del éxito**, ejemplo: *“Yo, como hombre, debo prepararme cada día para enfrentar la vida con éxito”, “Me siento feliz de ser hombre porque puedo cumplir con las tareas con eficacia y puntualidad”*. En un porcentaje mayor, otros sujetos vinculan esta noción a la esfera de la **interacción con la familia de manera marcadamente afectiva, aludiendo a la entrega a esta de manera marcada**, ejemplo: *“Yo, como hombre, soy feliz con mi familia y ansío darles lo mejor de mí”, “Yo, como hombre, aspiro a mi felicidad y la de mi familia”, “Me siento feliz de ser hombre porque tengo una familia y una mujer adorables”*; acercándose de esta manera a posiciones no tradicionales. En la tercera frase, se hace referencia en la mayor parte de los sujetos a un nivel alto de **esfuerzo y sacrificio** per se, en algunos casos al nivel físico, en ocasiones en busca de la **preafirmación de la propia masculinidad**, ejemplo: *“El costo de ser hombre conlleva sacrificio, entereza, disciplina y respeto, para ser respetado”, “El costo de ser hombre es sacrificio”, “El costo de ser hombre es hacer muchas cosas que la mujer no puede hacer por ser mujer”*. Por último, en casi la totalidad de los sujetos de esta submuestra, se observó de formas disímiles, una tendencia a **evadir** la frase número cuatro, donde se les pide ponerse en el lugar de la mujer; los sujetos la dejan en blanco, la completan de manera evasiva (*“...no he pensado nunca en ello”, “...no puedo imaginarlo”*). Esta imposibilidad de ponerse en el lugar del otro sexo habla claramente de la rigidez de la identidad y los roles de género asumidos y asignados por estos sujetos, así como de su tradicionalismo.

Los **dibujos** ejecutados en esta submuestra dan una imagen bastante clara de lo que hasta el momento se ha interpretado en cuanto a las identidades asumidas por los sujetos pertenecientes a esta submuestra. Estos pueden ser separados en varios grupos, dado el alto nivel de coincidencias, y muestran un nivel elevado de juicios tradicionalistas, basados presumiblemente en una asunción y asignación tradicional de los roles de género, pero más que todo, dado el alto vínculo de este tipo de técnica proyectiva con las producciones altamente personalizadas de los sujetos, con la existencia de bases altamente tradicionales para las identidades de género de los sujetos estudiados. Uno de los tipos de dibujos más frecuentes en esta submuestra son los que muestran, en diferentes formas, figuras que representan un **padre, una madre y un niño pequeño**; es de observar en ellos ante todo cómo **la figura del hombre se ve resaltada** por diferentes vías (se le dibuja significativamente más grande que el resto, incluyendo objetos de gran tamaño en la realidad, como casas, se le confeccionan más detalles, en algunos casos se les hace la cabeza más grande que las de las demás figuras, o se le dibuja en ella un sombrero); por otra parte, los sujetos refieren al explicarlos que *se dibujan junto a sus familias y sus casas, refieren que estos son parte de ellos, que todo hombre debe atender su casa, entre otros argumentos*. Todo lo anterior evidenciando la visión tradicionalista que estos sujetos tienen de la masculinidad, muy estrechamente relacionado esto a las bases de su identidad de género. Otro tipo de dibujos realizados por los sujetos de esta submuestra se relaciona a **objetos que implican dureza, solidez**, del mismo modo que, por su forma, hacen alusión indirecta a los genitales masculinos, pudiendo ser clasificados como objetos fálicos, ejemplo de estos objetos son **árboles, bates, palos**, etcétera; siguiendo de este modo la tendencia de los dibujos anteriores, de una manera más marcada; al explicarlos los sujetos refieren: *“Hay que ser duro...”, “Un hombre debe ser firme, resistir cuando sea necesario...”*. Otros dibujos, menos frecuentes, representan el **signo ideográfico del sexo masculino**, o **un grupo con un líder al frente** (del que se explica que es el guía), así como una mano (*“Para hacer cosas” –refiere el sujeto-*) en un caso; todos estos dibujos claramente apoyan los resultados descritos hasta aquí en este análisis.

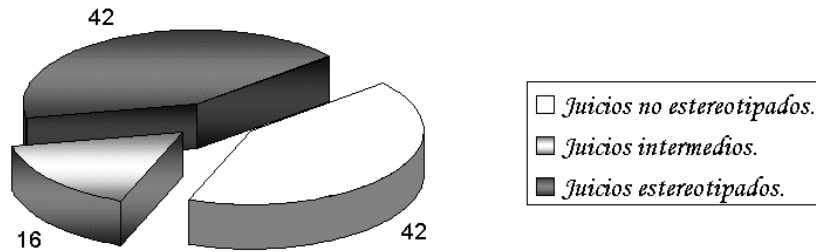
6.2 Jóvenes.

6.2.1 Subjetivación de los roles de género.

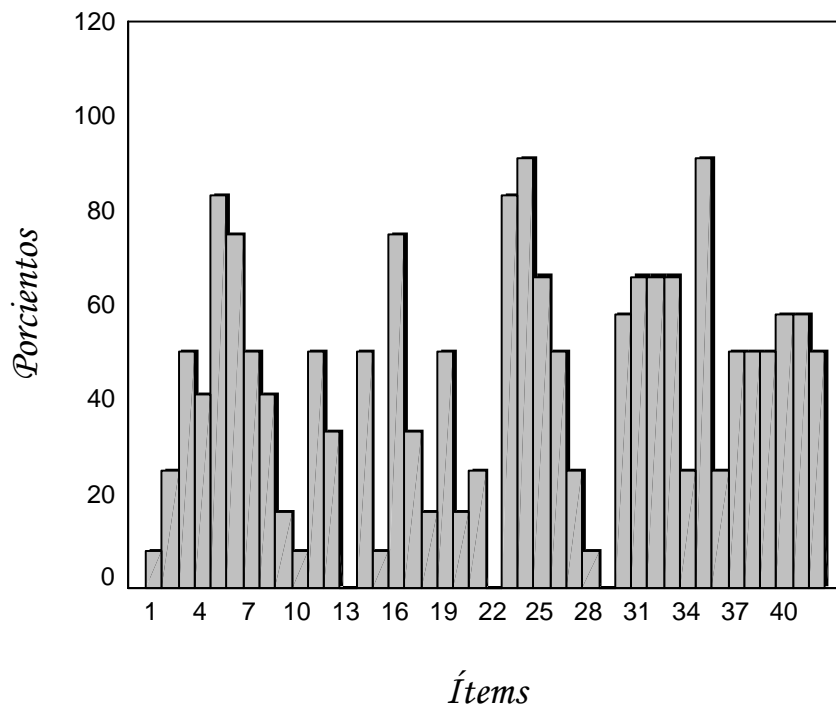
A modo general se observa una tendencia en los sujetos de esta submuestra a una asunción y asignación no tradicional de los roles de género. Seguido lo anterior de un alto índice de sujetos que presentan indicadores de una asunción y asignación tradicional de los roles de género; quedando desplazados a los extremos el grueso de los juicios u argumentos expresados a modo general por los sujetos, referidos a su subjetivación de los roles de género, dejando para la posición intermedia un número comparativamente inferior. Las producciones de los sujetos en general se mostraron bastante disímiles en cuanto a elaboración personal; encontrándose tanto casos en los que se percibe gran rigidez, estereotipia, especialmente marcada por la presencia de prejuicios varios; como, constituyendo estos casos últimos la mayor parte de la submuestra, producciones de gran nivel de elaboración y originalidad, que tienden a desprenderse de las posturas tradicionales respecto al género, en muchos casos a adoptar verdaderas posiciones de ruptura con la tradición, en otros salvaguardando algo de esta mediante una posición moderada.

Al analizar los resultados del **Cuestionario de Mitos y Estereotipos** para esta submuestra, encontramos que el **42 %** presenta juicios no estereotipados, acercándose a una asunción y asignación no tradicional de los roles de género; mientras otro **42 %** presenta juicios estereotipados, acercándose a una asunción y asignación tradicional de los roles de género; y un **16 %** presenta un nivel de estereotipia intermedio, acercándose a una asunción y asignación transicional de los roles de género.

Porcientos según el Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Jóvenes.



Porcientos por ítem en el Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Jóvenes.



Entre los **estereotipos más presentes** en esta submuestra, están los de **liderazgo o dominancia** (ítems 35 *“Un hombre debe saber dirigir a las personas que dependen de él, y ser disciplinado con aquellos que tienen autoridad sobre él”*, vinculado también a la cualidad atribuida tradicionalmente al sexo masculino, respecto a la conformación de jerarquías, con un 91 % de respuestas positivas; 19 *“Los hombres deben tener el control en la pareja”*, con un 50 %, referido a la dominancia del hombre en la pareja; 32 *“Un hombre debe ser activo y tomar las decisiones”*, con un 66%). Otros estereotipos muy recurrentes fueron los referidos a **la efectividad y el éxito** (ítems 5 *“Un hombre busca siempre hacer bien las cosas”*, con un 83 %, 33 *“Un hombre exitoso en lo que se propone es más respetado y considerado como hombre”*, con un 66 %). Así mismo, encontramos como recurrentes estereotipos relacionados al **rol masculino de proveedor de seguridad y protección** (ítems 24 *“Un verdadero hombre protege, defiende y le da seguridad a la mujer de que nada le pasara a su lado”*, con un 91 %, y 7 *“El hombre es el sostén y el apoyo de la mujer”*, con un 50 %). El estereotipo de la **necesidad de la demostración de la virilidad en aras de que esta sea reconocida por el otro**, se ve presente también aquí (ítems 6 *“El hombre siempre debe demostrar que es macho, un hombre de verdad, para que se le respete y se le tenga en cuenta”*, con un 75 %, y 16 *“Un hombre verdaderamente hombre lo demuestra en todo momento”*, 75 % también).

Entre los **estereotipos más rechazados** por los sujetos en el **Cuestionario de Mitos y Estereotipos**; se encuentran algunos referidos a la **dominancia**, referida a la **pareja** (ítems 1 *“Las decisiones en la pareja deben ser tomadas por el hombre”*, con un 8 % de respuestas positivas, y 18 *“El hombre debe ser dominante y exigente”*, con un 16 %); a la **fuerza** como rasgo masculino (ítem 28 *“Un hombre que no resiste la bebida es un flojo”*, con un 8 %); la **seguridad** como rasgo masculino (ítem 10 *“El hombre, a diferencia de la mujer, sabe lo que quiere y siempre está seguro de sí”*, con un 8 %); la **agresividad** (ítems 13 *“Los hombres son naturalmente agresivos”*, con un 0 %, y 22 *“Los hombres tienen que darse a respetar, si es necesario, de manera agresiva”*, con un 0 % también); el **miedo** como sentimiento no apropiado para un hombre (ítem 29 *“Un hombre verdaderamente hombre no debe sentir miedo”*, con un 0 %).

En los resultados del **Completamiento de Frases** se puede percibir, para esta submuestra, la manera significativa en que un número elevado de sujetos presentan argumentos que apuntan a una asunción y asignación no tradicional de los roles de género; así como otro número, menor pero no obstante elevado, de sujetos con argumentos que

apuntan a una asunción y asignación tradicional de los roles de género. No obstante lo anterior, la aparición de argumentos intermedios, así como la coincidencia en muchos sujetos de argumentos tradicionales con otros no tradicionales, indican un gran porcentaje de posiciones relacionadas a una asunción y asignación transicional de los roles de género. Los **argumentos no tradicionales**, siendo más frecuentes en los sujetos de esta submuestra que los de tipo tradicional, no los sobrepasan por mucho. Entre los más frecuentes están algunos bastante elocuentes, que hacen referencia a una **posición de ruptura con respecto al modelo tradicional**, como lo muestran frases como *“Los hombres deben ser lo que realmente son y no ser víctimas de estereotipos y prejuicios sociales”*, *“Un hombre verdaderamente hombre no debe estarlo gritando a los cuatro vientos”*. Otros muestran directamente la **crisis** en que se encuentra el modelo tradicional, y la **significación personal**, así como el **costo** que esta le presenta a los sujetos dada la contradictoriedad que implica en la sociedad, tal y cual existe en la actualidad, ejemplo es la frase *“Yo, como hombre, entiendo la idea de la sociedad ideal para el hombre y la mujer, pero mientras viva en esta, tendré que guiarme por sus preceptos”*. Así como frases que aluden directamente a la **necesidad de cambios** como en la frase *“Los verdaderos hombres no debemos encontrarle manchas al sol, sino ver las nuestras y borrarlas cada día”*. Otras frases hacen reconocimiento de la **libertad sexual de la mujer**, como: *“La mujer en el sexo tiene que ser suelta, emplearse a fondo para que el sexo sea más activo”*. Por demás, prima sobre todo una postura no tradicional con respecto a aspectos de tipo económico, en relación a lo cual se aboga por un **manejo compartido de los gastos** en lugar del tradicional rol de proveedor del hombre, como lo muestran frases como *“Los gastos en la casa deben ser llevados a cabo de conjunto por ambos miembros de la pareja”*, *“Los gastos de la casa deben ser llevados por todos”*. Algunos sujetos llegan a referirse a la necesaria **independencia de la mujer como persona** (*“Cuando yo le falte a mi mujer que sea independiente, que trate de rehacer su vida”*), así como al reconocimiento del valor de la **mujer en el área laboral** (*“En el trabajo la mujer debe tener las mismas posibilidades que los hombres, porque tiene la misma capacidad para salir adelante que ellos”*, *“En el trabajo la mujer es capaz de desempeñar cualquier función”*). Al analizar los **argumentos de tipo tradicional**, encontramos cómo se relaciona la masculinidad de modo general a atributos como **fuerza, respeto, autocontrol, voluntad, éxito, valentía, seguridad, responsabilidad**; emergiendo frases como: *“La masculinidad para mí es fortaleza”*, *“Los verdaderos hombres no lloramos”*, *“Los verdaderos hombres no deben llorar ni dejarse intimidar”*, *“Los hombres somos el*

sexo fuerte”, *“Los hombres hay que respetarlos”*. Muy relacionado a esto, algunas frases, coincidiendo en una parte de los sujetos, hacen referencia a la **sensibilidad y la inseguridad como fallas importantes en un hombre**, como lo expresan frases como *“Los hombres no podemos tener un carácter suave, porque si lo tenemos nos pasa un tren por arriba”*, *“Un hombre sensible es sentimental y mal visto”*, *“Un hombre sensible es a veces flojo”*. Emerge en una parte de los sujetos también el estereotipo de la **igualdad entre el género y el sexo biológico**, con frases como *“Para mí la masculinidad es la expresión de las hormonas segregadas por los escrotos”*. El **rol de protector o proveedor de seguridad y protección del hombre para con la familia y especialmente la mujer**, resulta recurrentemente referido; relacionado a esto emergen frases como *“Los hombres deben darle seguridad a la mujer”*, *“Las mujeres lo que necesitan es un hombre al lado que las ayude”*. Otras frases hacen referencia indirecta al estereotipo de la **igualación de masculinidad a heterosexualidad masculina**, y su implicación en términos de **homofobia**, ejemplo de ello son es las frases *“Un hombre verdaderamente masculino no andaría cayendo en preferencias femeninas”*, *“Los verdaderos hombres no tienen relaciones homosexuales”*. En una parte importante de los sujetos encontramos la confluencia de argumentos tradicionales y no tradicionales, esto nos lleva a clasificar como transicional su subjetivación de los roles de género, no obstante haya un porcentaje importante de sujetos cuyos resultados apuntaron a una asunción y asignación no tradicional de los roles de género, así como otro, algo menor, correspondiente a una tradicional. De todos modos, algunas frases refieren argumentos que por sí mismos muestran una posición **transicional** de los sujetos que los plantean, por la indefinición de sus planteamientos. Así, muchos se refieren a la necesidad de que los hombres **“ayuden” o “cooperen” en las labores del hogar**; mostrando la voluntad de implicarse en estas tareas, pero no al nivel de asumirlas como propias, tal es el caso de frases como *“En la casa los hombres ayudamos un poco si hace falta”*. Otras refieren la aceptación de rasgos como la **sensibilidad** en los hombres como algo que no es necesariamente negativo, sin llegar a asumirla como una cualidad positiva, ejemplo es la frase *“Un hombre sensible no tiene porqué ser débil”*, *“Un hombre sensible submuestra más fácilmente sus sentimientos por las cosas que le rodean”*.

En el caso de las profesiones propuestas para un niño o una niña, en la **Asociación de Ideas**, nuevamente se hacen notar las enormes transformaciones que ha experimentado nuestro país en el campo de la educación a lo largo de los años; mostrándose nuevamente,

para esta submuestra, en esta pregunta, un índice significativamente alto de indicadores de una asunción y asignación no tradicional de los roles de género, en la mayor parte de los sujetos. Es así como, sobretodo vinculado a disciplinas humanísticas o de la rama de la salud, se proponen para ambos sexos: *filosofía, historia, psicología, lenguas extranjeras, médico*. En otros casos las propuestas trascienden a carreras más técnicas o a actividades vinculadas a puestos de dominancia en la vida laboral (*ingeniería, administración, gerente*). No obstante, en otros sujetos la tendencia es mayormente asociada a una asunción y asignación tradicional de los roles de género, asignando a cada sexo profesiones tradicionalmente caracterizadas como masculinas o como femeninas, es el caso de, para los varones, *deportes, carpintero, policía ciencias duras, marinero, pelotero, técnico*; para las hembras, *maestra, bailarina, enfermera, ciencias sociales, lenguas*. Un número regular de sujetos ofrece ambos tipos de asociaciones, acercándose a una asunción y asignación transicional de los roles de género.

En la pregunta seis de la **Asociación de Ideas**, se aprecia toda una gama de respuestas, desde posiciones diferentes, predominando la postura no tradicional. Así, emergen gran cantidad de respuestas. Una gran parte de los sujetos refieren como un logro la **libertad individual asignada tradicionalmente como atributo masculino**, ejemplo: *“De todo”, “Tener más libertad”, “Soy libre”*. Otro logro referido por gran parte de los sujetos vinculan la masculinidad y los logros de la misma al terreno de la **sexualidad y la pareja**, desde la perspectiva de asociar masculinidad a heterosexualidad masculina, ejemplo: *“Estar con mujeres”*. Emergen también alusiones a la **iniciativa sexual y en la pareja, en general a la libertad sexual**, ejemplo: *“Poder ir a visitar a la pareja y no tener que esperar a que ella venga a buscarme a mí”, “Enamorar a las mujeres”*. También emergen logros vinculados a la **dominancia, la fuerza y el alto desempeño masculinos**, ejemplo: *“Capacidad para salir y enfrentar situaciones difíciles”, “Trabajar en trabajos más fuertes”, “Ser el cabeza de familia”, “Que siempre me tomen en cuenta”*. En lo relacionado a la proposición b), se encuentra en una gran parte de los sujetos **evasiones** a este ítem, expresadas directamente (*“Nada”, “No he pasado por eso nunca”*), tanto como dejando el ítem sin contestar y resistiéndose a hacerlo. Por otro lado, en una gran cantidad de sujetos se aprecian referencias al deseo de tener la **libertad social de expresar más abiertamente emociones y sentimientos**, así como **aceptar la debilidad o la ineficacia en caso de existir** sin coacción, ejemplo: *“Llorar a veces”, “Decir lo que siento”*. En cuanto a la proposición c), emerge curiosamente un cúmulo de

resultados que ofrece mucho mayor peso a una postura no tradicional al respecto. Entre los argumentos más tradicionales, se encuentran referencias a la **dificultad de los trabajos masculinos**, para los cuales es necesario un nivel alto de esfuerzo, ejemplo de esto: *“Hacer trabajos forzados”*. Por otro lado, posiciones inclinadas a una perspectiva no tradicional hacen referencia al **excesivo autocontrol emocional, el liderazgo y dominancia en la familia y la necesidad de aparentar fuerza como obstáculos desagradables** (*“Parecer duro y fuerte”, “Ser dominante”, “No demostrar algunos sentimientos”*). Se hace referencia también en este caso a la **obligación de tomar la iniciativa en situaciones difíciles y a la valentía** (*“Aparentar que no tengo miedo”, “Tomar las iniciativa”*). En el caso del ítem d), la evasión de los sujetos se elevó casi a una totalidad, dejando a un lado un número menor de sujetos que se refirieron a las **labores del hogar** en este ítem.

6.2.2 Identidad de género.

De forma general y de manera predominante, se observa en los sujetos de esta submuestra una tendencia a presentar identidades de género construidas sobre bases no tradicionales, matizada por una tendencia a emplear en sus producciones en los instrumentos asociados a esta categoría un nivel elevado de elaboración personal y originalidad, revelando un alejamiento de las posturas tradicionales respecto al género y a la identidad masculina tradicional. No obstante, un número significativo de sujetos permanece con un nivel elevado de estereotipia en sus producciones y se observa la aparición frecuente de prejuicios, asociado esto directamente a la asunción por estos sujetos de identidades de género construidas sobre bases marcadamente tradicionales. De modo general, se considera que en esta submuestra, en este análisis, no encontramos un contraste suficientemente significativo entre el número o parte de los sujetos que a ella pertenecen y asumen identidades de género de base no tradicional, y el número, menor, de sujetos que asumen identidades de género de base tradicional.

Al analizar los resultados producidos por los sujetos de esta submuestra para la **Asociación de Ideas**; es reconocible en primera instancia un alto nivel de tradicionalismo en comparación con lo emergido de los resultados de los instrumentos anteriores en los ítems iniciales, vinculados asociaciones de palabras, no obstante estar esto matizado por una elaboración y variedad de argumentos mayor que entre los sujetos adultos. De este

modo, asociadas a la idea de masculinidad, emergen palabras asociadas a la **igualación de masculinidad a sexo biológico masculino**, a **heterosexualidad masculina** e indirectamente a **fuerza y firmeza**, todo esto matizado igualmente por los estereotipos sexuales tradicionales de la cultura latina; así, emergen palabras como *macho, varón, hombre, hombría*. Por otra parte, se hicieron múltiples asociaciones de masculinidad con rasgos como la **seguridad (seguridad, decisión)**, **el éxito y la dominancia (éxito, poder, líder, apoyo, pantalón)**, así como a **atributos externos** considerados claves en la masculinidad de modo tradicional (*voz grave, músculos*). No obstante, se llevan a cabo asociaciones que apuntan a posiciones no tradicionales en un número importante, mayoritario, de sujetos en esta muestra. Un ejemplo de esto son casos en que la idea de masculinidad es vinculada a palabras que hacen alusión indirecta a aspectos como la **afectividad y la emocionalidad**, así como a cualidades **comportamentales consideradas tradicionalmente femeninas (flexibilidad, confianza, gracia, agradable)**.

En apoyo de lo anteriormente dicho, numerosas asociaciones a la idea de masculinidad acuden a representaciones de **fuerza, agresividad, dureza, solidez**, y una gran parte de los sujetos, la mayoría, produce como resultados para la asociación con la idea de masculinidad, los nombres de **animales agresivos, considerados peligrosos**, siendo los más frecuentes *león, oso, escorpión, lobo, águila*, entre otros. En otros casos también muy frecuentes, los sujetos producen para la masculinidad, nombres de **animales briosos, resistentes**, ejemplo: *caballo, buey, elefante*. En el caso de los nombres de plantas, por su lado, los nombres asociados pertenecen a árboles **frondosos, firmes, sólidos**, ejemplo de ello: *ceiba, cedro, roble, palma, pino, álamo, almendro*.

Es de notar por su parte la forma en que la mayoría de las palabras asociadas por la mayor parte de los sujetos a la idea de feminidad, son palabras que asocian **feminidad al sexo biológico**, así como al **rol genérico tradicional femenino**, emergiendo palabras como *hembra, mujer*, entre otras. Así como palabras que asocian de manera recurrente la feminidad a aspectos relacionados a la **apariencia física femenina (linda, hermosa, gracia)**, así como asociando todo lo anterior al **rol emocional tradicional de la mujer dentro de la pareja (amor, pasión)**, así como el correspondiente **rol sexual (olor, labios)**. Emergen también asociaciones vinculando feminidad a rasgos como **afectividad, emocionalidad y comunicación**, así como, por esta vía, a **fragilidad**, como lo muestran palabras como *dulzura sensibilidad, sentimental, ternura, delicadeza, cariñosa*; así como a la **maternidad (madre)**. Así como nombres de **animales pacíficos, frágiles, mansos**,

muchos de ellos vinculados a la idea de belleza física o sensualidad, ejemplo de ello: *mariposa, cisne, gacela, paloma, gata*; y nombres de **plantas frágiles, que se destacan más por la belleza de forma o color**, principalmente flores, ejemplo: *rosa, gladiolo, mariposa, orquídea, helecho*, entre otras muchas. Todo lo cual, habla de una identidad, asignada al sexo femenino, marcadamente tradicional, y una dicotomía sexual que se expresa en el contraste entre la identidad masculina asumida y la percepción de la identidad femenina, que es asignada; fenómeno característico de las concepciones patriarcales tradicionales del género.

En un número importante de casos, se asocian a la **masculinidad** nombres de plantas tradicionalmente consideradas femeninas, lo que apunta a una posición menos tradicional (*tulipán, marpacífico, lirio*).

En las asociaciones referidas a los nombres de objetos, predomina nuevamente la tendencia a mostrar indicadores tanto de la asunción identidades de base tradicional, como su asignación. Se asocian a la idea de **masculinidad** nombres de **objetos habitualmente asociados al uso masculino**, ejemplo: herramientas como *martillo*, objetos vinculados a la violencia, aunque pueden también ser considerados herramientas, como *machete, cuchillo*, de vestir, como *cinto, pantalón, camisa* o de otros usos, como *bate, llavero*. En el caso de la **feminidad, objetos usados típicamente en labores tradicionalmente asociadas a las mujeres** como *aguja, hilo, plancha, prendas de vestir femeninas* como *saya, ajustador, de tocador* como *cepillo, lápiz labial, perfume*.

Del mismo modo, al darle como consigna a los sujetos decir tres tipos de regalos que le harían a un niño o a una niña, vemos cómo, siendo la mayoría de los regalos juguetes, estos son fácilmente clasificables en la mayor parte de los casos en “masculinos” o “femeninos”, ejemplo de ello es cómo en el caso de los niños varones se proponen juguetes que implican **actividad física intensa en exteriores, o tienen implicaciones violentas** (*pelota, guante de pelota, bate, pistola, balón de football, bicicleta*), así como **imitaciones de tareas adultas consideradas masculinas** (*juego de carpintería*); en el caso de las hembras, se propone regalar juguetes que implican **actividad mayormente en interiores, menos física y libre**, ejemplo de ello son *juego de cocina, muñeca* (que implica una imitación del rol adulto femenino de la maternidad), *peluche, lápices de colores*, así como **regalos que tradicionalmente se hacen a las mujeres adultas** (*bombones, aretes, hebilla, vestido, dulces*).

Un mayor número de sujetos, por otro lado, propone regalos menos clasificables por sexo en muchos casos, para ambos sexos, ejemplo: *libros, ropa, poemario, instrumento musical*.

En la quinta pregunta de la **Asociación de Ideas**, donde se le pide a los sujetos completar frases inconclusas que ponen ante sus ojos de manera breve algunos aspectos álgidos relacionados a la identidad de género, los resultados se muestran bastante . La mayoría de los sujetos de esta submuestra adopta una postura tradicional, brindando respuestas que relacionan la masculinidad estrechamente a rasgos o condiciones como **fuerza de carácter, seguridad, responsabilidad, libertad, heterosexualidad masculina**, ejemplo: *“Yo, como hombre, me gustan las mujeres”, “Yo, como hombre, soy seguro de mí”, “Yo, como hombre, puedo hacer cosas que para una mujer son imposibles, observo la vida de una forma más fuerte, seria, con menos temor”, “Me siento feliz de ser hombre porque me gustan mucho las mujeres, me respetan solo por el hecho de serlo”*. En la tercera frase, se hace referencia en la mayor parte de los sujetos a un nivel alto de **esfuerzo** al nivel físico, sobretodo vinculado al trabajo, en estrecha relación con el **estereotipo de la fuerza como rasgo masculino**, ejemplo: *“El costo de ser hombre es ser esclavo del trabajo”, “El costo de ser hombre me obliga a hacer trabajos fuertes”*. Por último, en gran parte de los sujetos de esta submuestra se percibe una tendencia a **evadir la cuarta frase**, con respuestas como: *“No sé, no lo he pensado”, “No sé, no he estado nunca en esa posición”*. Esta imposibilidad de ponerse en el lugar del otro sexo habla claramente de la rigidez de la identidad y los roles de género asumidos y asignados por muchos de estos sujetos, así como de su tradicionalismo. Una gran parte de los sujetos, por su parte, abogan por la libertad personal femenina en este ítem, ejemplo: *“Si fuera mujer lucharía más por mis derechos y no dejaría que nadie me subestimara”, “Si fuera mujer no me dejaría imponer los deseos de nadie”*.

Los **dibujos** producidos por los sujetos de esta submuestra muestran una variedad y un nivel de elaboración especial en comparación con los producidos por los de la submuestra anterior, lo que habla, de un autoconocimiento superior en materia de género asumido, así como mayor apertura a los temas asociados al género de modo global, lo cual de por sí ya apunta a una identidad de género construida sobre bases más flexibles, así como una mayor reflexividad en cuanto a la subjetivación de los roles de género. Algunos de los dibujos producidos por estos sujetos continúan con una visión tradicional de la masculinidad y el género, y representan **objetos que implican fuerza, poder** físicos,

ejemplo: *pesas* (de hacer ejercicios), *puños*; los cuales muestran reforzamiento de los trazos, así como relleno, indicando gran tensión y energía física implicada; al explicar sus dibujos hablan con sus propias palabras de la fuerza, la potencia como esencia del hombre. Otro tipo de dibujos muy asociado a lo anterior, representa **objetos sólidos, duros, algunos de gran tamaño, otros de tipo fálico** (ejemplo: *pedra, montaña, edificio, árbol, faro*), al explicar sus dibujos las explicaciones son de las más variadas (ejemplo: *“Un faro fundamentado sobre la roca que brinda luz y avisa de la presencia de un puerto seguro”, “Un edificio mostrando la fuerza que deben tener los hombres, alto, como buscando alcanzar el cielo”*), pero todas hacen referencia directa o indirecta a ideas de seguridad, fuerza, resistencia. Sin embargo, un número muy importante de sujetos de esta submuestra produjo dibujos que apuntan a posiciones no tradicionales. Ejemplos de lo anterior son dibujos con referencias directas a la existencia de **inconformidad o crisis respecto al modelo patriarcal de masculinidad**, ejemplos claros son dibujos de *dinosaurios*, respecto a uno de los cuales el sujeto explicó que a veces era evidente que muchas cosas eran caducas; otro sujeto, por poner un ejemplo más, dibujó *dos muñecos iguales, con la diferencia de que uno tenía rasgos de alegría y otro de enojo o tristeza*, explicó que era como tener las dos cosas dentro y no saber decidir. En la misma cuerda, otros sujetos hacen dibujos que expresan apertura, unidad con el mundo que les rodea, adaptación, armonía, y así lo explican, ejemplos de esto son dibujos de *planetas y satélites*, del *símbolo taoísta del ying y el yang*, así como otros que representan figuras humanas masculinas, que los sujetos refieren que son, verbigracia: *“...simplemente hombres, que viven en el mundo en armonía...”* Resultados que apoyan lo expuesto en el resto de este análisis.

6.3 Análisis comparativo parcial (adultos-jóvenes).

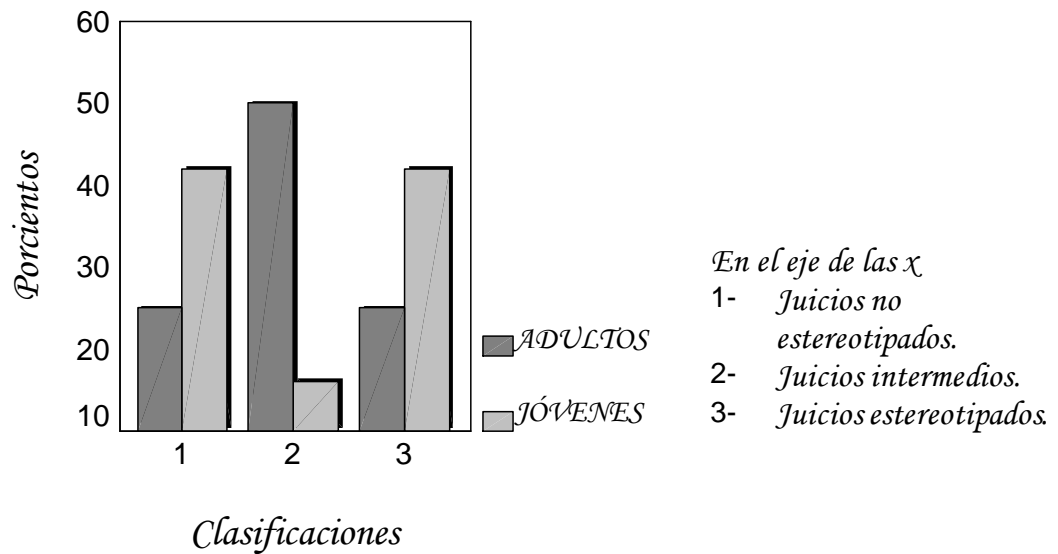
De manera general, **respecto a la subjetivación de los roles de género**, se nota una presencia significativamente superior de sujetos que presentan una asunción y asignación no tradicional de los roles de género en la submuestra de jóvenes de la muestra estudiada, con respecto a los pertenecientes a la submuestra de adultos. Esto apoyado por los resultados de las diferentes técnicas, especialmente el **Cuestionario de Mitos y Estereotipos** y el **Completamiento de Frases**.

Entre los resultados del **Cuestionario de Mitos y Estereotipos**, resulta interesante cómo, en el grupo de los adultos, el mayor porcentaje de los sujetos se ubica en la clasificación de los juicios intermedios, mientras entre los jóvenes, la mayor parte del grupo se repartió de manera pareja entre los extremos (juicios no estereotipados y juicios estereotipados). Este mismo comportamiento, menos marcado, se repite en el **Completamiento de Frases**. Lo que puede apuntar a una o dos interpretaciones.

La mayor radicalidad de los juicios de los sujetos del grupo de jóvenes, cuyos porcentajes se reparten mayormente entre los extremos de esta clasificación, con respecto a los de los sujetos del grupo de adultos, puede estar debiéndose a varios factores: uno podría ser la diferencia en el momento vital de los sujetos de una y otra submuestra (mientras los adultos están en una edad más reflexiva, filosófica –la madurez–, en que se juzga de manera más medida; el estadio del desarrollo de los jóvenes se caracteriza por una mayor, aunque no mucho menos reflexiva tendencia a juicios extremos). Por otro lado, no se puede descartar la posibilidad de un retroceso de los valores de género en los últimos años, dado el contexto histórico en que se desarrollan estos jóvenes –el período especial, con todas sus consecuencias, que incide en la familia y en el individuo a través de muchas vías, desde las económicas hasta las relacionadas a los cambios de valores resultantes de la nueva y mayor apertura de la nación, a partir del '90, al contacto con otros sistemas de creencias, antes menos asequibles, y también trastornados por los cambios históricos de los años noventa (recordar que la mayor parte de los estereotipos que se conservan, y que sobresalen entre estos sujetos, se relacionan a la efectividad, el éxito, la iniciativa, valores muy demandados al sujeto por esta nueva situación)–.

Resalta la coincidencia en la posición no tradicional, en esta submuestra, con respecto a los factores económicos y laborales, mostrando los sujetos, especialmente en el **Completamiento de Frases**, alusiones a la necesidad de compartir gastos en la pareja, así como reconociendo la participación de la mujer en el área laboral; aspectos explicables por las particularidades de nuestra nación y sus logros en estas esferas para la mujer, así como las particularidades de nuestra economía, que demanda del aporte de cada miembro a las economías familiares.

Porcientos por clasificaciones del Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Adultos-jóvenes.



Con respecto a la **identidad de género**, los resultados de esta comparación parecen apuntar a una tendencia mayor entre los sujetos jóvenes, a presentar identidades construidas sobre bases no tradicionales, con respecto a los sujetos adultos, en los que la tendencia es la contraria. Es de notar el modo en que existen muchos menos indicadores, a modo general, que apunten a bases no tradicionales de la identidad de género, que indicadores que apunten a una subjetivación de los roles de género no tradicional, lo cual apoya y confirma el hecho de que el cambio en general, que se pueda estar dando o haberse dado en los últimos años en cuanto al género, tiene mayor impacto en la subjetivación de los roles de género que el nivel identitario.

A modo general, la diferencia encontrada entre los sujetos adultos y los jóvenes apunta a la existencia de un avance generacional en materia de subjetivación de género. Esto expresado en la mayor tendencia de los sujetos jóvenes a posiciones menos tradicionales. Lo anterior puede tener su explicación en el hecho de que los sujetos adultos han nacido y se han formado, hasta un nivel determinado de madurez, con anterioridad al momento histórico del inicio de la Revolución Sexual, y por tanto a las transformaciones sociales, políticas, económicas y civiles desencadenadas por la misma, mientras que los sujetos jóvenes son nacidos y formados con al menos veinte años de posterioridad al inicio de tal fenómeno social, cuando muchas transformaciones, especialmente en nuestro país, ya estaban dadas y hasta cierto punto naturalizadas.

Es claro que las transformaciones de que se habla trascienden el terreno social, político, civil o económico, teniendo un impacto a corto o largo plazo en las subjetividades individuales. Pero este impacto, que aboca un cambio subjetivo, debe darse inicialmente en el nivel de la subjetivación de los roles de género para por esta vía, a través del ejercicio e interiorización de los roles, incidir en la naturaleza de la identidad personal. Este fenómeno, que es paulatino y no abrupto, lo podemos ver demostrado por los resultados mismos de esta investigación, que arrojan un cambio intergeneracional en mayor medida en cuanto a la subjetivación de los roles de género que en cuanto a la identidad de género. En nuestro país los cambios revolucionarios de comienzos de los años sesenta trajeron consigo de forma muy temprana la incorporación masiva de la mujer a la vida social y política, siéndole reivindicados de manera especial un número importante de derechos, lo que planteó la demanda de un cambio en las dinámicas familiares, laborales e interpersonales desde la conformación de un nuevo concepto de mujer, que implica indirectamente un nuevo concepto de hombre y de la relación existente entre éstos; siendo así tal cambio especialmente impulsado y demandado.

En estrecha relación con lo anterior, es de notar la manera en que los resultados de las submuestras de adultos y jóvenes, a pesar de las diferencias que revelan, guardan numerosas semejanzas, mostrando la existencia de muchos aspectos en común entre ellos, lo que implica que este cambio no sea completo, sino que se encuentre en proceso de ocurrir.

6.4 Obreros.

6.4.1 *Subjetivación de los roles de género.*

A modo general, de manera predominante, se observa una tendencia en los sujetos de esta submuestra a una asunción y asignación tradicional de los roles de género. Las producciones de los sujetos se mostraron predominantemente estereotipadas a modo general, emergiendo gran número de prejuicios tanto asociados a los roles de género masculinos, como asociados a los femeninos, en términos de asignación de roles de género.

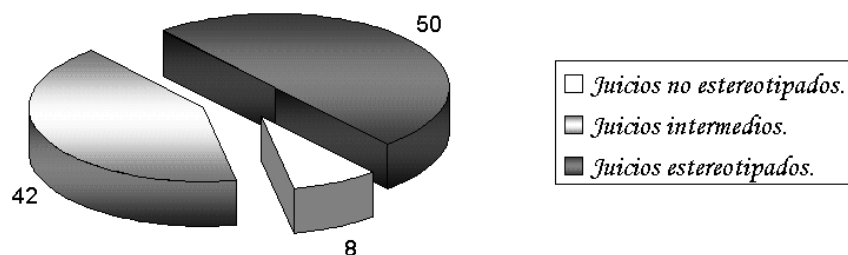
Cuando analizamos los resultados obtenidos mediante el instrumento del **Cuestionario de Mitos y Estereotipos** para esta submuestra, por ejemplo, encontramos de entrada que el **50 %** de los sujetos caen bajo la clasificación de juicios estereotipados, acercándose a una asunción y asignación tradicional de los roles de género; mientras el **42 %** presenta juicios intermedios, acercándose estos a una asunción y asignación transicional de los roles de género; quedando un **8 %** de los sujetos, que presentan juicios no estereotipados, que corresponderían a una asunción no tradicional de los roles de género.

Entre los **estereotipos más frecuentes en esta submuestra**, fueron encontrados los referidos al **liderazgo** y sobretodo la **dominancia** masculinos, asociados a diferentes esferas de la vida de los sujetos. Estos se muestran en ítems como el **32** (*“Un hombre debe ser activo y tomar las decisiones”*), con un **100 %** de respuestas positivas en esta submuestra; el ítem **23** (*“Los hombres no deben ser dominados por las mujeres”*), con un **100 %**, y el **12** (*“El hombre que obedece a lo que le dice una mujer es débil”*), con un **58 %**, estos dos referidos a la relación tradicional de jerarquía y poder del hombre sobre la mujer; así como el ítem **39** (*“En el hogar el hombre provee y dirige, la mujer, administra”*), referido a las jerarquías y relaciones de poder al interior del hogar, así como al rol de proveedor del hombre con respecto a este, con un **66 %** de respuestas positivas. Otros estereotipos frecuentes son los relacionados con la **fuerza física** (*ítems 41 “Los trabajos agotadores son mejor hechos por los hombres, porque son más resistentes”*, con un **83 %** de respuestas favorables, **30** *“El hombre está hecho para los trabajos fuertes, porque es fuerte por naturaleza”*, con un **75 %**). Los referidos a la **necesidad de la demostración de la virilidad, en busca del reconocimiento de esta**, (*ítems 6 “El hombre siempre debe demostrar que es macho, un hombre de verdad, para que se le respete y se le tenga en cuenta”*, con un **83 %**, y **16** *“Un hombre verdaderamente hombre lo*

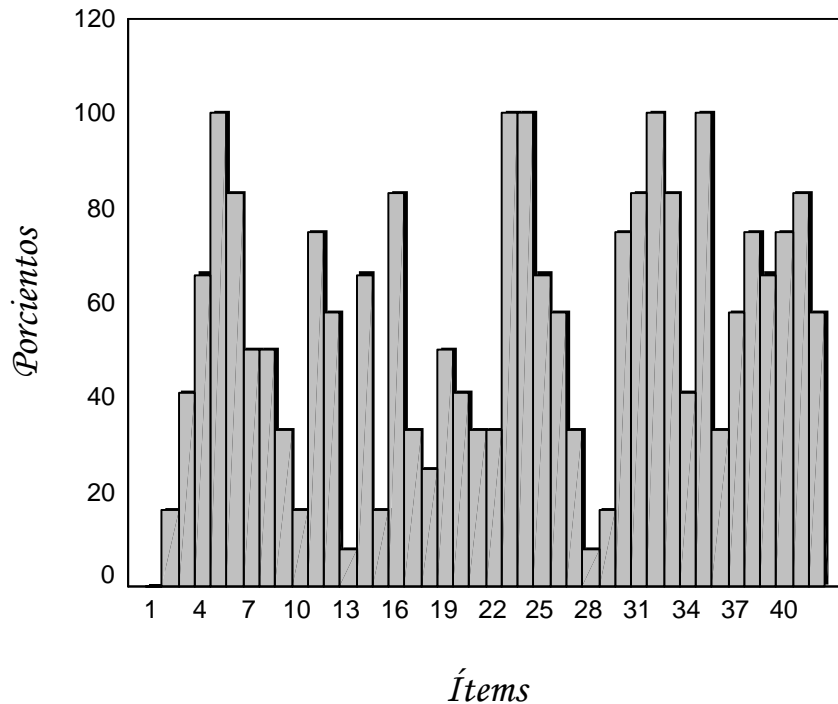
demuestra en todo momento”, con un 83 %). Los relacionados al éxito como cualidad masculina (ítem 33 “*Un hombre exitoso en lo que se propone es más respetado y considerado como hombre*”, con un 83 %, y 42 “*Un hombre de verdad tiene éxito en lo que se propone*”, con un 58 %). Los vinculados al rol masculino de proveedor de protección y seguridad (ítems 24 “*Un verdadero hombre protege, defiende y le da seguridad a la mujer de que nada le pasara a su lado*”, con un 100 %, y 7 “*El hombre es el sostén y el apoyo de la mujer*”, con un 50 %). Así como los relacionados a la efectividad (ítem 5 “*Un hombre busca siempre hacer bien las cosas*”, con un 100 %); la conformación de jerarquías (ítem 35 “*Un hombre debe saber dirigir a las personas que dependen de él, y ser disciplinado con aquellos que tienen autoridad sobre él*”, también con un 100 %; la iniciativa (ítem 31 “*Cuando hay que hacer algo, un hombre de verdad busca cómo hacerlo y toma la iniciativa*”, con un 83 %. El autocontrol y la imperturbabilidad emocional (ítem 11 “*Los hombres deben controlar sus sentimientos y evitar mostrarlos demasiado*”, con un 75 %.

Entre los estereotipos más rechazados por los sujetos en el Cuestionario de Mitos y Estereotipos; se encuentran algunos referidos a la **dominancia**, referida a la pareja (ítem 1 “*Las decisiones en la pareja deben ser tomadas por el hombre*”, con un 0 % de respuestas positivas); la **fuerza** como rasgo masculino (ítems 15 “*La naturaleza hizo a los hombres fuertes físicamente, el hombre que no es fuerte no es suficientemente masculino*”, con un 16 %, 28 “*Un hombre que no resiste la bebida es un flojo*”, con un 8 %); la **agresividad** (ítems 13 “*Los hombres son naturalmente agresivos*”, con un 8 %).

Porcientos según las clasificaciones del Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Obreros.



Porcientos por ítem en el Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Obreros.



En cuanto a los resultados del **Completamiento de Frases**, encontramos una prevalencia significativa de argumentos de tipo tradicional, que apuntan a una asunción y asignación tradicional de los roles de género, sobre los de tipo transicional o no tradicional; apuntando sin lugar a dudas a una prevalencia de una asunción y asignación tradicional de los roles de género entre los sujetos obreros; aunque también se encontraron argumentos de tipo transicional y, un poco más que estos, de tipo no tradicional. Así, emergen frases que asocian la masculinidad a rasgos como **fuerza, respeto, seguridad, dominancia, efectividad, responsabilidad, caballerosidad, autocontrol, voluntad, éxito, valentía, lucha, rectitud, trabajo**; como lo muestran frases como: *“Un hombre en Cuba hoy es luchador”, “Los hombres somos el sexo fuerte”, “Los verdaderos hombres no lloramos”, “Los hombres somos seguros de nosotros mismos”, “Los hombres tenemos éxito en lo que nos proponemos”,* entre otras. También encontramos una **igualación de masculinidad a heterosexualidad**, como lo muestran frases como *“Los verdaderos hombres no le gustan otros hombres”, “Un hombre verdaderamente masculino no caería en preferencias de mujeres”.* Así como frases referidas a la **necesidad de la demostración de la virilidad para que sea reconocida por los otros**, ejemplo: *“Yo como*

hombre, lo demuestro"; y otras, muy relacionadas a éstas, que aluden a la **sexualidad como terreno para tal demostración**, ejemplo: *"Yo, como hombre masculino, logro satisfacer siempre a la mujer en el sexo"*. Argumentos muy frecuentes fueron los relacionados al **rol de proveedor de seguridad y protección**, ejemplo: *"En el trabajo, la mujer, debe ser ayudada por el hombre"*, *"Las mujeres lo que necesitan es un hombre al lado que las ayude"*. Otras frases hacen referencia al rasgo de la **dominancia**, tanto en modo general, como asociado a la posición del hombre en el hogar, ejemplo: *"En la casa los hombres llevamos la voz cantante"*, *"En la casa los hombres debemos ayudar a la mujer y tener el control"*. Muchas hacen referencia a la **sensibilidad, así como a la inseguridad como fallas masculinas**, ejemplo: *"Un hombre sensible es flojo"*, *"Un hombre sensible debe controlar sus sentimientos y evitar demostrarlos"*, *"Un hombre inseguro le pasan el pie"*, *"Un hombre inseguro debe analizarse"*.

Respecto a las frases que apuntan a una asunción y asignación no tradicional de los roles de género, salta la vista la pobreza de los resultados en esta submuestra al respecto. Entre ellas encontramos principalmente frases referentes a la **colaboración económica** entre hombres y mujeres con respecto a los gastos del hogar, así como aquellas que hacen referencia al **reconocimiento del desempeño de la mujer en el área laboral**, ejemplo: *"Los gastos en la casa deben ser compartidos"*, *"Los gastos en la casa son de todos"*, *"En el trabajo la mujer es organizada y disciplinada"*, *"En el trabajo la mujer es capaz de desempeñar cualquier función"*. Otras frases muestran una tendencia de algunos sujetos a relativizar la importancia del sexo en las relaciones de pareja, como lo muestran frases como *"El sexo para mí, como hombre, es importante, pero no lo es todo"*; *mientras algunos sujetos mostraban a la sensibilidad masculina como una virtud*, *"Un hombre sensible sería bueno"*.

En el caso de las profesiones propuestas por los sujetos para un niño o una niña, en la **Asociación de Ideas**, nuevamente se hacen notar las enormes transformaciones que ha experimentado nuestro país en el campo de la educación a lo largo de los años; mostrándose nuevamente, para esta submuestra, en esta pregunta un índice alto de indicadores de una postura no tradicional, en gran parte de los sujetos. Así, se proponen para ambos sexos: *ingeniería, administración, gerente, músico, computación*. No obstante, en la mayor parte de los sujetos la tendencia es a una asunción y asignación tradicional de los roles de género, asignando a cada sexo profesiones tradicionalmente caracterizadas como masculinas o como femeninas, es el caso de, para los varones,

deportes, carpintero, policía ciencias duras, pelotero, técnico, militar; para las hembras *maestra, bailarina, enfermera, ciencias sociales, lenguas, comercio, oficinista*.

En el caso de la pregunta seis de la **Asociación de Ideas**, se aprecian resultados muy disímiles. De este modo, emergen gran cantidad de respuestas denotando una asunción y asignación tradicional de los roles de género. Una gran parte de los sujetos refieren como un logro **la libertad individual asignada tradicionalmente como atributo masculino** (“*De todo*”, “*Tener más libertad*”). Otro logro referido por gran parte de los sujetos vincula la masculinidad y los logros de la misma al terreno de la **sexualidad y la pareja, desde la perspectiva de asociar masculinidad a heterosexualidad masculina** (“*Querer a una mujer*”). Emergen también alusiones a la **iniciativa sexual y en la pareja, en general a la libertad sexual**, ejemplo: “*Enamorar a las mujeres*”. También emergen logros vinculados a la **dominancia, la fuerza y el alto desempeño masculinos**, ejemplo: “*Capacidad para salir y enfrentar situaciones difíciles*”, “*Que se me tome en cuenta*”. En lo relacionado a la proposición b), se encuentra en una gran parte de los sujetos **evasiones** a este ítem, expresadas directamente (“*Nada*”, “*Nada, estoy muy satisfecho*”), tanto como dejando el ítem sin contestar y resistiéndose a hacerlo. En cuanto a la proposición c), emergen entre los argumentos más tradicionales, referencias a la **dificultad de los trabajos masculinos**, para los cuales es necesario un nivel alto de **esfuerzo**, ejemplo de esto: “*Hacer trabajos forzados*”. En el caso del ítem d), el nivel de **evasión** de los sujetos se elevó casi a una totalidad, dejando a un lado un número menor de sujetos, que se refirieron a las **labores del hogar**.

6.4.2 Identidad de género.

De forma general se observa en los sujetos de esta submuestra una tendencia a presentar identidades de género construidas sobre bases tradicionales. Las producciones a modo general se ven frecuentemente matizadas por un nivel elevado de estereotipia y se observa la aparición frecuente de prejuicios, tanto en lo referido a la identidad masculina, asumida, que constituye el objeto principal de este análisis, como en lo referente a la identidad femenina asignada, en confluencia con lo anterior.

Al analizar los resultados producidos por los sujetos de esta submuestra para la **Asociación de Ideas**, salta a la vista un la presencia en la mayor parte de los sujetos de un alto nivel de tradicionalismo. Así, asociadas a la idea de masculinidad, emergen palabras

asociadas a la **igualación de masculinidad a sexo biológico masculino, a heterosexualidad masculina e indirectamente a fuerza y firmeza**, todo esto matizado, como ha sido observado en análisis anteriores, por los estereotipos sexuales tradicionales de la cultura latina; así, emergen palabras como *macho, varón, hombre, hombría, virilidad, masculino*. Por otra parte, se hicieron múltiples asociaciones de masculinidad con rasgos como la **seguridad, el éxito y la dominancia (éxito, seguridad, poder, líder, apoyo)**.

En confluencia con lo anteriormente dicho, numerosas asociaciones acuden a representaciones de **fuerza, agresividad, dureza, solidez**, y la mayor parte de los sujetos de esta submuestra produce como asociaciones con la idea de masculinidad, los nombres de **animales agresivos o peligrosos**, siendo los más frecuentes *león, oso, escorpión, lobo, tigre, perro*, entre otros. En otros casos también muy frecuentes, los sujetos producen para la masculinidad, nombres de **animales briosos, resistentes**, ejemplo: *caballo, buey, elefante*; así como, en el caso de los nombres de plantas, otros pertenecientes a **árboles frondosos, firmes, sólidos**, ejemplo de ello: *ceiba, cedro, roble, palma, mango, ciguaraya*.

En cambio, se hace notar el modo en que la mayoría de las palabras asociadas por la mayor parte de los sujetos a la idea de feminidad, son palabras que asocian feminidad al **sexo biológico**, así como al **rol genérico tradicional femenino**, emergiendo palabras como *hembra, mujer*, entre otras. Por otra se aprecian palabras que asocian de manera recurrente la feminidad a aspectos relacionados a la apariencia física y al rol sexual tradicional femenino (*linda, hermosa, gracia, sexy*), así como asociando todo lo anterior al **rol emocional tradicional de la mujer dentro de la pareja (amor, pasión)**. Emergen también asociaciones vinculando feminidad a rasgos como **afectividad, emocionalidad y comunicación**, así como, por esta vía, a **fragilidad (dulzura, sensibilidad, ternura, delicadeza, afectuosa)**; así como a la **maternidad (madre)**. Así como nombres de **animales pacíficos, frágiles, mansos**, muchos de ellos **vinculados a la idea de belleza física o sensualidad**, ejemplo: *mariposa, cisne, paloma, cebra, gata*; en el caso de los de plantas, los de plantas frágiles, que se destacan más por su belleza, principalmente flores, ejemplo: *rosa, gladiolo, mariposa, helecho, jazmín, clavel*, entre otras. Lo cual, apoyando lo mostrado en el párrafo anterior, habla de la identidad, marcadamente tradicional, asignada al sexo femenino, y la dicotomía sexual que se expresa en el contraste entre la

identidad masculina asumida, y la percepción de la identidad femenina, que es asignada; fenómeno característico de las concepciones patriarcales tradicionales del género.

Otro modo en que en este instrumento se ve reflejada esta tendencia a asumir y asignar identidades de género de base tradicional, es mediante las asociaciones que se hacen entre las ideas de masculinidad y la feminidad y nombres de objetos. De este modo, se asocian a la idea de **masculinidad** nombres de objetos habitualmente asociados al uso masculino, ejemplo: herramientas como *martillo, cincel, segueta*, objetos vinculados a la violencia, aunque pueden también ser considerados herramientas, como *machete, cuchillo*, de vestir, como *cinto, pantalón, camisa* o de otros husos, como *bate*. En el caso de la feminidad, objetos usados típicamente en labores tradicionalmente asociadas a las mujeres como *aguja, hilo, plancha*, prendas de vestir femeninas como *saya, ajustador*, de tocador como *cepillo, lápiz labial*.

Del mismo modo, al darle como consigna a los sujetos decir tres tipos de regalos que le harían a un niño o a una niña, siendo la mayoría de los regalos juguetes, estos son fácilmente clasificables en la mayor parte de los casos en “masculinos” o “femeninos”. Así, en el caso de los niños varones se proponen juguetes que implican **actividad física intensa en exteriores, o tienen implicaciones violentas** (*pelota, guante de pelota, bate, cañón de juguete, balón de football, bicicleta*); en el caso de las hembras, se proponen juguetes que implican **actividad mayormente en interiores, menos física y abierta**, ejemplo de ello, *muñeca* (que implica una imitación del rol adulto femenino de la maternidad), así como regalos que tradicionalmente se hacen a las mujeres adultas (*aretes, hebilla, vestido, dulces*). Muchos sujetos, por otro lado, proponen regalos menos clasificables por sexo y para ambos, ejemplo: *libros, dulce*.

En la quinta pregunta de la **Asociación de Ideas**, donde se le pide a los sujetos completar frases inconclusas que ponen ante sus ojos de manera breve algunos aspectos álgidos relacionados a la identidad de género, los resultados se muestran divididos y bastante pobres. Una parte importante de los sujetos adopta una postura tradicional, brindando respuestas que relacionan la masculinidad estrechamente a rasgos o condiciones como **seguridad y heterosexualidad masculina**, (“*Yo, como hombre, me gustan las mujeres*”, “*Yo, como hombre, soy seguro de mí*”); también se le concede especial importancia al **éxito** como atributo masculino, (ejemplo: “*Yo, como hombre, debo enfrentarme cada día para enfrentar la vida con éxito*”). En relación a la segunda frase, se observa un nivel alto de **evasión**, expresado en tachaduras y negaciones a llenar este

ítem; en otros casos se encuentran respuestas que vinculan estrechamente masculinidad a una **relación muy estrecha entre libertad individual y masculinidad**, ejemplo: *“Me siento feliz de ser hombre porque hago lo que quiero sin muchos problemas”*. En la tercera frase, se hace referencia en la mayor parte de los sujetos a un nivel alto de **esfuerzo al nivel físico**, sobretodo vinculado al trabajo, en estrecha relación con el **estereotipo de la fuerza como rasgo masculino**, ejemplo: *“El costo de ser hombre me obliga a hacer trabajos fuertes”*; así como de modo general (*“El costo de ser hombre es sacrificio”*). Por último, en gran parte de los sujetos de esta submuestra se percibe una tendencia a **evadir** la cuarta frase, con respuestas como: *“No sé, no lo he pensado”*. Esta imposibilidad de ponerse en el lugar del otro sexo habla claramente de la rigidez de la identidad y los roles de género asumidos y asignados por estos sujetos, así como de su tradicionalismo.

En el análisis de los **dibujos** producidos por la submuestra de obreros encontramos una variedad de datos que nos llevan a considerar un predominio en esta submuestra de sujetos con una tendencia a identidades de género fundamentadas sobre bases tradicionales patriarcales, así como a una asunción y asignación tradicional de los roles de género. Entre los dibujos con un marcado matiz tradicional, se pueden enmarcar algunos que hacen referencia directamente a las ideas de **fuerza, dureza, resistencia**, llegando algunos a poder tener una interpretación sexual, al poder ser clasificados como símbolos fálicos, ejemplo: *árboles, montañas, piedras*; como explicaciones asociadas a estos dibujos se hace referencia a la necesidad de los hombres de ser duros, de resistir, de ser firmes, es curioso cómo algunos de estos árboles muestran sus raíces, lo que ofrece, en aparente contradicción, indicadores de inseguridad inconsciente, más significativa si se considera el motivo y el contenido de los dibujos. Entre otros casos, encontramos dibujos que representan la **clásica estructura familiar de padre, madre e hijos**, en muchos casos con indicadores que ponen un **énfasis en la figura masculina**, ya sea dibujándola de un tamaño significativamente superior al resto de las figuras, ya sea dibujándoles cabezas de mayor tamaño que las de las demás figuras de los mismos dibujos, o poniendo sobre ellas objetos como sombreros, así como poniendo mayor detalle a sus formas y rasgos; las figuras masculinas son dibujadas primero y a la izquierda de la hoja; como explicación de los dibujos se acude a las fórmulas tradicionales al estilo de *“Yo y mi familia... mi mujer y mi hijo... junto a mi casa...”*. En otros casos se dibujan **grupos, en los que se distingue una figura de las otras y se dice de ella que es “el líder”** o “el guía”, haciendo referencia a la idea del **liderazgo y la dominancia**, o se dibujan **manos**, haciendo referencia a la

necesidad de “trabajar” o “hacer” con ellas. En el caso de algunos dibujos que apuntan a posiciones no tradicionales o de cuestionamiento, se dibujan *figuras masculinas*, de las que se dice que son “simplemente hombres” (es curiosa la aparición en estos casos de indicadores como reforzamiento de los trazos, indicando ansiedad y gran energía psíquica asociada al tema). En otros casos se dibujan figuras que aluden a la idea de obsoleto o extinto, como son los casos de algunos dibujos de *dinosaurios*.

6.5 Profesionales.

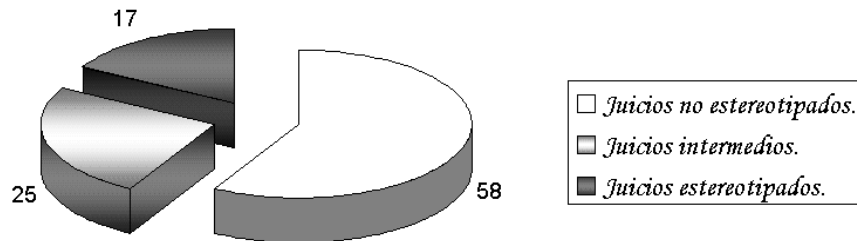
6.5.1 Subjetivación de los roles de género.

Se observa una tendencia en los sujetos de esta submuestra a una asunción y asignación no tradicional de los roles de género. El grueso de las producciones referidas a este resultaron de gran nivel de elaboración y originalidad, tendiendo a desprenderse de las posturas tradicionales respecto al género.

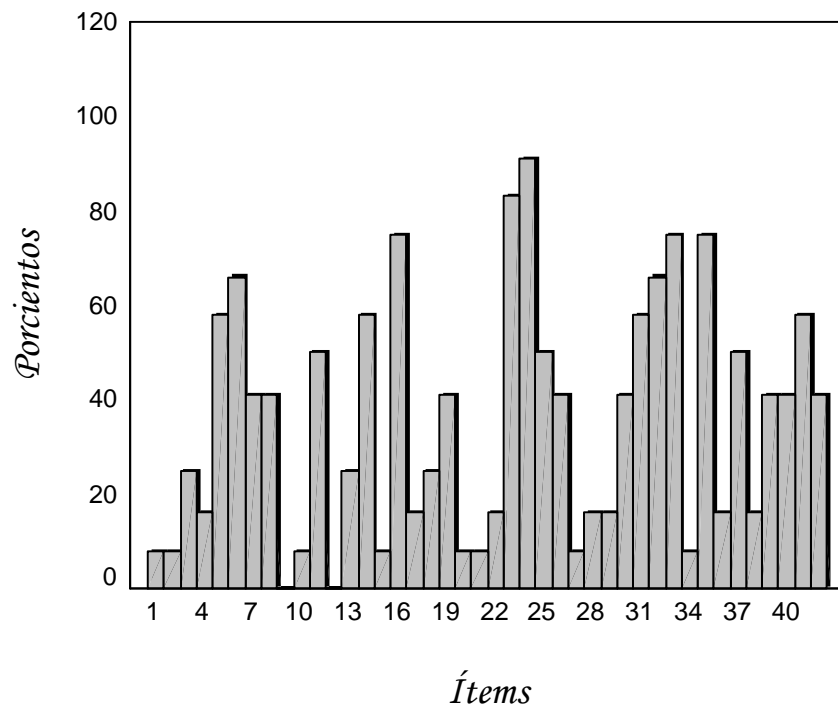
Al analizar los resultados de la submuestra de profesionales para el **Cuestionario de Mitos y Estereotipos**, se descubre que en un **58 %** de los sujetos, los juicios emitidos clasifican como no estereotipados, acercándose a una asunción y asignación no tradicional de los roles de género; mientras que otro **25 %** clasifican con juicios intermedios, acercándose a una asunción y asignación transicional de los roles de género; quedando un **17 %** que presentan juicios estereotipados, acercándose éstos a una asunción y asignación tradicional de los roles de género.

Los **mitos y estereotipos más encontrados** mediante este instrumento se relacionan a la **dominancia o liderazgo** (*ítems 32 “Un hombre debe ser activo y tomar las decisiones”*, con un **66 %** de respuestas positivas, y *23 “Los hombres no deben ser dominados por las mujeres”*, que también se refiere a la relación de jerarquización o poder que se promueve desde el punto de vista tradicional entre los sexos, con un **83 %**); la **necesidad masculina de demostración de la virilidad en aras de que sea reconocida por los otros**, *ítems 16 (“Un hombre verdaderamente hombre lo demuestra en todo momento”)*, con un **75 %**, y *6 (“El hombre siempre debe demostrar que es macho, un hombre de verdad, para que se le respete y se le tenga en cuenta”)*, con un **66 %**.

Porcientos según las clasificaciones del Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Profesionales.



Porcientos por ítem en el Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Profesionales.



Entre los **estereotipos más rechazados** por los sujetos en el **Cuestionario de Mitos y Estereotipos**; se encuentran algunos referidos a la **dominancia**, referida a la **pareja** (ítem 1 *“Las decisiones en la pareja deben ser tomadas por el hombre”*, con un 8 % de respuestas positivas, y 12 *“El hombre que obedece a lo que le dice una mujer es débil”*, con un 0 %); a la **sensibilidad como rasgo negativo en un hombre** (ítems 2 *“El hombre que es tierno pierde virilidad y no es respetado”*, con un 8 %, 21 *“Los hombres de verdad no deben mostrarse sensibles ni sentimentales”*, con un 8 %); la **poligamia** y la **sobredimensionalización de las necesidades sexuales masculinas** (ítems 20 *“Los hombres son polígamos por naturaleza”*, con un 8 %, 27 *“Un hombre con muchas conquistas es un hombre muy admirado y viril”*, con 8 % igualmente); la **fuerza** como rasgo masculino (ítems 15 *“La naturaleza hizo a los hombres fuertes físicamente, el hombre que no es fuerte no es suficientemente masculino”*, con un 8 %, 28 *“Un hombre que no resiste la bebida es un flojo”*, con un 16 %); la **seguridad** como rasgo masculino (ítem 10 *“El hombre, a diferencia de la mujer, sabe lo que quiere y siempre está seguro de sí”*, con un 8 %); el **rol de proveedor económico** (ítems 4 *“El hombre es el responsable del sustento de su mujer y sus hijos”*, con un 16 %, 34 *“La economía de la casa es responsabilidad del hombre”*, con 8 %); la **pertenencia del hombre al terreno de lo público**, mientras a la mujer se le relega al de lo privado (ítem 9 *“El hombre es de la calle, la mujer de la casa”*, con un 0 %), la **iniciativa sexual** (ítems 36 *“En la pareja el hombre no espera por la mujer para el acto sexual, sino que lo inicia y lo dirige él”*, con un 16 %, 38 *“Siempre que un hombre tiene oportunidad con una mujer, la aprovecha”*, con un 16 %).

En los resultados del **Completamiento de Frases** se puede percibir, para esta submuestra, la manera significativa en que el grueso de los sujetos presentan argumentos que apuntan a una **asunción y asignación no tradicional de los roles de género**. Así, encontramos numerosos argumentos bastante recurrentemente empleados por la mayor parte de los sujetos que denotan una **posición de franca ruptura** con la tradición, como lo muestran frases como: *“Los hombres deben ser lo que realmente son y no ser víctimas de estereotipos y prejuicios sociales”*, *“Un hombre verdaderamente masculino no tiene que aparentar que es más fuerte de lo que realmente es”*; así como otras que denotan una **voluntad de cambio**, ejemplo: *“Los verdaderos hombres no debemos encontrarle manchas al sol, sino ver las nuestras y borrarlas cada día”*. Emergen también frases que aluden a la **implicación de los hombres en las tareas del hogar**, ejemplo: *“Un hombre en*

Cuba hoy debe compartir el trabajo del hogar”, *“En la casa los hombres debemos colaborar con los quehaceres, formar parte en la educación de los hijos y ser consecuentes”*. También se hacen alusiones a la idea de **compartir los gastos del hogar** en numerosas frases en lugar del conocido estereotipo del rol masculino de proveedor, como lo muestran frases como *“Los gastos de la casa se comparten”*, *“En la casa mi dinero se utiliza para la mantención de la familia al igual que el de mi mujer”*; así como a un **reconocimiento de la presencia de la mujer en el área laboral**, ejemplo: *“En el trabajo la mujer puede ser tan eficiente como el hombre”*, *“En el trabajo la mujer es muchas veces superior a los hombres”*. En otras frases los sujetos de esta submuestra denotan una **implicación y un contacto emocional en la relación con los hijos**, más allá de su papel de educadores o controladores de su conducta, ejemplo: *“Yo, con mis hijos, trataré de ser comprensivo, amistoso, cariñoso, les enseñaré todo lo bueno que sé de la vida y a que no se desvíen”*, *“Yo, con mis hijos, trato de ser cariñoso, tierno, y a la vez exigente y educativo”*. En muchas frases emergen argumentos a favor de la **libertad sexual de la mujer** (*“La mujer en el sexo debe ser libre y espontánea”*, *“La mujer en el sexo debe desear y entregar igual que el hombre”*). La **sensibilidad**, por su parte, emerge en muchas frases, como un rasgo positivo de los hombres, ejemplo: *“Un hombre sensible puede percibir mejor el temor de la mujer y ser más tierno con ella”*, *“Un hombre sensible comprende mejor”*. En otras emerge el **sexo como medio de expresión y realización emocional y espiritual**, ejemplo: *“El sexo para mí, como hombre, es el mejor y mayor complemento del amor”*. Por su lado, otros argumentos que emergen, que podemos clasificar por su contenido mismo como de tipo transicional (asociados a una asunción y asignación transicional de los roles de género), se refieren a la **asunción de las labores del hogar de manera alternativa y parcial, incompleta, sin asumirlas nunca como tareas propias** (*“En la casa los hombres tratamos de ayudar en varios quehaceres”*, *“En la casa los hombres ayudan”*). Otros argumentos de este tipo que encontramos se refieren a la **sensibilidad en un hombre como a un rasgo a aceptar**, sin que tenga que llegar a ser una virtud, ejemplo: *“Un hombre sensible no tiene por qué ser débil”*.

Entre los argumentos de tipo tradicional, empleados por una parte de los sujetos, encontramos un gran número que vinculan la masculinidad a rasgos como **fuerza, seguridad, autocontrol, valentía, superioridad, firmeza, efectividad, éxito**; como lo muestran frases como: *“La masculinidad para mí es fortaleza”*, *“Los hombres somos el*

sexo superior”, “*Los hombres somos personas que debemos tener seguridad*”, “*Los hombres somos luchadores por la vida*”, “*Los hombres a la hora de enfrentar los problemas debemos ser más fríos, metódicos, y así evitarlos mucho mejor*”, “*Los hombres debemos estar siempre prestos a dar el paso al frente cuando sea necesario*”, entre otras. El estereotipo del rol masculino de **proveedor de seguridad y protección** emerge con frecuencia, en frases como: “*Las mujeres lo que necesitan es la seguridad del hombre*”.

En el caso de las profesiones, en la **Asociación de Ideas**, emerge un índice realmente alto de indicadores de una asunción y asignación no tradicional de los roles de género en la mayor parte de los sujetos. Así, sobre todo en terrenos como las humanidades y las profesiones vinculadas a la salud, así como en el caso de las artes, emergen propuestas idénticas o muy similares para los dos sexos; resultando esto en una asunción y asignación no tradicional de los roles de género en estos sujetos. Es así como varios sujetos proponen: *filosofía, historia, psicología, cantante, escritor, cineasta, médico*. En otros casos las propuestas trascienden a carreras que aunque técnicas, implican un trabajo más meticuloso, reposado, de detalle (*informática, arquitectura*). Muchas sujetos llegan a proponer carreras tradicionalmente pensadas como masculinas para ambos (*ingeniería*). No obstante, en una parte de los sujetos la tendencia es mayormente asociada a una asunción y asignación tradicional de los roles de género, asignando a cada sexo profesiones tradicionalmente caracterizadas como masculinas o como femeninas, es el caso de, para los varones, *militar, marinero, ingeniería, pelotero*, para las hembras, *maestra, bailarina, enfermera, lenguas extranjeras, historia del arte*. Un número regular de sujetos ofrece ambos tipos de asociaciones, acercándose a una asunción y asignación transicional de los roles de género.

En la pregunta seis de la **Asociación de Ideas**, se aprecia toda una gama de respuestas, desde posiciones diferentes, predominando la postura no tradicional, indicadora de una tendencia a una asunción y asignación no tradicional de los roles de género. Una gran parte de los sujetos refieren como un logro la **libertad individual asignada tradicionalmente como atributo masculino**, algunos de ellos reconociendo la naturaleza social de tal atribución, la mayor parte dando por sentada la esencia natural o inmanente de tal libertad, ejemplo: “*Estudiar, viajar, no tener que explicar a nadie...*”, “*Tener libertad con mi familia*”, “*Ser libre*”. Otro logro referido por gran parte de los sujetos vincula la masculinidad y los logros de la misma al terreno de la **sexualidad y la pareja, desde la**

perspectiva de asociar masculinidad a heterosexualidad masculina, ejemplo: *“Hacer feliz a una que otra mujer”*. También emergen logros vinculados al **liderazgo y la dominancia**, ejemplo: *“Ser el cabeza de familia”, “Dar el ejemplo ante mis compañeros ante una situación anormal”*. En lo relacionado a la proposición b), se encuentran en una gran parte de los sujetos **evasiones** a este ítem, expresadas tanto directamente (*“Ninguna”*), como indirectamente (*“A las mujeres también les pasa”*), así como dejando el ítem sin contestar y resistiéndose a hacerlo. En otros casos se hace referencia a atributos tradicionalmente femeninos como la **sensibilidad o la posibilidad de la maternidad** tanto en cuanto tal como relacionado al **vínculo especial entre madre e hijo**, tal como es visto desde la tradición (*“Hay algunas cosas que solo la sensibilidad femenina puede hacer”, “Experimentar el amor que los hijos le profesan a las madres”*). Por otro lado, en una gran cantidad de sujetos se encuentran referencias al deseo de tener **la libertad social de expresar más abiertamente emociones y sentimientos**, así como **aceptar la debilidad o la ineficacia en caso de existir** sin coacción, ejemplo: *“Llorar libremente delante de una mujer”, “Mostrar debilidad en ciertas situaciones”, “Sentirme débil o cansado”, “Expresar lo que siento”*. En la proposición c), emergen gran cantidad de asociaciones que confieren mayor peso a una postura no tradicional. Ejemplo de ello son asociaciones que hacen referencia al **excesivo autocontrol emocional, el liderazgo y dominancia en la familia y la necesidad de aparentar fuerza como obstáculos desagradables** (*“No llorar ante los demás aunque deba”, “No demostrar algunos sentimientos”, “Ser dominante”, “Ser quien llame la atención de mis hijos”*). Se hace referencia también en este caso a la inconformidad con la supuesta **obligación masculina de tomar la iniciativa**, en ocasiones en situaciones difíciles (*“Arreglar lo concerniente a un familiar cercano fallecido o dar malas noticias en general”, “Dar el paso al frente”, “Tomar la iniciativa”*). En el caso del ítem d) el nivel de **evasión** de estos ante el mismo se eleva nuevamente casi a una totalidad, dejando a un lado un número menor de sujetos, que se refirieron a las **labores del hogar** en este ítem.

6.5.2 Identidad de género.

De forma general y de manera predominante, se observa en los sujetos de esta submuestra una tendencia a presentar identidades de género construidas sobre bases no tradicionales, matizada por una tendencia a niveles elevados de elaboración personal y

originalidad, revelando un alejamiento de las posturas tradicionales respecto al género y a la identidad masculina tradicional. No obstante, un número significativo de sujetos permanece con un nivel elevado de estereotipia en sus producciones y se observa la aparición frecuente de prejuicios, asociado esto directamente a la asunción por estos sujetos de identidades de género construidas sobre bases marcadamente tradicionales.

Al analizar los resultados producidos por los sujetos de esta submuestra para la **Asociación de Ideas**, se observa a primera vista un cúmulo elevado de indicadores de una asunción, por parte de un número importante de sujetos, de identidades de género construidas sobre bases marcadamente tradicionales, si bien en numerosos ítems emergen, de manera más frecuente, indicadores de posturas no tradicionales. Así, asociadas a la idea de masculinidad, emergen palabras asociadas a la **igualación de masculinidad a sexo biológico masculino, a heterosexualidad masculina e indirectamente a fuerza y firmeza**, todo esto matizado por los estereotipos sexuales tradicionales de la cultura latina; de esta manera, se encuentran palabras como *macho, varón, hombre, virilidad*. Por otra parte, se hicieron múltiples asociaciones de masculinidad con rasgos como la **seguridad (seguridad, decisión)** así como el estereotipo de la inefable **eficiencia sexual masculina (ejemplo: buen amante...)**.

No obstante lo anterior, emergen con frecuencia asociaciones idénticas tanto con respecto a la masculinidad como a la feminidad, resultando además dichas palabras referentes a rasgos o actitudes tradicionalmente vistas como “femeninas” o “infantiles” (ejemplo: *fantasía, detalle*). Otros ejemplos son casos en que la idea de masculinidad es vinculada a palabras que hacen alusión a aspectos como la **afectividad y la emocionalidad (sensibilidad, comprensión, cariñoso)**.

En confluencia con lo anterior, una gran parte de los sujetos produce como asociaciones con la idea de masculinidad, los nombres de **animales agresivos, considerados peligrosos**, ejemplo: *león, tigre, escorpión, lobo, águila*, entre otros. En otros casos los sujetos producen para la masculinidad, nombres de **animales poderosos, resistentes**, ejemplo: *caballo, buey, toro*. En el caso de los nombres de plantas, se repite el fenómeno. Los nombres asociados pertenecen a **árboles frondosos, firmes, sólidos**, ejemplo de ello: *ceiba, cedro, mango, álamo, roble, algarrobo, pino*.

Se evidencian en muchos casos indicadores de posiciones no tradicionales, al utilizar estos sujetos nombres de flores para asociarlas a la masculinidad, ejemplo: *tulipán, marpacífico, lirio*.

Por su lado, es de notar la manera en que las palabras asociadas a la idea de feminidad, nutren las mismas posiciones desde la postura correspondiente. Así, aparecen, por una parte, **palabras que asocian feminidad al sexo biológico (ejemplo: mujer)**. Por otra, se aprecian palabras que asocian de manera recurrente la feminidad a aspectos de la **aparición física (gracia, belleza, hermosa)**. Emergen también asociaciones vinculando feminidad a rasgos como **afectividad, emocionalidad y comunicación, así como, por esta vía, a fragilidad**, como lo muestran palabras como *dulzura, ternura, delicadeza, sensibilidad*. Del mismo modo, los nombres asociados por la mayor parte de los sujetos a la idea de feminidad son de **animales pacíficos, frágiles, mansos, culturalmente asociados con frecuencia a belleza y gracia**, ejemplo: *mariposa, pez, paloma, gacela, gata*. Se realizan por su lado, asociaciones no tradicionales, al asociarla a **fuerza y agresividad**, ejemplo: *leona, loba*. En el caso de los nombres de plantas, a la feminidad se asocian nombres de **plantas frágiles, conocidas por su belleza**, principalmente flores, ejemplo: *rosa, jazmín, orquídea, azucena, mariposa, jazmín*, entre otras.

En cuanto a los nombres de los objetos, continúa el mismo comportamiento. Se asocia a la idea de masculinidad nombres de objetos habitualmente asociados al uso masculino, ejemplo: herramientas como *martillo, cincel, serrucho, pico*, objetos vinculados a la violencia como *fusil*, de vestir, como *cinto, pantalón*, de otros usos, como *bate, llavero*. En el caso de la feminidad, objetos usados típicamente en labores tradicionalmente consideradas femeninas como *aguja, dedal, hilo, cazuela, escoba*. Un hecho particularmente interesante es el de que en algunos casos los sujetos utilizan objetos equivalentes, pero a los que por sus características físicas o por su nombre, se les atribuye un sexo, ejemplo de esto: *sillón-silla, pico-pala, lápiz-pluma, libro-libreta*.

Del mismo modo, al darle como consigna a los sujetos decir tres tipos de regalos que le harían a un niño o a una niña, vemos cómo, siendo la mayoría de los regalos juguetes, estos son fácilmente clasificables en la mayor parte de los casos en “masculinos” o “femeninos”, ejemplo de ello es cómo en el caso de los niños varones se mencionan juguetes que implican **actividad física intensa en exteriores, o tienen implicaciones violentas (pelota, guante de pelota, bate, pistola de juguete)**, así como imitaciones de tareas adultas consideradas masculinas (*herramientas de juguete, juego de carpintero*); en

el caso de las hembras, se propone regalar juguetes que implican **actividad mayormente en interiores, menos física y abierta**, ejemplo de ello son *juego de cocina, , peluche, muñeca, casa de muñecas* (que implica una imitación del rol adulto femenino de la maternidad), así como **regalos que tradicionalmente se hacen a las mujeres adultas (flores, vestido, dulces)**. Muchos sujetos, por otro lado, proponen regalos menos clasificables por sexo en muchos casos, o los proponen para ambos sexos, ejemplo: *libro, poemario, ropa, bicicleta*.

En la quinta pregunta de la **Asociación de Ideas**, los resultados son bastante variados. Así, relacionado a la primera frase, una parte de los sujetos adopta una postura tradicional, brindando respuestas que relacionan la masculinidad estrechamente a **fuerza, superioridad, responsabilidad**, ejemplo: *“Yo, como hombre, puedo hacer cosas que para una mujer son imposibles, observo la vida de forma más fuerte, seria, con menos temor”*. En un porcentaje mayor, otros sujetos vinculan esta noción a la esfera de la **interacción con la familia de manera marcadamente afectiva**, aludiendo a la entrega a esta de manera marcada, ejemplo: *“Yo, como hombre, soy feliz con mi familia y ansío darles lo mejor de mí”, “Yo, como hombre, aspiro a mi felicidad y la de mi familia”*; acercándose de esta manera a posiciones no tradicionales. En relación a la segunda frase, se hacen referencias al estereotipo de la **equivalencia de masculinidad a heterosexualidad y a respeto**, ejemplo: *“Me siento feliz de ser hombre porque me gustan mucho las mujeres, porque me respetan por el solo hecho de serlo”*. En una parte importante de sujetos se hace referencia a la **entrega a la familia, expresado esto con gran afectividad**: *“Me siento feliz de ser hombre porque tengo una familia y una mujer adorables”*. En la tercera frase, se hace referencia en la mayor parte de los sujetos a un nivel alto de **esfuerzo y sacrificio**, al nivel físico, en busca de la **reafirmación de la propia masculinidad**, ejemplo: *“El costo de ser hombre conlleva sacrificio, entereza, disciplina y respeto, para ser respetado”*. Por último, una parte de los sujetos de esta submuestra muestran, al igual que ya ha sido observado en las anteriores, una tendencia a **evadir** la frase número cuatro, donde se les pide ponerse en el lugar de la mujer, dejándola en blanco, o completándola de manera evasiva (*“...no he pensado nunca en ello”, “No sé, nunca me he puesto en esa situación”*), lo cual habla claramente de la rigidez de la identidad y los roles de género asumidos y asignados por algunos sujetos, así como de su tradicionalismo, como ya ha sido dicho antes, relacionado a otros sujetos. Un número importante de sujetos, por su lado, hacen referencia a **atributos tradicionales de la**

feminidad (atractivo físico, sumisión de la mujer a la voluntad del hombre), ejemplo: *“Si fuera mujer me dedicaría por completo al hombre que tuviera a mi lado”, “Si fuera mujer sería atractiva”*. Otros refieren proposiciones que aluden en lugar de esto a la **libertad individual como derecho femenino** ejemplo: *“Si fuera mujer lucharía más por mis derechos y no permitiría que me subestimasen”*.

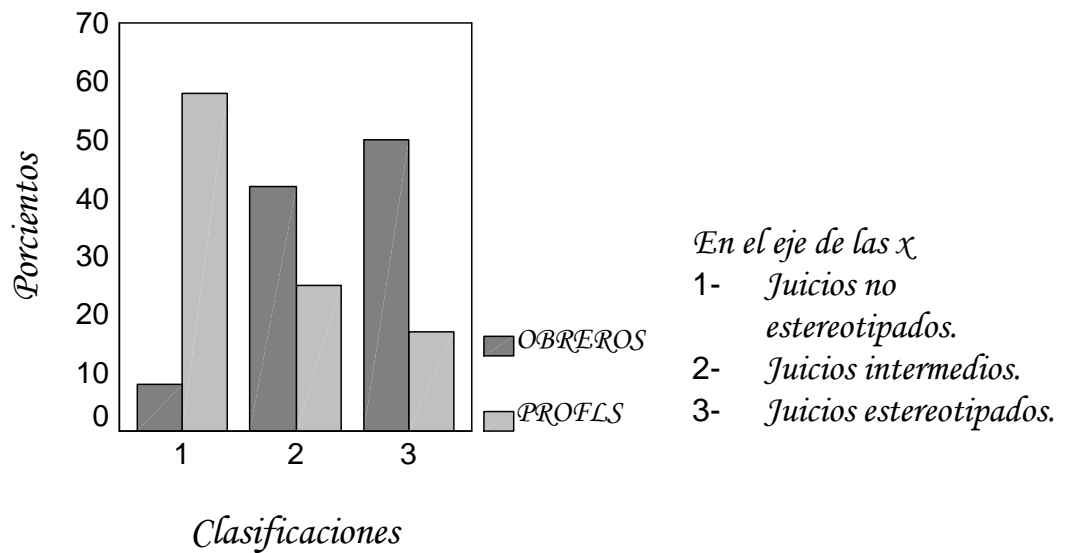
En los resultados del análisis de los **dibujos**, se hallan datos muy variados, pero entre los que predominan indicadores de presentar identidades de género construidas sobre bases no tradicionales. Así, algunos dibujos apuntan a posiciones tradicionales, representando objetos que aluden a las ideas de **fuerza, solidez, firmeza**, gran parte de ellos clasificables como fálicos, ejemplo de ello: *árboles, palos, faros, edificios*; las justificaciones son muy comunes, y hacen alusión a las mismas ideas de dureza, solidez, firmeza. Otros dibujos llegan a aludir a motivos de **fuerza, potencia, y violencia en ocasiones, desde un punto de vista físico (puños, pesas de hacer ejercicios)**, siendo las justificaciones referidas a las ideas de **potencia, poder**. Sin embargo, un número superior de sujetos produjo dibujos que apuntan a identidades construidas sobre bases no tradicionales. Ejemplos de lo anterior son dibujos con **referencias directas a la inconformidad o crisis respecto al modelo tradicional patriarcal de masculinidad**, ejemplo: *dos muñecos iguales, uno con rasgos de alegría y otro de enojo o tristeza*, se explica que era como tener las dos cosas dentro y no saber decidir. En la misma cuerda, otros sujetos hacen dibujos que expresan **apertura, unidad con el mundo que rodea, adaptación, armonía**, y así lo explican, ejemplos de esto son dibujos de *planetas y satélites, del símbolo taoísta del ying y el yang*, en las palabras de un sujeto: *“...este dibujo expresa para mí el equilibrio, la paz, la igualdad...”*

6.6 Análisis comparativo parcial (obreros-profesionales).

En lo que respecta a la **subjectivación de los roles de género**, es de resaltar la gran diferencia que existe entre los resultados generales de los obreros, y los de los profesionales. Existiendo un porcentaje mucho mayor entre estos últimos, de sujetos con una asunción y asignación no tradicional de los roles de género, que entre los primeros; además de un porcentaje mucho mayor de sujetos con una asunción tradicional de los roles de género entre los obreros que entre los sujetos del grupo de profesionales. Esto es

fácilmente percibido de los resultados de las técnicas en general, especialmente los del **Cuestionario de Mitos y Estereotipos** (observar gráfico, para una imagen clara de esta diferencia), también muy reflejado en el **Completamiento de Frases**.

Porcientos por clasificaciones del Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Obreros-profesionales.



Resalta la coincidencia en la posición no tradicional, en esta submuestra, con respecto a los factores económicos y laborales, mostrando los sujetos, especialmente en el **Completamiento de Frases**, alusiones a la necesidad de compartir gastos en la pareja, así como reconociendo la participación de la mujer en el área laboral; aspectos explicables por las particularidades de nuestra nación y sus logros en estas esferas para la mujer, así como las particularidades de nuestra economía, que demanda del aporte de cada miembro a las economías familiares.

En cuanto a la cuestión de la **identidad de género**, es fácilmente perceptible entre los sujetos pertenecientes al grupo de profesionales una mayor tendencia a presentar identidades de género construidas sobre bases no tradicionales. Mostrando además mayor elaboración y originalidad en las tareas correspondientes a esta categoría, lo cual apunta a un mayor nivel de autoconocimiento y reflexividad involucrados en este particular.

A modo general, la diferencia encontrada entre los sujetos obreros y los profesionales (que es aún más significativa que la encontrada entre los adultos y los jóvenes), apunta a la conclusión de que el nivel educacional juega un papel preponderante en la potenciación del cambio en la subjetivación de género hacia posiciones menos

tradicionales. Ello se expresa en una tendencia a una asunción y asignación no tradicional de los roles de género, así como en la construcción de identidades de género no tradicionales, en una mayor medida en los sujetos de alto nivel educacional, con respecto a los sujetos de un nivel educacional inferior.

El mayor contraste entre los resultados de este análisis comparado, con respecto a los del análisis comparado entre adultos y jóvenes, le concede al nivel educacional un papel esencial, más significativo, con respecto a la transición hacia posiciones menos tradicionales, que el papel que pudiera tener la edad de los sujetos, y por tanto el momento de nacimiento y la historia de vida; lo cual puede ser comprendido dada la influencia que puede tener el mayor nivel educacional -con la mayor reflexividad, flexibilidad y capacidad de instrumentar alternativas de razonamiento que a este acompañan- sobre la adaptación y elaboración personal del cambio, necesarias para asimilar, instrumentar y acometer el cambio mismo a nivel subjetivo. Es de observar, no obstante, la manera en que emergen aún puntos de confluencia entre los sujetos de una y otra submuestra, lo cual le confiere un carácter relativo al cambio avizorado, especialmente en lo referido a la identidad de género, aspecto explicable al considerar la forma paulatina en que se dan los cambios significativos en el imaginario social.

Los estereotipos de género asociados a la identidad tradicional masculina se caracterizan, por demás, por la tendencia a la rigidez, lo que conduce al supuesto de que la masculinidad constituida en este sentido, en tanto valor, no debe ser sometida a crítica, so pena de que tal actitud contribuya a su deprecio (en palabras populares, más llanas: el hombre que no está contento con serlo, no lo está porque no es hombre de verdad; dígase: es homosexual, afeminado, no-hombre; en todo caso, una pérdida de virilidad queda implícita), en contraste con la feminidad tradicional, construida sobre la bases de la flexibilidad, la comprensión, la adaptación; de lo que se desprende una mayor dificultad del cambio masculino al interior del sujeto, por ser en este caso mayor el sentimiento de pérdida asociado al cambio. Este factor, y la forma natural, paulatina, de darse este tipo de cambios -comenzando por el nivel comportamental (el de los roles asumidos y asignados), para luego, al ser interiorizados, incidir en el nivel identitario-; pueden explicar el mayor contraste observado entre los resultados de obreros y profesionales, respecto a la subjetivación de los roles de género, que el observado entre los resultados referidos a la identidad de género, para los mismos sujetos. De este modo, los resultados obtenidos en este análisis apoyan la conclusión de que el cambio se observa en este momento más al

nivel comportamental (subjetivación de los roles de género), impactando este nivel de manera más significativa que el de la identidad de género, y con ello el de la identidad personal.

6.4 Análisis cruzado e integración de la información obtenida.

Una vez analizados los resultados arrojados por los diferentes instrumentos, se hace posible arribar a un número determinado de conclusiones sustentadas en ellos.

En lo que respecta a la **subjetivación de los roles de género**, de manera general, y de forma más clara en los resultados del *Cuestionario de mitos y estereotipos* y los del *Completamiento de frases* (aunque también se observa en la *Asociación de ideas*), se aprecian indicadores suficientes para afirmar que existe una diferencia importante entre los sujetos adultos y los de la de jóvenes, que apunta a una mayor tendencia entre los sujetos jóvenes a una asunción y asignación no tradicional de los roles de género; lo cual apunta a la existencia de un cambio generacional al respecto, de forma global identificable con un avance generacional en cuanto a la subjetivación de los roles de género. También se aprecian indicadores suficientes para afirmar que existe una diferencia importante entre los sujetos obreros y los de la de profesionales, que apunta asimismo a una mayor tendencia entre los sujetos profesionales a adoptar una asunción y asignación no tradicional de los roles de género; lo cual apunta a un papel importante del nivel educacional de los sujetos en la asunción y asignación de los roles género; influyendo el mayor nivel educacional en la adopción de posturas menos tradicionalistas, por tanto en una mayor disposición al cambio y una actitud crítica respecto a los roles tradicionalmente concebidos de masculinidad y feminidad. Sin embargo, es de resaltar la forma en que los resultados del *Cuestionario de mitos y estereotipos*, así como una parte importante de los resultados del *Completamiento de frases*, le confieren un mayor peso a la influencia del nivel educacional que al avance generacional antes afirmado; resultando de esto la necesidad de concederle una especial importancia al factor educativo en la aparición de emergentes de cambio a este respecto.

Es de destacar por demás cómo las diferencias que arrojan los resultados de los instrumentos en general, al respecto de la subjetivación de los roles de género en las diferentes submuestras, pero más aún en cuanto a la identidad de género, se muestran relativamente contrastantes, subsistiendo numerosos puntos en común entre las diferentes submuestras; apuntando esto a la posibilidad de que dichos cambios y diferencias tengan una magnitud moderada. Así, de modo global, la mayoría de los sujetos coinciden en adscribirse a un número determinado de estereotipos de género, y asumir y asignar un

número determinado de roles tradicionales respecto a la masculinidad y la feminidad. Respecto a esto, en los resultados de todos los instrumentos se percibe cómo la mayor parte de los sujetos asignan a la mujer roles y rasgos asociados a la belleza, la sensibilidad, la delicadeza, la pasividad, la emocionalidad, la ternura, la dependencia. Por su lado, asumen y asignan respecto a la masculinidad rasgos y roles asociados al éxito, la fuerza, la eficiencia, la iniciativa, la dominancia, la resistencia, y el rol de proveedor, para con la mujer en especial y en general para con las personas consideradas menos fuertes, como los hijos, de seguridad y protección. Se pudo constatar también la coincidencia en la mayoría de los sujetos en una tendencia a asumir las labores del hogar como un peso no deseable, propias de la mujer, que excepcionalmente pueden ser asumidas por el hombre como forma de ayuda a aquella, pero que no son asumidas como propias, conservando su matiz femenino.

Por otra parte, resultan significativos resultados que apuntan a una coincidencia en la mayor parte de los sujetos en un reconocimiento del derecho y el desempeño de la mujer en el ámbito laboral, así como una tendencia a abogar por la colaboración económica entre los miembros de la pareja en lugar del tradicional rol masculino del proveedor económico, que sólo es referido por una parte menor de los sujetos. En estrecha relación con esto, son de resaltar en particular los resultados del cuarto ítem de la *Asociación de ideas*, referido a las profesiones, donde la mayor parte de las profesiones propuestas para las niñas son de nivel superior, además de encontrarse en este ítem un nivel muy alto de asunción y asignación no tradicional de los roles de género, asignando los sujetos a varones y a hembras en ocasiones las mismas profesiones, otras veces asignando profesiones tradicionalmente consideradas masculinas a las hembras, y profesiones tradicionalmente consideradas femeninas a los varones. Todo lo anterior habla especialmente de los cambios que en nuestra época en general, y especialmente en el hemisferio occidental, así como en nuestro país, de forma especial, se vienen dando desde hace unos cuarenta años, con respecto a la educación y al trabajo, en estrecha relación, particularmente, con la posición de la mujer en la sociedad.

En lo referente a la **identidad de género**; son perceptibles sobre todo en el instrumento de *Asociación de ideas*, aunque también son muy apoyados por los resultados del *Completamiento de frases*, indicadores que revelan la existencia de una diferencia importante entre los sujetos adultos y los de la de jóvenes, que apuntan a una mayor tendencia de los sujetos jóvenes a presentar identidades construidas sobre bases no

tradicionales o transicionales, lo que apunta a la existencia de un cambio generacional al respecto, identificable con un avance en cuanto a la identidad de género asumida por los sujetos masculinos. A lo anterior, sin embargo, es necesario hacerle una aclaración, surgida de los resultados de la *Asociación de ideas*, así como algunos del *Completamiento de frases*, en los que se percibe un carácter menos contrastante de la diferencia antes mencionada con respecto al observado respecto a la subjetivación de los roles de género; lo cual indica una menor significación del cambio identitario con respecto a la del cambio referido a la subjetivación de los roles de género. Lo antes dicho puede ser interpretado como la evidencia de que los cambios percibidos en los resultados de esta investigación no inciden sobre el nivel identitario con la misma fuerza que sobre la esfera comportamental.

De modo general, pueden notarse diferencias mucho menos contrastantes, en cuanto a la identidad de género, entre los resultados de los sujetos adultos de los subgrupos de obreros y de profesionales, en comparación con las encontradas entre los sujetos jóvenes de los mismos subgrupos; lo que constituye un indicador de la existencia de mayor rigidez entre la mayor parte de los sujetos adultos, respecto a las bases tradicionales de sus identidades de género, de modo que estas no son afectadas por su nivel educacional. Esto puede estar dado por el hecho de que las identidades de género de los sujetos adultos se encuentran ya formadas y relativamente maduras (sin pasar por alto la continuidad del proceso de construcción y reconstrucción de la identidad) con anterioridad al largo proceso de cambios traído por la Revolución Sexual de los sesenta y setenta del pasado siglo; habiendo estos sujetos afrontado los cambios de los últimos años desde identidades construidas y solidificadas en la tradición rígida e incuestionada, siéndoles más difícil el cambio (como se sabe, los cambios significativos de identidad son más difíciles una vez estructurada esta, dada la sensación de inestabilidad y pérdida que les es asociada). A diferencia de estos sujetos adultos, los jóvenes estudiados nacen y construyen sus identidades en un mundo en cambio, donde muchas de las transformaciones ya los anteceden, lo que constituye un elemento propiciador, bien que no determinante, para una mayor flexibilidad en la construcción de la identidad, así como a la hora de afrontar el cambio mismo.

A modo general, se confirma la existencia de un cambio masculino a lo largo de los años sucedidos a la Revolución Sexual de los años sesenta y setenta del pasado siglo, expresada en la mayor tendencia en los sujetos jóvenes estudiados, a una asunción y

asignación no tradicional de los roles de género, así como a presentar identidades construidas sobre bases no tradicionales, con respecto a los sujetos adultos.

Dicho cambio, impulsado y acompañado por los ingentes cambios políticos, económicos, civiles y sociales acaecidos, respecto al género, en la sociedad occidental, y de manera especial en la sociedad cubana, en los últimos cuarenta años, se muestra aún en progreso, existiendo aún elementos tradicionales disímiles que perviven en los sujetos más jóvenes y muestran que el cambio aún no es completo. Por su parte, este cambio, según los resultados obtenidos, se da de manera más completa en el nivel de los roles de género asumidos y asignados que en el de la identidad de género, más profundo; lo cual concuerda con lo anterior, dado el hecho de que dicho cambio necesita darse primero a nivel comportamental, en base a los roles asumidos y asignados, para luego, a medida que dichos roles son implementados, asumidos e interiorizados, pasar a formar parte de la identidad genérica y por esta vía, de la identidad personal de los sujetos.

Por su parte, es constatable, de manera general, en los resultados emergidos de la presente investigación, la existencia de un papel sumamente importante del nivel educacional de los sujetos en el modo en que subjetivan los roles de género, así como en la naturaleza de sus identidades genéricas; existiendo una tendencia mayor de los sujetos de nivel educacional superior a posturas menos tradicionales; siendo la influencia de dicho nivel educacional superior a la que se deriva de la edad o momento histórico del nacimiento de los sujetos, y por ende su historia de vida, según arrojan los resultados. Lo anterior se muestra también en el hecho de existir una diferencia apreciable entre los resultados de los sujetos pertenecientes al grupo de adultos obreros y los de aquellos pertenecientes al de adultos profesionales, que apunta claramente al hecho de que los adultos profesionales, a despecho de su grupo etario de pertenencia, tienden a adoptar posiciones menos tradicionales que aquellos adultos pertenecientes al grupo de obreros.

Respecto a la influencia del nivel educacional en el cambio masculino, se aprecia también cierta moderación, dada por un contraste más bien relativo entre los resultados de los obreros y los profesionales; moderación que apunta nuevamente al hecho de que el cambio observado sea aún parcial, en progreso, por las razones que ya mencionamos al analizar esta situación desde la perspectiva del análisis por edades. Nuevamente se percibe menos contraste entre los resultados vinculados a la identidad de género, que entre los resultados vinculados a la subjetivación de los roles de género; apoyando esto lo anterior. Respecto a esta relatividad del cambio referido a la subjetivación de los roles de género, así

como a la identidad de género; a despecho del nivel educacional, también es útil evaluar otra posibilidad: la referida a la dificultad masculina para someter a crítica la identidad masculina tradicional, dada la manera acentuada en que esto es vivenciado en términos de pérdida de virilidad, sobre todo ante los ojos de otros, que se sabe son una fuente importante de reafirmación de la virilidad en el hombre tradicional; al respecto es útil recordar la frase de un sujeto, repetida en otros tonos por muchos otros (*“Yo, como hombre, entiendo la idea de la sociedad ideal para el hombre y la mujer, pero mientras viva en esta, tendré que guiarme por sus preceptos”*). Cualquier cambio, al nivel de la identidad, es dificultado por la necesidad de cada persona, más allá de su rigidez o flexibilidad, de mantener un sentido de permanencia, de constancia a través del tiempo y los cambios mismos, sobre la que se basa de manera especial el sentimiento de mismidad que sirve de base a la identidad propiamente dicha; por tanto cada cambio, al demandar de la reestructuración de la identidad individual, se ve obstaculizado por un sentimiento de pérdida que es vivenciado como duelo; en este caso, el cambio al nivel de la identidad de género puede ser vivenciado como pérdida de virilidad, lo cual a nivel tradicional constituye un aspecto sumamente difícil de conciliar con el de la autoafirmación, autoaceptación, y reconocimiento del valor personal en los varones. Lo anterior está sumamente matizado por las condiciones en que la identidad misma ha sido construida, es así que el factor edad tiene una incidencia importante en ello; lo que se muestra en el hecho de que exista poco contraste relacionado al aspecto de la identidad de género entre los resultados del grupo de adultos obreros y los del grupo de adultos profesionales; en comparación con el existente entre los del grupo de jóvenes obreros y los del grupo de jóvenes profesionales; así como en comparación a los resultados referidos a la subjetivación de los roles de género, entre los adultos obreros y los adultos profesionales; esto indicando un nivel alto de rigidez de las identidades de género entre los sujetos adultos, lo cual es perfectamente explicado por el momento vital en que les tocó formar sus identidades, anterior a los cambios traídos por la Revolución Sexual, marcado por un nivel alto de tradicionalismo y estereotipia; a diferencia de los sujetos jóvenes, nacidos con posterioridad a buena parte de los cambios efectuados en tal período, y durante la Revolución Sexual propiamente dicha.

Conclusiones.

1. Los resultados obtenidos apuntan a un avance generacional respecto a la subjetivación de género en los hombres estudiados. Esto se expresa en una tendencia mayor entre los sujetos jóvenes a una asunción y asignación no tradicional y/o transicional de los roles de género, así como a presentar identidades de género construidas sobre bases no tradicionales. Este cambio está dado de forma paulatina lo que indica el carácter procesal de las transformaciones que se producen al nivel de la subjetividad social e individual. Estos cambios están en estrecha relación con las transformaciones sociales acaecidas con la Revolución Sexual y en especial en el contexto de los cambios económicos, sociales y políticos ocurridos en Cuba en las últimas cuatro décadas.
2. El cambio descrito se expresa de manera más marcada en la subjetivación de los roles de género que en la identidad de género. Esto está dado por la diferencia de profundidad entre estos dos niveles de expresión de la subjetividad. Los roles de género se aprecian de modo especial en la asignación y asunción de comportamientos o determinadas características subjetivas esperadas para las personas según su condición de género mientras que la identidad de género articula más directamente con la propia identidad personal, el sentido de sí mismo, el eje estructurante de la subjetividad individual que resulta más estable y difícil de cambiar. Por ello los cambios se producen de modo más acelerado en cuanto a la subjetivación de los roles que en cuanto a la conformación o transformación de la propia identidad. A esto se añade que la estereotipia con la cual se constituyen los valores en la ideología patriarcal hacen de la rigidez un rasgo propio de la subjetividad masculina, acentuando la crisis que implica cualquier cambio identitario lo cual queda asociado a un sentimiento de homofobia como pieza central en la constitución de la subjetividad del varón, obstáculo poderoso para la aceptación, asimilación e instrumentación de cualquier cambio en esta dirección...
3. El nivel educacional marca una diferencia importante en cuanto a la subjetivación de género en los sujetos estudiados. Esto se expresa en una mayor tendencia a una asunción y asignación no tradicional de los roles de género, así como a presentar identidades de género construidas sobre bases no tradicionales en los sujetos

profesionales de la muestra estudiada. Esto puede indicar la existencia de una mayor flexibilidad de los juicios, más información y mayor capacidad para interactuar de modo crítico e innovador con los cambios y a su vez perpetuidades que en cuanto a la cultura patriarcal de están produciendo en la sociedad así como para instrumentar alternativas frente al cambio en el caso de los sujetos con un nivel educacional elevado.

4. Los cambios hacia una subjetivación de género más innovadora de expresan de modo más acentuado si nos detenemos en la influencia que en ello pueda tener el nivel educacional en comparación con las diferencias etáreas. Esto permite afirmar que los cambios que se producen en la historia de la cultura y sociedad van favoreciendo la ocurrencia de cambios en la subjetividad social e individual pero ello se encuentra mucho más favorecido y potenciado si a nivel del desarrollo individual se avanza en el acceso a niveles mayores de educación.

Recomendaciones.

1. Aumentar para futuras investigaciones la magnitud de la muestra a emplear.
2. Indagar en futuras investigaciones particularmente sobre los factores desencadenantes o impulsores del cambio masculino tanto desde lo social-externo como desde lo subjetivo-individual.
3. Usar para futuras investigaciones las técnicas de la entrevista y los grupos de discusión; para lograr un mayor y más rico cúmulo de información respecto a la incidencia de las particularidades individuales y grupales en los resultados obtenidos.
4. Realizar estudios que incluyan muestras de otras procedencias regionales tanto dentro como fuera del país, para constatar cómo se expresa la subjetivación de género en sujetos hombres de otras extracciones y contrastar estos resultados de cara a las diferencias culturales o de procedencia social de los sujetos.
5. Introducir en los diferentes niveles de enseñanza modificaciones que promuevan, desde los contenidos y tareas educativas mismos, nociones menos tradicionales y más flexibles respecto al tema del género y dentro de este, especialmente, los roles de género, las representaciones sociales de los géneros, y las relaciones entre los géneros.
6. Potenciar los espacios de discusión e información alrededor de las temáticas de género, particularmente identidades y roles, en un sentido crítico, tanto en los centros de enseñanza como en los medios de difusión masiva, para fomentar la cultura y la criticidad al respecto.
7. Fomentar la continuidad y profundización de los estudios de masculinidad, poco desarrollados hasta el momento, en aras de apoyar con sus hallazgos la implementación, desde la ciencia, de estrategias de cambio social efectivas y oportunas.

Bibliografía consultada.

1. Acanda, Jorge Luis, “Sociedad civil y hegemonía”, ed. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, Cuba, 2002.
2. Amorós, Celia, “Feminismo y filosofía”, Editorial Síntesis, España, S/A.
3. Ares Muzio, Patricia, “Virilidad. ¿Conocemos el costo de ser hombre?”, en *Sexología y sociedad*, no. 4 y 5, La Habana, Cuba, 1996.
4. Badinter, Elisabeth, “XY- sobre a identidade masculina.”, Ed. Nova fronteira, Rio de Janeiro, Brasil, 1993.
5. Basow, Susan, “Gender. Stereotypes and roles. Third edition”, ed. Brooks/Cole publishing company, Belmont, California, USA, 1992.
6. Bauer, Alfredo; Fernández, Mabel; Singer, Silvina; “Sexo y sociedad. Colección de ensayos”, ediciones CIENTEC, Buenos Aires, Argentina, 1988.
7. Beltrán, Elena y Maquieira, Virginia (editoras); Álvarez, Silvina; Sánchez, Cristina; “Feminismos. Debates teóricos contemporáneos”, ed. Alianza Editorial, Madrid, España, 2001.
8. Bonino Méndez, Luis, “Los varones frente al cambio de las mujeres”, en “Lectora. Revista de dones i textualitat, 4”, ed. Universidad Autónoma de Barcelona, España, 1998.
9. Bonino Méndez, Luis, “Los Varones hacia la Paridad en lo Doméstico. Discursos Sociales y Prácticas Masculinas “, en www.geocities.com/litertulia, consultado en diciembre de 2005.
10. Bonino, Luis, “Las microviolencias y sus efectos. Claves para su detección.”, en *Revista Argentina de Clínica Psicológica*, vol. VII, Madrid, España, 1999.
11. Bonino, Luis, entrevista, “La violencia de los hombres contra las mujeres”, en *revista Salud 2000*, no. 79, ed. Federación de asociaciones para la defensa de la sanidad pública, España, diciembre del 2000.
12. Bonino, Luis, entrevista, en *Revista 8 de Marzo*, no. 43, ed. Dirección general de la mujer. Consejería de trabajo. Comunidad Madrid, Madrid, España, 2002.
13. Borisoff, Deborah; Merrill, Lisa; “The power to communicate. Gender differences as barriers.”, Ed. Waveland press Inc., USA, 1992.

14. Cabrera Ardanás, Maudel, “Nosotros, los hombres... Una aproximación al estudio de la subjetividad masculina en las relaciones de pareja”, trabajo de diploma, Facultad de Psicología, tutora Fernández Rius, Lourdes, Universidad de La Habana, Cuba, 2003.
15. Carril Berro, Elina, “Femenino/Masculino. La pérdida de ideales y el duelo.”, en www.modemmujer.org/indexx.html, 23 de mayo del 2003.
16. De Barbieri, Teresita, “Algo más que las mujeres adultas. Algunos puntos para la discusión sobre la categoría género desde la sociología”, resumen de la propia autora de los trabajos anteriores: “Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica”. en Revista Interamericana de Sociología, año VI, núms. 2-3, segunda época; mayo-diciembre de 1992; y “El género desde la sociología en América Latina” ponencia presentada en el X Congreso Internacional de Ciencias Etnológicas y Antropológicas, México, 1993; en el Instituto de Investigaciones Antropológicas, en publicación coordinada por Ana María Salazar, para la presentación en el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG), en la Universidad Nacional Autónoma de México.
17. De Beauvoir, Simone, “Le deuxième sexe”, Éditions Gallimard, París, Francia, 1949.
18. De la Torre Molina, Carolina, “Las identidades. Una mirada desde la psicología.”, ed. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinillo, La Habana, Cuba, 2001.
19. Engels, Federico, “La familia, la propiedad privada y el Estado”, versión electrónica, Marxists Internet Archive, 2000. En www.marxists.org.
20. Evans, Richard J., “Las feministas. Los movimientos de emancipación de la mujer en Europa, América y Australasia. 1840-1920”, ed. Siglo XXI de España Editores, Madrid, España, 1980.
21. Fernández Rius, Lourdes, “Género y subjetividad”, en “Pensando en la personalidad”, selección de lecturas, ed. Félix Varela, La Habana, Cuba, 2003.
22. Fernández Rius, Lourdes, “Personalidad y relaciones de pareja”, ed. Félix Varela, La Habana, Cuba, 2002.

23. Fernández Rius, Lourdes, material inédito, Facultad de Psicología, Universidad de La Habana, consultado en septiembre-diciembre de 2005.
24. Fernández, Juan, “Adquisición y desarrollo de la identidad sexual y de género”, en “Nuevas perspectivas en el desarrollo del sexo y el género”, Ediciones Pirámide, Madrid, España, 1988.
25. Flores Bedregal, Teresa, “El género no debería ser una categoría dual”, conferencia en www.modemmujer.org/indexx.html, Junio del 2003.
26. Foucault, Michel, “Deux essais sur le sujet et le pouvoir”, en revista “Généalogie de l’individu moderne”, versión digital, S/A.
27. Fraisse, Geneviève, “El concepto filosófico de género”, bajo el título de "Le genre", en Vocabulaire Européen des Philosophies, Editions du Seuil, París, Francia, 2002.
28. García Aguilar, Ma. del Carmen, “La crisis de identidad de los géneros”, en: Gonzáles Butrón, María Arcelia; Núñez Vera, Mirian Aidé (coordinadoras), “Mujeres, género y desarrollo”, Universidad michoacana de san Nicolás de Hidalgo, Equipo de mujeres en Acción, Centro Michoacano de Investigación y Formación "Vasco de Quiroga", Universidad Autónoma de Chapingo, Centro de investigación y Desarrollo en el Estado de Michoacán, Michoacán, México, 1998.
29. Gonzáles Hernández, Alicia y Castellanos Simons, Beatriz, “¿Desaparecerán los géneros cuando muera el sexismo?”, en Sexología y sociedad, no. 2, La Habana, Cuba, septiembre de 1995.
30. Kottak, Conrad Phillip, “Antropología cultural: espejo para la humanidad.”, S/Ed., Canadá, 2003.
31. Lagarde, Marcela, “Identidad Femenina”, versión electrónica en Facultad de Psicología, Universidad de La Habana, 1990.
32. Lamas, Marta, “La antropología feminista y la categoría género”, extraído de “El género: la construcción cultural de la diferencia sexual”. Marta Lamas (compiladora), PUEG, México, 1996.
33. Lamas, Marta, “La perspectiva de género”, en Revista de Educación y Cultura de la sección 47 del SNTE, versión electrónica en Facultad de Psicología, Universidad de la Habana, S/A.

34. León Franco, Dayana L.; “En busca de la equidad dentro de la diferencia. Una aproximación al estudio de la construcción de la masculinidad y la feminidad en el discurso periodístico del noticiero nacional del sistema informativo de la televisión cubana en su posición estelar”; trabajo de diploma; Facultad de Periodismo; Universidad de La Habana; tutores Moya Richards, Isabel y Segura Jiménez, Rolando; La Habana, Cuba, 2005.
35. Lozoya Gómez, José Angel, Mesa Redonda: “Cómo se construye la identidad masculina”. (Familia, educación y cultura); en “Jornadas de mujer y salud”, publicado en www.hombresigualdad.com, febrero de 1999.
36. Mafia, Diana, editora, “Sexualidades migrantes. Género y transgénero”, compilación, ed. Seminaria, Buenos Aires, Argentina, 2003.
37. Marqués, Joseph Vicent, “Nueva identidad masculina o el olvido de toda identidad.”, en Archivos Hispanoamericanos de Sexología, Vol. III, número 2, Chile, 1997.
38. Marx, Carlos, “El Capital”, ed. Instituto Cubano del Libro, La Habana, Cuba, 1979.
39. May, Larry; Strikwerda, Robert; Hopkins, Patrick D.; “Rethinking masculinity. Philosophical explorations in light of feminism.”, Ed. Rowman & Littlefield Publishers Inc., Boston, USA, 1992.
40. Mayobre, Purificación, “Decir el mundo en femenino.”, en <http://webs.uvigo.es/pmayobre/indicedearticulos.htm>, sitio de la Universidad de Vigo, España, consultado en septiembre-diciembre de 2005.
41. Medina Taylor, Sonia de la Caridad, “Violencia de género. Una mirada desde la masculinidad”, trabajo de diploma, Facultad de Psicología, tutor Rojas Manresa, Reynaldo, Universidad de la Habana, La Habana, Cuba, 2003.
42. Montecino, Sonia, “Palabra dicha. Escritos sobre género, identidades, mestizajes.”, Universidad de Chile, Facultad de ciencias sociales, Colección de Libros Electrónicos, Chile, 1997.
43. Pildaín Alfonso, Carlos, “Influencia de la identidad de género en las relaciones profesionales de ayuda psicológica”, trabajo de diploma, Facultad de Psicología, tutora Fernández Rius, Lourdes, Universidad de La Habana, La Habana, Cuba, 2002.

44. Ramos, Marcos Antonio, “Historia de las religiones”, ed. Playor, Madrid, España, 1989.
45. Riso, Walter, “Intimididades masculinas. Sobre el mito de la fortaleza masculina y la supuesta incapacidad de los hombres para amar.”, ed. Norma, Bogotá, Colombia, 1998.
46. Rubin, Gayle, “El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo”, en: Lamas Marta, Compiladora, “El género: la construcción cultural de la diferencia sexual.”, ed. PUEG, México, 1996.
47. Salamon, E. D. y Robinson, B. W., editores, “Gender roles. Doing What Comes Naturally?”, ed. Nelson Canada, Ontario, Canadá, 1991.
48. Santa Biblia, versión Reina-Valera, revisión de 1960, ed. Sociedades bíblicas unidas, México D. F., México, 2004.
49. Santana Vega, Lidia y Gonzáles Herrera, Ana I., “¿Tienen sexo las profesiones?”, en Sexología y sociedad, no. 8, La Habana, Cuba, diciembre de 1997.
50. Tobío, Constanza y Henche, Concha, editoras, “El espacio según el Género. ¿Un uso diferencial?”, ed. Comunidad de Madrid. Dirección general de la mujer, Madrid, España, 1995.
51. Valcárcel, Amelia, “La política de las mujeres”, Ed. Cátedra, Madrid, España, 1997.
52. Vasallo Barrueta, Norma, “El Género: un análisis de la “naturalización” de las desigualdades”, versión electrónica, Facultad de Psicología, Universidad de La Habana, La Habana, Cuba, S/A.

Anexos.

Anexo no. 1.*Cuestionario de Mitos y Estereotipos.*

Lea cada una de las siguientes frases y conteste verdadero (V) o falso (F) de acuerdo a su criterio personal. Si considera una frase verdadera o mayormente verdadera, ponga una V en la línea que la antecede, si la considera falsa o mayormente falsa, ponga una F. Sus respuestas serán de gran utilidad, entre más sinceras directas y rápidas sean. No existen respuestas adecuadas o inadecuadas. Lo más valioso es su opinión personal. Muchas gracias por su colaboración.

1. ___ Las decisiones en la pareja deben ser tomadas por el hombre.
2. ___ El hombre que es tierno pierde virilidad y no es respetado.
3. ___ Las necesidades sexuales en los hombres son más fuertes que en las mujeres.
4. ___ El hombre es el responsable del sustento de su mujer y sus hijos.
5. ___ Un hombre busca siempre hacer bien las cosas.
6. ___ El hombre siempre debe demostrar que es macho, un hombre de verdad, para que se le respete y se le tenga en cuenta.
7. ___ El hombre es el sostén y el apoyo de la mujer.
8. ___ El hombre debe tener la iniciativa en la pareja, tanto en el cortejo como en el sexo.
9. ___ El hombre es de la calle, la mujer de la casa.
10. ___ El hombre, a diferencia de la mujer, sabe lo que quiere y siempre está seguro de sí.
11. ___ Los hombres deben controlar sus sentimientos y evitar mostrarlos demasiado.
12. ___ El hombre que obedece a lo que le dice una mujer es débil.
13. ___ Los hombres son naturalmente agresivos.
14. ___ Los hombres deben ser temerarios y valientes.

15. ___ La naturaleza hizo a los hombres fuertes físicamente, el hombre que no es fuerte no es suficientemente masculino.
16. ___ Un hombre verdaderamente hombre lo demuestra en todo momento.
17. ___ El hombre no nace para los quehaceres del hogar.
18. ___ El hombre debe ser dominante y exigente.
19. ___ Los hombres deben tener el control en la pareja.
20. ___ Los hombres son polígamos por naturaleza.
21. ___ Los hombres de verdad no deben mostrarse sensibles ni sentimentales.
22. ___ Los hombres tienen que darse a respetar, si es necesario, de manera agresiva.
23. ___ Los hombres no deben ser dominados por las mujeres.
24. ___ Un verdadero hombre protege, defiende y le da seguridad a la mujer de que nada le pasara a su lado.
25. ___ Los hombres verdaderamente hombres siempre están seguros de sí mismos.
26. ___ Un hombre debe ser sexualmente eficiente y estar siempre preparado para el acto sexual.
27. ___ Un hombre con muchas conquistas es un hombre muy admirado y viril.
28. ___ Un hombre que no resiste la bebida es un flojo.
29. ___ Un hombre verdaderamente hombre no debe sentir miedo.
30. ___ El hombre está hecho para los trabajos fuertes, porque es fuerte por naturaleza.
31. ___ Cuando hay que hacer algo, un hombre de verdad busca cómo hacerlo y toma la iniciativa.
32. ___ Un hombre debe ser activo y tomar las decisiones.
33. ___ Un hombre exitoso en lo que se propone es más respetado y considerado como hombre.
34. ___ La economía de la casa es responsabilidad del hombre.
35. ___ Un hombre debe saber dirigir a las personas que dependen de él, y ser disciplinado con aquellos que tienen autoridad sobre él.

36. ___ En la pareja el hombre no espera por la mujer para el acto sexual, sino que lo inicia y lo dirige él.
37. ___ Un hombre masculino logra satisfacer siempre a la mujer en el sexo.
38. ___ Siempre que un hombre tiene oportunidad con una mujer, la aprovecha.
39. ___ En el hogar el hombre provee y dirige, la mujer, administra.
40. ___ Un hombre para sentirse bien necesita ser sexualmente muy activo.
41. ___ Los trabajos agotadores son mejor hechos por los hombres, porque son más resistentes.
42. ___ Un hombre de verdad tiene éxito en lo que se propone.

Anexo no. 2.*Completamiento de frases.*

Complete las siguientes frases de manera que exprese su opinión sobre el tema tratado lo más sinceramente posible.

1. Los hombres somos... _____

2. En la casa los hombres... _____

3. Los gastos de la casa... _____

4. Las mujeres lo que necesitan es... _____

5. Yo, como hombre... _____

6. En el trabajo la mujer... _____

7. La mujer en el sexo... _____

8. Un hombre sensible... _____

9. Los hombres... _____

10. Los verdaderos hombres no... _____

11. Un hombre en Cuba hoy... _____

12. La masculinidad para mi es... _____

13. Cuando yo le falte a mi mujer... _____

14. El sexo para mi, como hombre... _____

15. Yo con mis hijos... _____

16. En la casa mi dinero... _____

17. Una mujer dominante... _____

18. Un hombre verdaderamente masculino... _____

19. Un hombre inseguro... _____

20. Las mujeres... _____

Anexo no. 3.*Asociación de ideas.*

Por favor, realice cada una de las tareas siguientes. Responda a ellas de la manera más directa, sincera y rápida posible. No existen respuestas buenas o malas, solo nos interesa su criterio personal. Muchas gracias por su colaboración.

1. Lea cada una de las siguientes palabras. A partir de ellas escriba, sin pensar mucho, las primeras tres palabras que le vengan a la mente al leer estas, aún cuando no tengan relación alguna o no les encuentre sentido:

Masculinidad: _____

Feminidad: _____

2. Escriba ahora de la misma manera, asociados a las ideas de Masculinidad y de Feminidad, tres nombres de:

	Masculinidad	Feminidad
Animales	_____ _____ _____	_____ _____ _____
Plantas	_____ _____ _____	_____ _____ _____
Objetos	_____ _____ _____	_____ _____ _____

3. Si tuviera que hacer regalos a un niño, o a una niña de 11 años que le regalaría:

A una niña: _____

A un niño: _____

4. Si tuviese que aconsejar a un niño o a una niña, sobre las profesiones que más le convendrían para un futuro, le recomendaría:

A un niño: _____

A una niña: _____

5. Por favor, a partir de las siguientes frases inconclusas, elabore una frase u oración breve:

- 1) Yo, como hombre... _____
- 2) Me siento feliz de ser hombre porque... _____
- 3) El costo de ser hombre... _____
- 4) Si fuera mujer... _____

6. Todo en la vida tiene sus beneficios y sus inconvenientes. Piense detenidamente en los que les ha traído a usted a lo largo de su vida el hecho de haber nacido hombre y llene las listas siguientes:

a) Cosas que he podido hacer gracias al hecho de ser hombre:

- 1) _____
- 2) _____

- 3) _____
- 4) _____
- 5) _____

b) Cosas que me gustaría hacer y no he podido hacerlas por ser hombre:

- 1) _____
- 2) _____
- 3) _____
- 4) _____
- 5) _____

c) Cosas que no me gustaría tener que hacer, pero tengo que hacerlas porque soy hombre:

- 1) _____
- 2) _____
- 3) _____
- 4) _____
- 5) _____

d) Cosas que no me gustaría tener que hacer, y para las que me justifica el hecho de ser hombre:

- 1) _____
- 2) _____
- 3) _____
- 4) _____
- 5) _____

7. Medite durante unos instantes acerca de la pregunta: ¿qué significa para mí ser hombre? Representelo simbólicamente con un dibujo.

Anexo no. 4.

Porcientos según los resultados del Cuestionario de Mitos y Estereotipos, en las distintas secciones de la muestra.			
Secciones de la muestra.	Juicios no estereotipados.	Juicios intermedios.	Juicios estereotipados.
Adultos.	25	50	25
Jóvenes.	42	16	42
Obreros.	8	42	50
Profesionales.	58	25	17
Adultos obreros.	0	67	33
Adultos profesionales.	50	33	17
Jóvenes obreros.	17	17	66
Jóvenes profesionales.	66	17	17

Anexo no. 5.

Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Porcientos de respuestas positivas (V) por ítem. Adultos.																							
Ítem	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23
Por ciento	0	0	16	41	75	75	50	50	16	16	75	25	33	75	16	83	16	33	41	33	16	50	100

Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Porcientos de respuestas positivas (V) por ítem. Adultos. (continuación)																				
Ítem	24	25	26	27	28	29	30	31	32	33	34	35	36	37	38	39	40	41	42	
Por ciento	100	50	50	16	16	33	58	75	100	91	25	83	25	58	41	58	58	83	50	

Anexo no. 6.

Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Porcientos de respuestas positivas (V) por ítem. Jóvenes.																							
Ítem	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23
Porcentaje	8	25	50	41	83	75	50	41	16	8	50	33	0	50	8	75	33	16	50	16	25	0	83

Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Porcientos de respuestas positivas (V) por ítem. Jóvenes. (continuación)																			
Ítem	24	25	26	27	28	29	30	31	32	33	34	35	36	37	38	39	40	41	42
Porcentaje	91	66	50	25	8	0	58	66	66	66	25	91	25	50	50	50	58	58	50

Anexo no. 7.

Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Porcientos de respuestas positivas (V) por ítem. Obreros.																							
Ítem	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23
Por ciento	0	16	41	66	100	83	50	50	33	16	75	58	8	66	16	83	33	25	50	41	33	33	100

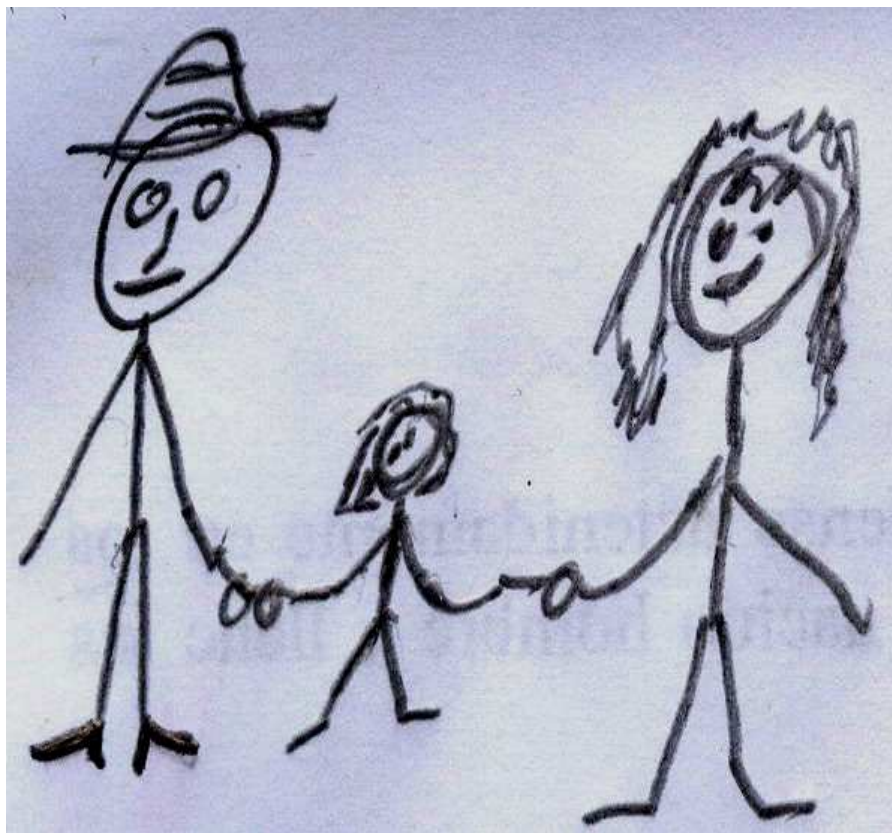
Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Porcientos de respuestas positivas (V) por ítem. Obreros. (continuación)																				
Ítem	24	25	26	27	28	29	30	31	32	33	34	35	36	37	38	39	40	41	42	
Por ciento	100	66	58	33	8	16	75	83	100	83	41	100	33	58	75	66	75	83	58	

Anexo no. 8.

Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Porcientos de respuestas positivas (V) por ítem. Profesionales.																							
Ítem	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23
Por ciento	8	8	25	16	58	66	41	41	0	8	50	0	25	58	8	75	16	25	41	8	8	16	83

Cuestionario de Mitos y Estereotipos. Porcientos de respuestas positivas (V) por ítem. Profesionales. (continuación)																				
Ítem	24	25	26	27	28	29	30	31	32	33	34	35	36	37	38	39	40	41	42	
Por ciento	91	50	41	8	16	16	41	58	66	75	8	75	16	50	16	41	41	58	41	

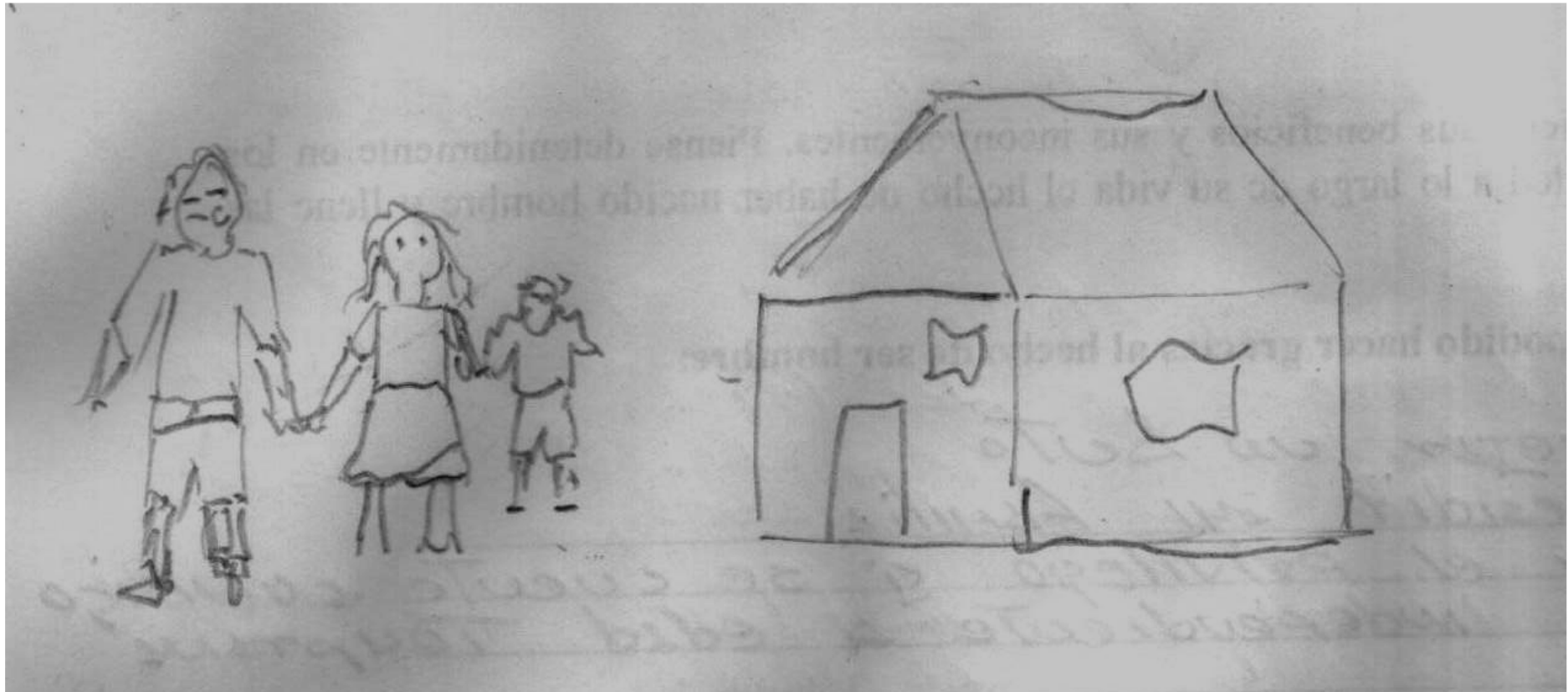
Dibujos.



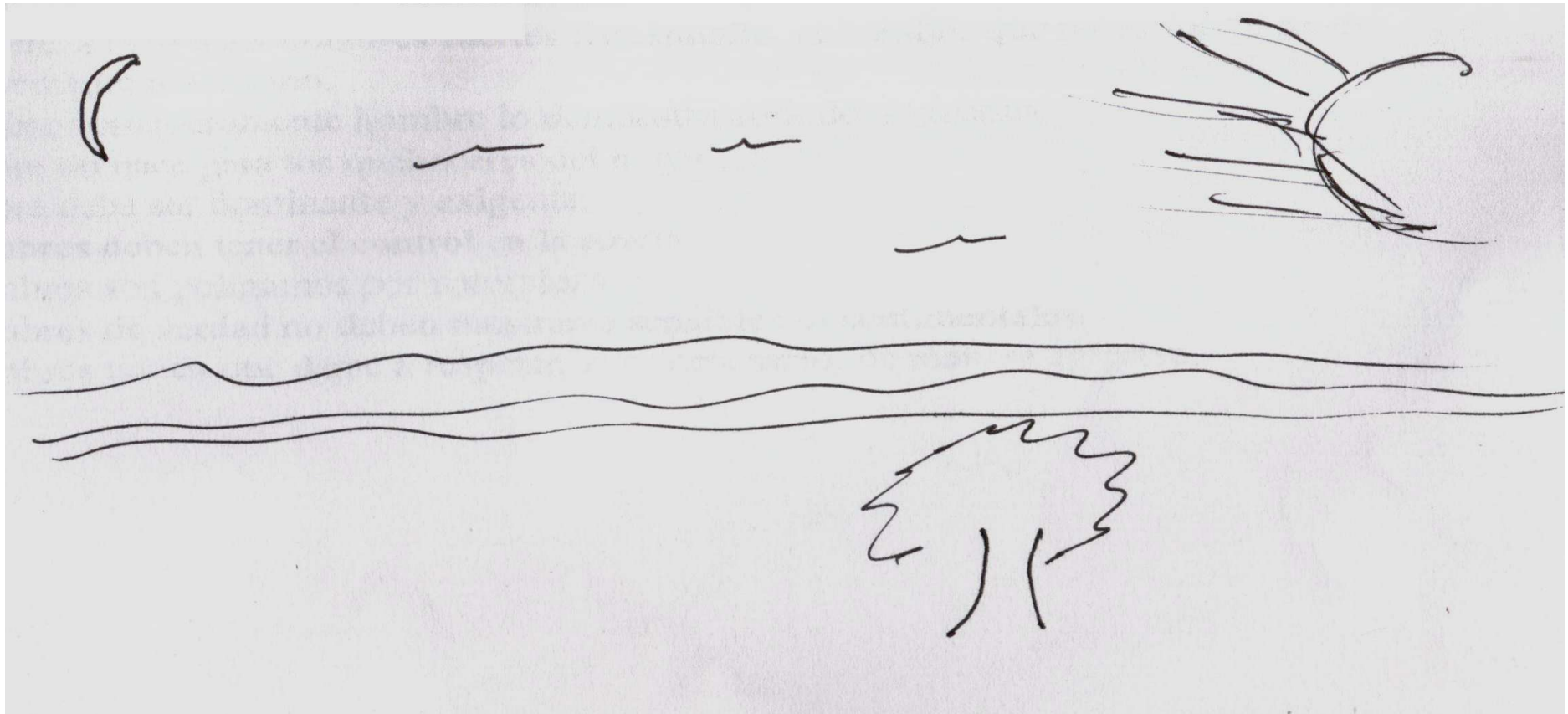
Sujeto 6. Adulto-obrero.



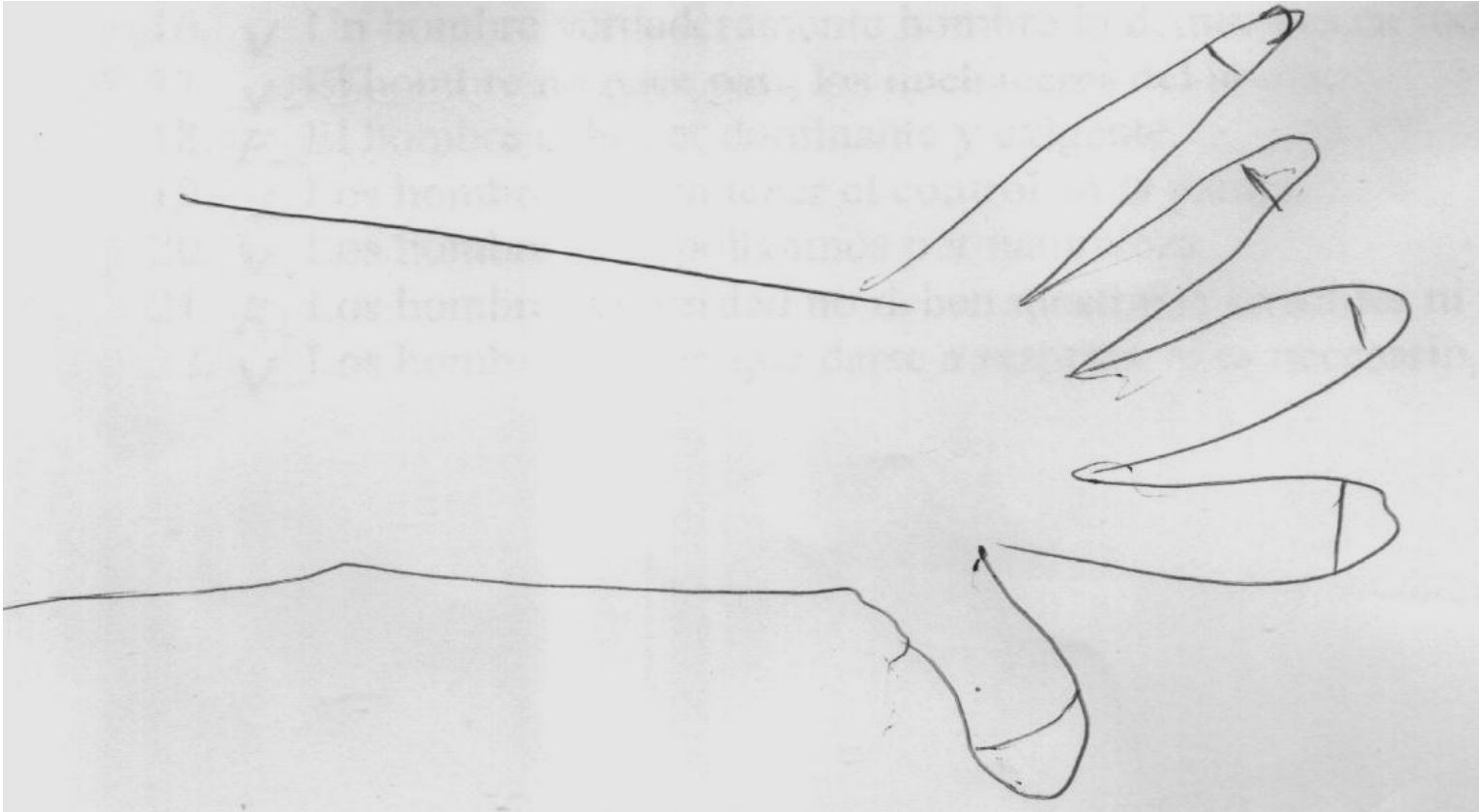
Sujeto 5. Adulto-obrero.



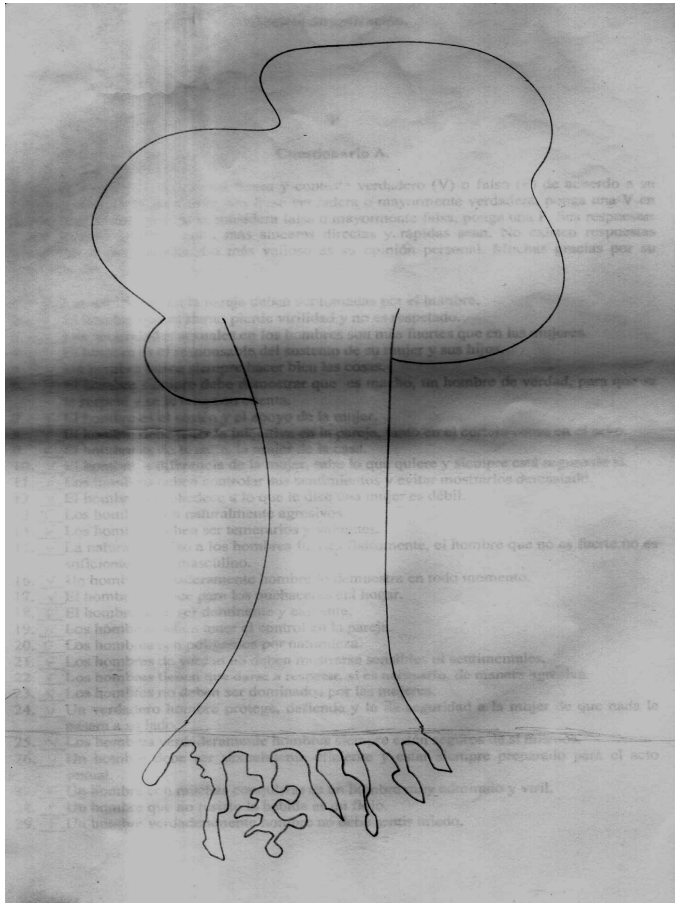
Sujeto 3. Adulto-obrero.



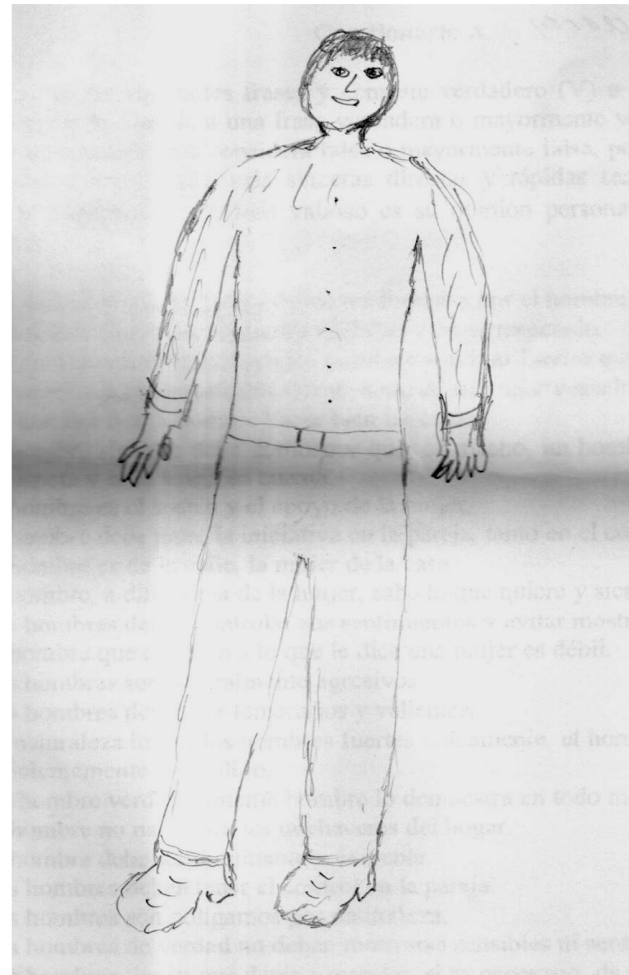
Sujeto 17. Adulto-profesional.



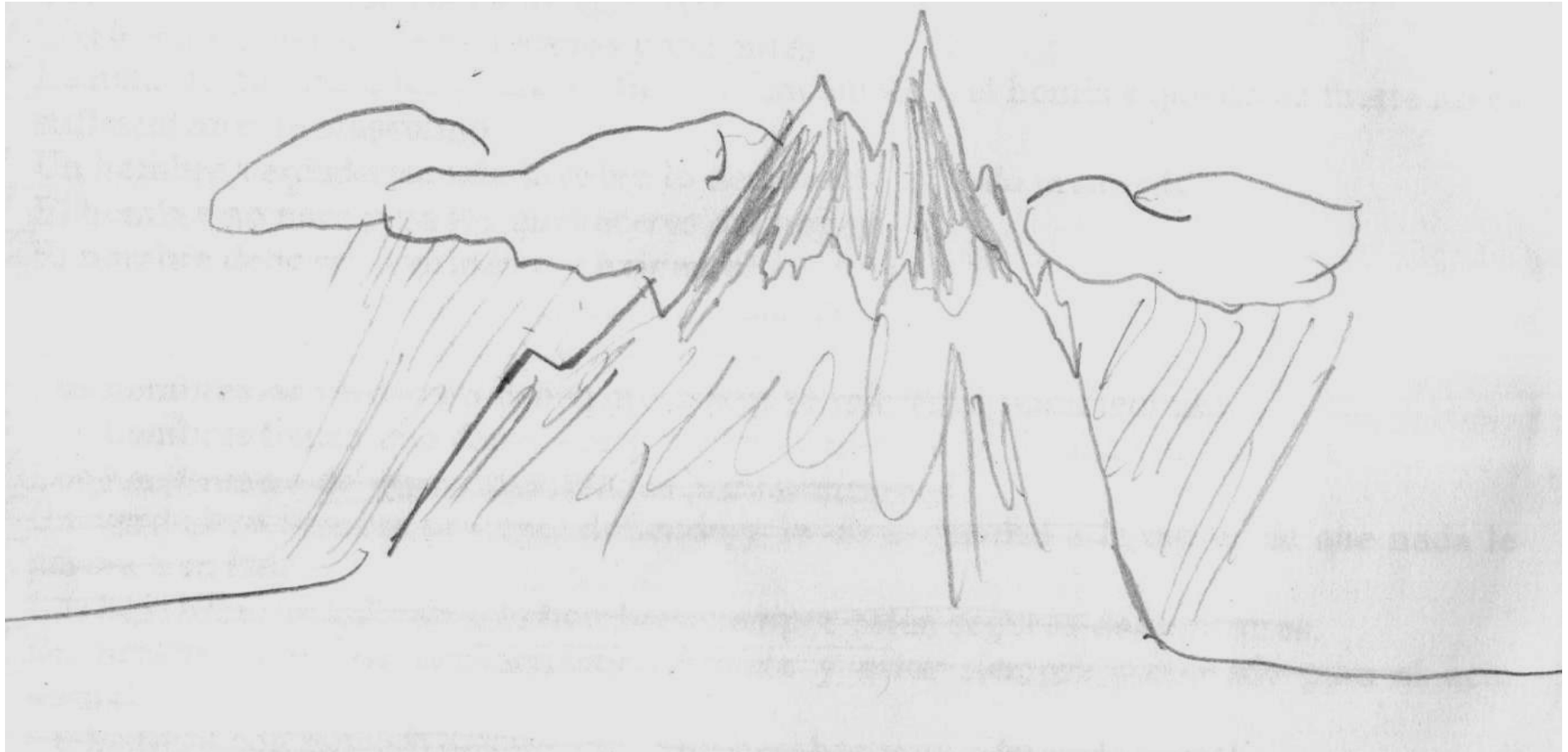
Sujeto 18. Adulto-profesional.



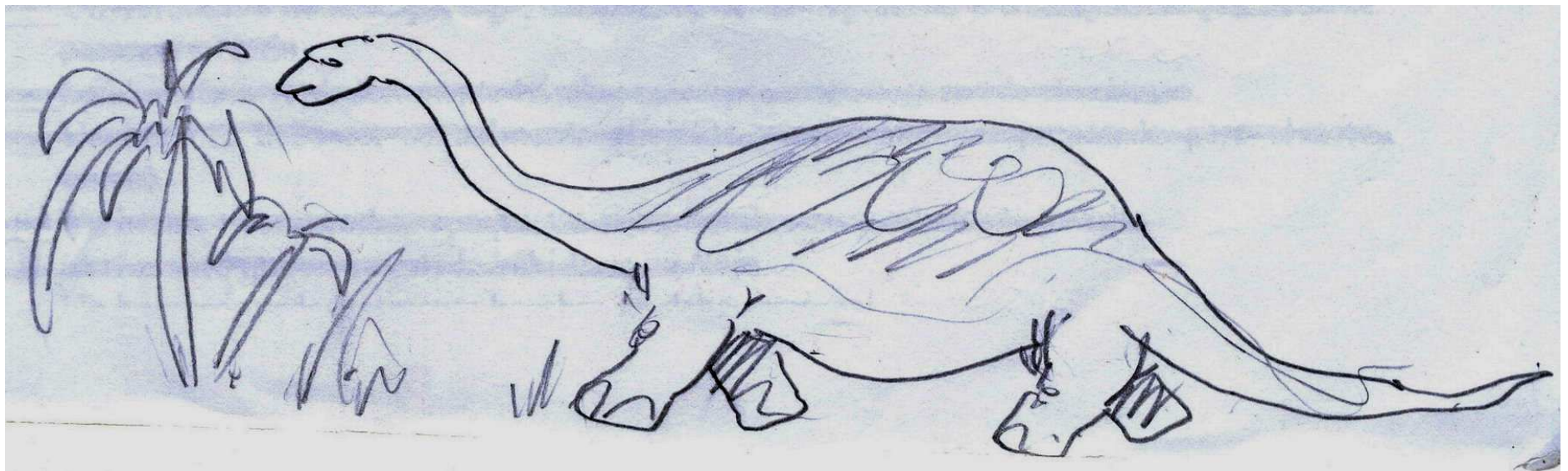
Sujeto 27. Joven obrero.



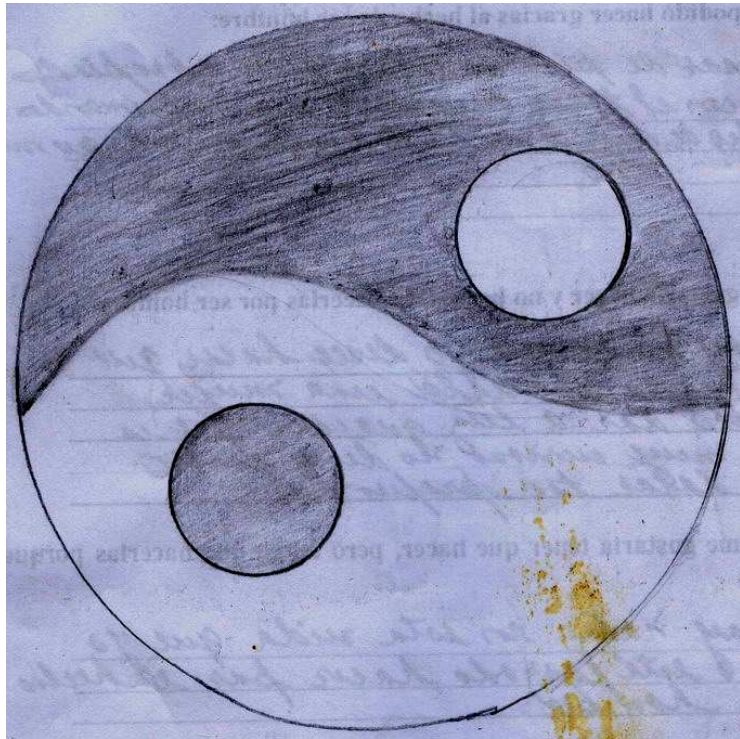
Sujeto 22. Joven-obrero.



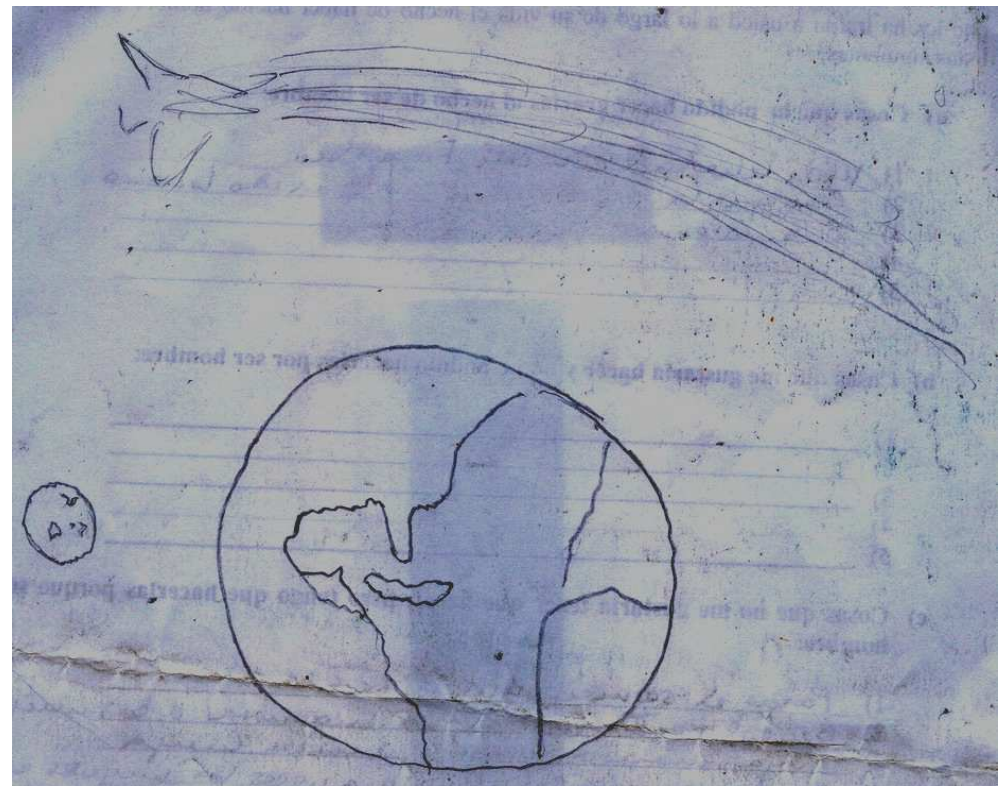
Sujeto 23. Joven obrero.



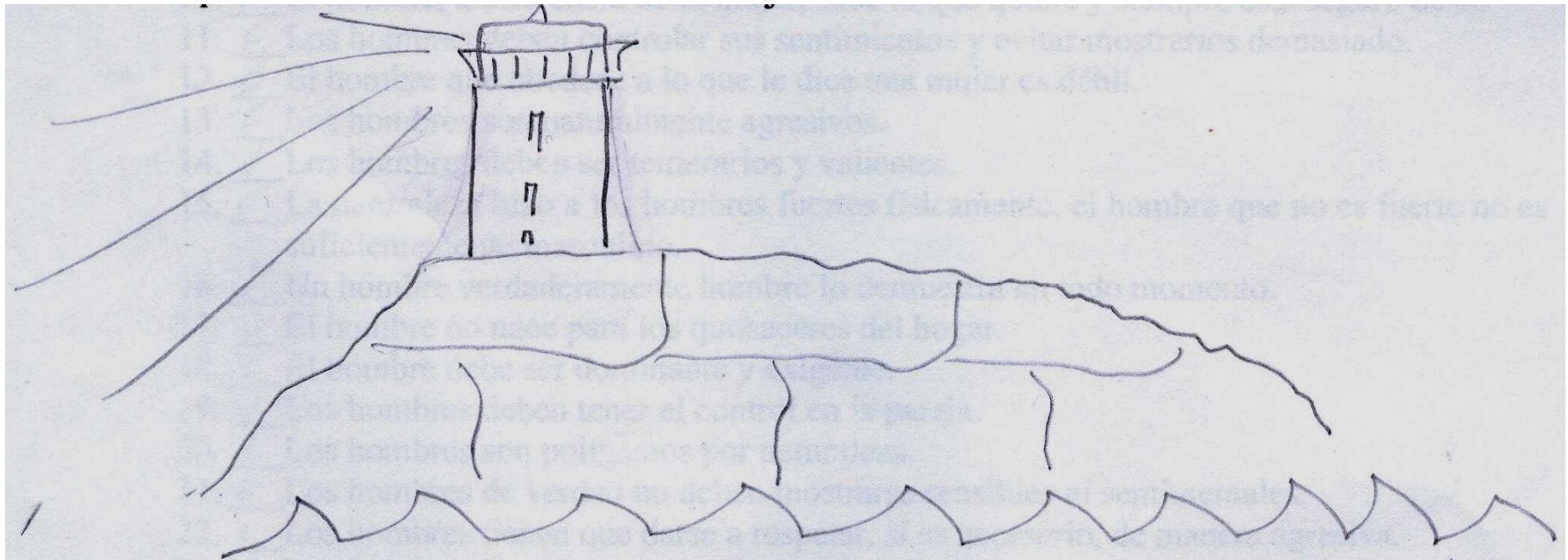
Sujeto 24. Joven-obrero.



Sujeto 40. Joven-profesional.



Sujeto 33. Joven-profesional.



Sujeto 31. Joven profesional.